



DOÑA LUZ.



LOS AMIGOS ÍNTIMOS DE DOÑA LUZ.



DOÑA Luz, dadas las circunstancias en que se hallaba y las condiciones de su carácter, no podía ménos de vivir como vivía.

El orgullo es malo sin duda.

¿Cuánto mejor y más cristiana no es la humildad? En el orgullo hay mucho de egoísmo, mientras que la humildad es toda devoción y abandono. Y sin embargo, ¿cómo negar que un orgullo bien dirigido es causa á veces de altas virtudes y de honrada conducta?

Sea como sea, no debemos ocultar que nuestra heroína era muy orgullosa.

Quien esto escribe no tiene manías ó predilecciones aristocráticas. Al contrario, siempre se ha obstinado en creer que no vale ménos la gente de los lugares que la más encopetada de la corte. *Mutatis mutandis*, todo le parece lo mismo: la mujer del alcalde es igual á una emperatriz ó reina, la del escribano equivale á la duquesa más en moda en Madrid, y el majo Fulanito se le antoja más brioso y gallardo, buen

jinete, seductor, afable y ameno, que el más perfecto *dandy* de cuantos ha conocido.

Pero, mirándolo bien, esto no es espíritu democrático discreto, sino negro y desconsolador pesimismo. La democracia optimista y sana consiste, sin duda, en creer que la mejor educación desde la primera infancia, el buen ejemplo y nombre de padres y abuelos, la obligación de no deshonorar ni deslustrar este buen nombre y el vivir en medio más urbano y culto, deben ser escuela é incentivo eficaz para ser virtuosos ó discretos, ó seductores, ó dignos, ó todo á la vez. En igualdad de índole y de luces intelectuales debe, por consiguiente, valer mucho más quien posee los dichos exteriores requisitos que aquel que no los posee: en igualdad de condiciones internas, la hija de un marqués, por ejemplo, aún cuando sea bastarda, debe conducirse mejor que la hija de un pelafustan. De entender lo contrario por espíritu democrático, se seguiría que lo que debemos desear es la igualdad bajando y no subiendo: la nivelación en la ignorancia, la abyección y la miseria, y no la nivelación y elevación posibles, en todos aquellos medios, en toda aquella acumulación de recursos hecha por las pasadas generaciones, á fin de que con su auxilio sigamos ascendiendo hácia el bien, hácia la luz y hácia la belleza.

Yo comprendo como veneranda y punto ménos que santa, aunque vaya por caminos extraviados, la intención del demagogo, demócrata y hasta socialista, que pugne por dar á todos los hombres educación liberal, recursos y cuantos elementos gozan los llamados aristócratas, si es que estos elementos valen, no sólo para gozar, sino para ser mejores; pero si sólo valen para gozar y ser más débiles, corrompidos y ruines, no me explico la democracia progresista, sino la democracia de Rousseau, que procura retrotraer á la humanidad al estado salvaje.

De cualquier modo que sea, conste que yo no defiendo aquí esta ó aquella opinión. No es lo que escribo un tratado de filosofía política. No intento tampoco presentar á doña Luz como dechado de excelencias, sino presentarla tal como ella fué.

Doña Luz sentía profundamente la dignidad humana, pero

suponía que lo claro y distinto de este sentimiento, que había en ella más que en otras personas, no dependía sólo de un dón natural y gratuito, sino de una educación superior á la de la generalidad, y mucho más esmerada. Esto, más bien que orgullo, parece modestia. Ella creía tener un ideal de sí propia que había ido realizando y como trayendo fuera, merced sin duda á su misma energía, pero auxiliada de circunstancias dichas é iniciales que debía á la Providencia, y en que no todos, sino pocos, se hallan. Se juzgaba, pues, como favorecida por Dios, y por lo mismo con más obligaciones que cumplir. Por cada favor divino, una obligación sagrada. Tenía talento, estaba obligada á cultivarle; era bella y fuerte, necesitaba conservar su fuerza y su hermosura; había recibido un nombre ilustre, y, ya que no acertase á ilustrarle más, no debía mancharle.

Aunque ella se considerara igual por naturaleza á los demás seres humanos, los juzgaba á todos marchando en busca de mayor bien y de superior altura más luminosa y serena. Si ella, aún cuando fuese por un capricho de la suerte, iba delante y se hallaba más cerca de la cumbre, su filantropía no podía extenderse á más que á dar la mano á los que estuviesen en condiciones de trepar hasta donde estaba ella, y no á aquellos que estaban tan bajos ó tan hundidos en el lodo, que en vez de alzarlos, se dejaría ella arrastrar cayendo en el lodo también.

Ya hemos indicado que el orgullo de doña Luz se velaba y envolvía en el más discreto disimulo; y esto no sólo por prudencia y por interés propio, sino por vivo sentimiento de caridad. Nada le dolía tanto como humillar al prójimo. Si tal vez se complacía en lucir alguna habilidad, alguna buena prenda de su espíritu, algún primor ó elegancia de su persona, era con los capaces de sentir el estímulo de imitarla ó de alzarse hasta ella, no por el prurito de excitar estéril admiración ó envidia dolorosa.

Doña Luz, por lo mismo que tenía tanto orgullo, no tenía chispa de vanidad. Gustaba en todo de pagar con usura lo que recibía. No anhelaba que la amasen más de lo que podía amar ella. La coquetería era, pues, para doña Luz un vicio

ignorado y casi incomprensible. Su fallo, la propia sentencia que ella dictaba acerca de cualquiera calidad, acto ó virtud de su persona, la lisonjeaba y complacía mil veces más que todo el aplauso de cuantos la rodeaban. Así es que sólo quería agradar de puro bondadosa: por donde resultaban en ella una naturalidad, una modestia y un olvido aparente de su propio mérito, que encantaban y pasmaban.

Otras mujeres están anhelando siempre inspirar pasiones; doña Luz huía de inspirarlas; y, aplicando un pronto desencanto, las mataba en todo corazón ántes de que naciesen. ¿Para qué ser amada si no había de amar á quien la amase? En amor, lo mismo que en amistad, doña Luz deseaba dar el doble. Y no pudiendo amar en Villafría, había poco á poco apartado de sí á todos los mozos del lugar, y había elegido sus amigos íntimos entre los viejos.

Si era dulce en su trato con todos, usaba tan estudiada cortesía, que sin que la tildasen de soberbia, evitaba la intimidad con todos, ménos con cuatro sujetos.

El primero era D. Miguel, cura de la parroquia, anciano excelente aunque de cortísimos alcances, con quien se confesaba todos los meses, á quien daba sus ahorrillos para que los repartiese en limosnas á los necesitados, y con quien á menudo jugaba al tute. El corazón y la mente de doña Luz eran para el pobre cura el libro de los siete sellos. En esta oscuridad, y siendo además D. Miguel poco entusiasta, quería con moderación á doña Luz; pero la quería con toda la fuerza de alma de que él podía disponer para el cariño, que era poquísima. Doña Luz, en cambio, idolatraba al cura de cierta manera. Se complacía en aquella transparencia, en aquella nitidez, en aquella bendita vaciedad de su espíritu, y le mimaba y agasajaba como á niño pequeñuelo. Por medio de un contrabandista que iba y venía con telas de algodón, hacía traer de Lisboa para D. Miguel el rapé más selecto; y, procurando que no le hiciesen mal, le enviaba confites, bizcochos y otras golosinas, á que era el cura muy aficionado.

Otro íntimo de más importancia, era el médico D. Anselmo. Y digo de más importancia por lo que él valía, no porque

doña Luz le necesitase. La salud de doña Luz era insolente de buena. Ni un dolor de cabeza nunca.

Don Anselmo era hombre despejadísimo, y, no sólo hábil é instruido en su profesion, sino de variada lectura y de singular facilidad de palabra. No se extrañe que con tales dotes fuese médico en un lugar. O la fortuna no le había sonreído, ó su genio indómito y arisco se había opuesto á que se encumbrase. Lo cierto es que, siendo persona de valer, se había resignado á vivir y ejercer su facultad en Villafría.

Doña Luz tenía encantado á D. Anselmo y D. Anselmo á doña Luz. Para esto había diversas causas. Ahora que están en moda los *schemas*, podremos representar los espíritus del médico y de la señorita, como dos esferas muy excéntricas, pero tocándose y compenetrándose por un lado, donde formaban sendos casquetes unidos por la base; algo idéntico á la humanidad en el *schema* del sér, á la *lenteja* que los krausistas han hecho tan famosa. D. Anselmo y doña Luz tenían, pues, una lenteja espiritual mancomunada, donde se entendían á maravilla, quedando el resto de la esfera de cada uno desconocida é inexplorada por el otro. Así es que jamás llegaban á saberse de memoria; escollo en que suelen dar los entendimientos afines, y que á la larga engendra fastidio y desvío.

Siempre tenían estos dos amigos campo en que hacer incursiones y descubrimientos, tratando de penetrar ó penetrando el uno en la mente del otro. Nunca se hartaban de hablar, y su conversacion era una eterna disputa. Doña Luz era creyente y espiritualista con su poco de misticismo; D. Anselmo, positivista feroz. D. Anselmo era además un parlanchin de siete suelas, y nada le encantaba más que el que le oyesen. Sólo se reposaban ambos en sus discusiones cuando jugaban al ajedrez. Solían jugar uno ó dos juegos diarios.

Don Anselmo contaría ya sesenta años de edad. Estaba viudo como D. Acisclo, y tenía una hija de veinte, morenilla muy agraciada, pequeña de cuerpo, soltera aún, y llamada doña Manolita, alias *la culebrosa*. La llamaban así por su extraordinaria viveza y movilidad. Afirmaban en el pueblo que estaba hecha y como amasada de rabillos de lagartijas.

Decía y hacía á cada momento doscientos mil graciosos disparates, aunque todos inocentes y nada comprometidos, por lo cual la apellidaban tambien *el trueno*; pero realmente no era trueno, sino tempestad de risas, de bromas alegres y de regocijados discursos, porque era no ménos picotera que su padre. Por lo demas, el fondo de doña Manolita no podía ser más excelente. Era leal, afectuosa sin malicia y sin envidia, de agudo ingenio, y más juiciosa y reflexiva en lo importante de lo que prometía su exterior y superficial aturdimiento.

Como doña Luz era grave y mesurada, doña Manolita le servía como para completar sus modos de ser. Por esto, sin duda, y por las otras cualidades de que hemos hablado, doña Luz hizo de ella su compañera. Doña Manolita era la única persona á quien doña Luz tuteaba en Villafría. Aún no se confiaba en ella con total abandono, porque doña Luz era muy reservada; pero de dia en dia iba ganando más doña Manolita en su corazon. Juntas salían á pié de paseo, juntas iban á la iglesia, y juntas tenían costumbre de sentarse en las tertulias. Doña Manolita remedaba á doña Luz en vestido y peinado, y la seguía ó acudía adonde la llamaba. Decía doña Manolita que era ella para doña Luz lo que para los galanes de las comedias de capa y espada el lacayo gracioso; y recordando que en varias comedias de las mejores este lacayo se llamaba Polilla, decía á doña Luz:—Hija, yo soy tu Polilla.

Respecto á D. Acisclo, pensaba doña Luz como su padre, y no guardaba al antiguo administrador la más ligera inquina porque se hubiese alzado con casi todo el caudal de sus mayores. Si el marqués se había empeñado en arruinarse, ¿qué pecaba en ello D. Acisclo? Con cierta moral alambicada, que don Acisclo no podía conocer, acaso hubiera salvado los intereses del marqués, acaso hubiera hecho durar otros cuantos años más el esplendor de la casa; pero pedir esto por aquellos lugares era pedir cotufas en el golfo. Bastaba, pues, á doña Luz, para estar profundamente agradecida á D. Acisclo, la firme persuasion que abrigaba, de que con otro cualquier administrador de por allí, la ruina de su padre hubiera sido diez años más pronto, y ella no se hubiera criado como una dama elegante, en el seno del bien-

estar, con aya inglesa, y con todos los cuidados debidos. Sabe Dios cómo se hubiera criado y lo que hubiera sido de ella si el marqués se arruina y muere de berrenchin, dejándola huérfana de edad de cinco años y no de quince.

Doña Luz gustaba además de D. Acisclo. Simpatizaba con su actividad, con su amor al trabajo y con otras virtudes que en él resplandecían.

Por el buen parecer, doña Luz había vivido, sin el menor conato de irse á su casa, en la casa de D. Acisclo, hasta que cumplió veintidos años. Desde entónces en adelante, intentó varias veces irse á vivir sola á su casa; pero D. Acisclo la retenía suave y cariñosamente. Dábale á entender que sería para él una gran tristeza quedar solo, despues de haberse acostumbrado á su compañía, y apelaba tambien, algo grotescamente, á qué dirán, sosteniendo que doña Luz era muchacha y que no debía campar por sus respetos como vieja solterona, que por buena y severa que fuese, si vivía sola, habían de decir que era *una vaca sin cencerro*.

Doña Luz, léjos de ofenderse, se reía de esta comparacion poco galante, y seguía viviendo en la casa del antiguo administrador.

Por otra parte, la independendencia de doña Luz era perfecta.

Tres ó cuatro cuartos le pertenecian exclusivamente en la casa, y estaban amueblados con el gusto más primoroso. En ellos no entraban de diario sino los cuatro amigos íntimos ya referidos: Juana la criada; una de las de *cuerpo de casa*, que hacía la limpieza bajo la inspeccion de Juana, á fin de que no rompiese algun objeto de arte ó mueble delicado; y, por último, otros tres séres, que eran tambien semi-íntimos de doña Luz, y que completaban ó cerraban su círculo familiar. Eran estos tres séres Tomás el criado antiguo, y ya su escudero y acompañante, cuando ella salía á caballo; el tío Blas, aperador de la señorita, con quien se entendía para cuidar sus bienes, que ella misma administraba y que iban mejorando hasta el punto de que le producían cerca de 20.000 rs. en algunos años de buena cosecha; y el galgo Palomo, blanco, gigantesco en su clase, y de terrible genio, para quien se le antojaba á él que molestaba ú ofendía á su

ama, con la cual era todo blandura, docilidad y mansedumbre.

A más de esta sociedad cotidiana, no se negaba doña Luz á asistir á otras de más ancha base. Los hijos, hijas, nueras y yernos de D. Acisclo, con crecida y numerosa prole, sus consuegros y consuegras, compadres y comadres, formaban una caterva con quien era menester alternar. Todos ellos eran insignificantes y poco divertidos; no eran ni malos ni buenos, y doña Luz hacía milagros de diplomacia para no tratarlos mucho y no enojarlos tampoco.

En los dias de cumpleaños y del santo de cada individuo de la familia de D. Acisclo, había comida patriarcal en la casa, y mucho jaleo de baile. Doña Luz no se excusaba de asistir á tales funciones, y casi siempre acertaba á dejar prendados á todos de su amabilidad y alegría.

V.

LA AMISTAD DE DOÑA MANOLITA.

La vida de doña Luz era, no obstante, tan regular, tan monótona, tan sin accidentes que diferenciases unos dias de otros dias, que habían pasado los años, y en la memoria de ella eran como sueño fugaz, donde todo estaba confundido.

Esto tiene para cualquiera el hechizo de la paz. Para doña Luz aún tenía mayor hechizo.

Cuanto agitaba su mente con pensamientos, ó su voluntad con deseos ó pasiones, era extraño al mundo que la rodeaba: procedía de un mundo ideal, donde no hay espacio ni tiempo. Así es que, si bien doña Luz, no distinguiéndose en esto de los demas mortales, no pensaba ni sentía todo á la vez, como las causas de su pensar y de su sentir más hondo no tenían punto señalado en nuestro planeta, ni momento marcado en la cronología, los efectos se sustraían tambien á las leyes de la sucesion y del lugar y parecía que se daban en una eternidad inmóvil.

Me pesará de no ser claro y trataré de explicarme con más llaneza, aunque peque de difuso. Doña Luz no era una soñadora mística; distaba infinito de vivir en continuo arrobo; veía, comprendía y apreciaba cuanto ocurría en torno de ella en el mundo real; pero los lances y sucesos de Villafría la interesaban ménos, aunque los veía de cerca, que los lances y sucesos que las historias y novelas relataban, que la poesía acertaba á presentarle ó que ella misma fantaseaba en ocasiones. No tenía tampoco doña Luz un corazon de cal y canto, sino un corazon muy compasivo y afectuoso; se dolía de los males y desgracias del prójimo, procuraba remediarlos, los consolaba á veces, y en esto consumía parte de su actividad. Pero como su actividad era grande, y se dilataba muy más allá de los límites de Villafría y aún se prolongaba de un modo infinito, venía á resultar que lo más íntimo y esencial de su vida, lo que más la afectaba no estaba en Villafría, y, por consiguiente, no estaba en ninguna parte. Por esto, sin ser ella soñadora, vivía como soñando.

Por mucho que anhelemos ponderar la ternura de álguien, no iremos hasta afirmar que se marcan las más importantes épocas de su existencia por el dia en que murió de viruelas el hijo del vecino de enfrente, ó por la noche en que se prendió fuego al cortijo del labrador con quien se ha conversado alguna vez al ir de paseo ó al salir de la iglesia. Para marcar dichas épocas, son necesarios casos que toquen más íntimamente á nuestro propio sér. Para doña Luz no había época de este órden desde la muerte de su padre. Verdad es que, muy al contrario de la generalidad de las mujeres, daba ella poco valer á multitud de cosas con que otras llenan la memoria, sin descuidar ni borrar los pormenores, al parecer más insignificantes.

En nada, en mi sentir, se señala más que en esto el espíritu femenino. Yo confieso que me quedo embobado oyendo referir á las mujeres sucesos, lances ó conversaciones. No hay menudencia que echen en olvido. Y dijo éste... y relatan todo lo que dijo. Y contestó el otro... y no olvidan palabra de lo que contestó. Y luégo replicó el de más allá... y tampoco se queda traspapelada una letra sola de la réplica. Imagina el

oyente que levantan acta circunstanciada y fiel de cuanto presencian y oyen. No así doña Luz. Doña Luz hacía caso de muy pocos sucesos.

Lo que más la entusiasmaba, deleitaba ó conmovía, lo mismo era de hoy que de ayer, lo mismo de un año más tarde que de un año más temprano: la vuelta de la primavera, un cielo lleno de estrellas, la luz de la luna, el alba, el olor y la belleza de las flores, la música, los versos y cosas así que son de siempre.

Hasta las relaciones amistosas de doña Luz con el médico, con el cura y con D. Acisclo, eran invariables: estaban siempre en el mismo sér, sin crecer ni menguar.

Sólo en las relaciones con doña Manolita hubo variación, aumentando la intensidad en el afecto.

Partamos, pues, del instante en que crece y llega á su colmo esta amistad entre doña Luz y doña Manolita.

Era una mañana de Mayo. Ya hemos dicho que doña Luz madrugaba. También madrugaba la hija del médico. A las siete de la mañana vino á ver á su amiga, y penetró en su saloncito, donde tenía entrada libre.

Si cualquier hombre de mundo, conocedor de la vida de Madrid ó de otra gran capital de Europa, y conocedor del modo de vivir de nuestros lugares de Andalucía, hubiera entrado allí, se hubiera sorprendido agradablemente y hubiera dudado de lo que veían sus ojos.

El saloncito de doña Luz tenía todo el *confort*, toda la elegancia de un saloncito de una dama madrileña de las más *comm'il faut*, á par de ciertas singularidades poéticas del campo y de la aldea.

Dos ventanas daban al huerto, donde se veían acacias, álamos negros, flores, árboles frutales, también en flor entónces, y brillante verdura. Dentro del saloncito había asimismo plantas y flores en vasos de porcelana. Una jaula grande encerraba multitud de pájaros que alegraban la estancia con sus trinos y gorjeos. Tenía doña Luz dos primorosos escritorios antiguos, con cajoncitos y columnitas, llenos de incrustaciones de marfil, ébano y nácar; cómodos sillones y sofás; una chimenea *francesa* mejor construida que las otras que

había en la casa; espejos, cuadros bonitos y un armario lleno de libros lujosamente encuadernados.

Sobre su mesa de escribir se parecía el mejor cuadro, ó al ménos el que doña Luz estimaba más. Figuraba varios atributos y emblemas de la Pasion; clavos, corona de espinas, escalera, gallo y lanza de Longinos; en el centro la cruz, y en torno de la cruz muchas flores lindamente pintadas. No era, con todo, esta pintura lo que daba á los ojos de doña Luz tanto precio á aquel objeto; era lo que la pintura encubría. Se tocaba un resorte, se apartaba la pintura que hemos descrito, como si fuese una puerta, y dejábase ver otro cuadro de muy superior mérito; un cuadro horrible y bello á la vez. Era la figura de Cristo, de medio cuerpo, de admirable beldad y de un trabajo delicadísimo y prolijo. Las barbas y los cabellos se podían contar. La regularidad y noble simetría de todas las facciones infundían amor y respeto; pero las angustias del patíbulo, los horrores de la agonía, los tormentos todos estaban marcados en aquella cara flaca y macilenta, y en aquel pecho, y en aquel costado herido por la lanza. Era un Cristo muerto: la hendidura lívida del clavo atravesaba su diestra que reposaba sobre el descarnado pecho; las llagas enconadas de las espinas, vertiendo sangre, se veían en sus sienes; la boca entreabierta; amoratados los labios; los párpados caídos, aunque no cerrados del todo, dejaban ver sus ojos vidriosos y fijos. El pintor había acertado á unir, con inspiracion monstruosa, la imágen de una criatura próxima á disolverse, y la forma sobrehumana que el mismo Dios había tomado.

Unos inteligentes atribuían aquel cuadro al divino Morales; otros habían dicho que era de un discípulo de Morales y no del propio maestro. De cualquier modo, el cuadro había estado vinculado en la casa y era una de las pocas alhajas de algun valer que el marqués no había vendido.

El cuadro era tal que una mujer más delicada, ménos briosa que doña Luz, ni le tendría en su cuarto ni le miraría con tanta frecuencia. El amor á la divina representacion de Cristo se hubiera combinado con el miedo y con una compasion tremenda que tal vez la hubieran hecho caer en convulsio-

nes, ó producido en ella ataques de nervios y hasta delirio. Pero doña Luz era muy singular y hallaba extraño deleite en la larga contemplacion de aquel cuadro, donde se cifraban el más alto misterio y los dos más opuestos extremos de valer de la humana naturaleza: toda la beatificacion, toda la hermosura, todo el celeste resplandor de que es capaz nuestra carne, unida á un alma pura, y siendo templo y morada del Eterno, y los dolores, á la vez, y las miserias, y los padecimientos lastimosos y la corrupcion nauseabunda de esa carne misma.

Doña Luz halló este espantoso cuadro prudentemente cubierto por el otro, y así le conservó, trayéndole de la casa solariega á su habitacion en casa de D. Acisclo. A casi nadie se le mostraba; pero ella, que tenía muy rara condicion y muy contrarias propensiones en el espíritu activo é infatigable, tal vez despues de trotar y galopar y dar saltos peligrosos en su caballo negro, durante dos ó tres horas; tal vez despues de haber limpiado, bañado y frotado con complacencia su hermoso cuerpo, que del valiente ejercicio había vuelto cubierto de sudor; rebosando ella salud, en todo el brío de la mocedad y en todo el florecimiento de la belleza plástica, se sentía llena de ímpetus ascéticos, y abriendo su cuadro, le contemplaba largo tiempo, y las lágrimas acudían á sus ojos, y acudían á sus rojos labios plegarias inefables que ella murmuraba y apenas articulaba.

Aquella mañana no había en doña Luz ascetismo ninguno, ó por lo ménos, no había acudido aún el ascetismo. Estaba doña Luz vestida con una linda bata, y los cabellos rubios, no peinados aún, recogidos en red sutil. Recostada lánguidamente en una butaca, leía, ya en éste, ya en otro, de dos libros que tenía al lado. Eran Calderon y Alfredo de Musset. Doña Luz andaba estudiando y comparando cómo aquellos dos autores habían puesto en accion dramática la misma sentencia: *No hay burlas con el amor* y *On ne badine pas avec l'amour*.

No la impulsaba á este estudio la mera aficion especulativa á la crítica literaria, sino un caso práctico, que hacía poco más de dos meses que se había presentado y que le interesaba bastante.

Pepe Güeto, hijo de un rico labrador de Villafría, de edad de treinta años, era el hombre más grave, mesurado y formal que se conocía en toda la provincia. Las locuras y regocijos algo descompuestos de doña Manolita le chocaban de un modo atroz y siempre los estaba censurando. Había llegado á decir que si doña Manolita fuese algo de él, mujer, por ejemplo, le había de sacar del cuerpo los rabillos de lagartijas, aunque fuese menester emplear una buena vara de mimbre. Doña Manolita, en cambio, que lo había sabido todo, decía que Pepe Güeto tenía mucho jarabe de pico; que era hombre culto hasta cierto punto y que jamás emplearía la vara con las mujeres; y que, si llegase á ser marido de ella, en vez de pegarle, se dejaría pegar y sería el modelo de los gurruminos. Añadía la hija del médico que la exagerada gravedad, sobre todo en los mozos, se confunde con la tontería, y que, ó ella había de poder poco, ó había de sacarle á Pepe Güeto la gravedad, como quien saca los diablos de un endemoniado, y que, si no era tonto, había de volverle loco, obligándole á hacer mil locuras.

Tambien estas amenazas llegaron á noticia de Pepe Güeto, de donde resultó, que donde quiera que se veían él y ella, se amenazaban de nuevo, y él la reprendía de desenvuelta y alborotada, y ella se reía de la seriedad de él y le calificaba de tonto. El furor y el encono de ambos crecieron de tal suerte, que ya no les bastaban para desahogarse los encuentros casuales, y solían buscarse para mover disputa y reñir y tratarse muy mal. Estas riñas terminaban, por lo comun, con que dijese Pepe Güeto:—Si yo tuviera la desgracia de ser marido de V. ya la metería en costura,—y con que doña Manolita respondiese:—Pues si yo incurriese en el desatino de ser mujer de hombre tan [fastidioso, ó le había de poner más alegre que unas sonajas, ó me había de borrar el nombre que tengo.

Tomaron Pepe Güeto y doña Manolita tal aficion á los denuestos, improperios y pependencias, que cada día las armaban tres ó cuatro veces.

Esto había hecho pensar á doña Luz, porque quería bien á doña Manolita, y con esta ocasion leía las citadas comedias,

despues de haber releido otra de Shakspeare, donde se trataba el mismo asunto de manera más magistral.

Absorta en dicha lectura se hallaba doña Luz, cuando, como ya hemos dicho, entró á verla doña Manolita.

Se besaron, se abrazaron, se dieron los más cordiales buenos dias , y luégo habló la hija del médico:

—Hija mía, tú eres la primera que ha de saberlo. Lo sabrás ántes que mi padre. ¡Gran novedad! Mis peleas con Pepe Güeto han dejado de ser escaramuzas. La ira de ambos ha llegado á su colmo. Nos hemos comprometido en un duelo á muerte.

—¿Qué me quieres significar? dijo doña Luz.

—Quiero significar, replicó su amiga, que para ver si yo le vuelvo loco ó si él me vuelve juiciosa, hemos resuelto casarnos. Verdad es que él se da por vencido por el momento, y dice que, pues se casa conmigo, no debe de estar en su juicio cabal, y que ya, sin casarnos, le he ganado la partida y la apuesta; pero, por lo mismo, añade que desea casarse para vengarse y desquitarse. Yo le contesto aquello de *no siento que mi hijo pierda, sino que se quiera desquitar*, y le aseguro que saldrá con las manos en la cabeza si sigue jugando, y le amenazo con que su derrota será mayor cuando esté casado; pero el insolente, atrevido, no me cobra miedo, y cierra los ojos, y arremete, y se casa. Hoy mismo, con más denuedo que el Cid Campeador, irá á pedir á mi señor padre esta blanca mano, que tomará la rienda y le obligará á salir de su paso de mula de canónigo y á brincar y á estar más avisado que tu hermoso caballo negro.

Doña Luz, que no podía disimular sus sentimientos, los cuales se mostraban en su rostro como las blancas piedrecillas á través del agua transparente y mansa de un lago, más bien dejó ver pesar que alegría, al saber la nueva, ya prevista por ella, del casamiento de su amiga.

—¿Cómo es eso?—prosiguió esta última.—¿Te aflige que yo me case? ¿Sientes el modo informal? ¿No lo comprendes bien, inocentona? ¿No caes en que ese bárbaro, egoiston, de Pepe Güeto, presume, y no sin razon, de ser un real mozo, y todo el furor que ha tenido y tiene aún contra mí, estriba en

que anhelaba que yo me hubiese enamorado de él por lo triste y por lo serio, y me hubiese puesto á suspirar y á llorar, sin pensar más que en él y no en divertirme? ¿No ves que él se ha enamorado y que su rabia es que no me cree tan enamorada ni tan capaz de enamorarme, porque no hago pucherros y no aburro con lágrimas y sublimidades? ¿Y no calculas, por último, que yo le quiero también? Si no, ¿me casaría? Ya casada, vencido el natural encogimiento que debo guardar, le demostraré mi ternura, y le haré ver que hay un tesoro de ella en mi alma, aunque escondido entre burlas y alegrías; y cuando vea el tesoro, y le goce, y conozca que es suyo, y mejor que cuanto podía él soñar, ha de conocer que no es mi corazón de corcho sino de almíbar y jalea, y se ha de poner como jalea y como almíbar, y ha de bailar y reír de gusto, declarando y confesando que se compaginan bien los regocijos con el verdadero amor, y las risas con la ventura más seria y más grave en el fondo.

Doña Luz, sonriendo y suspirando á la vez, contestó entonces:

—No era la preocupacion por tu suerte la causa de mi tristeza: era mi egoismo que al cabo lograré vencer. Presiento que vas á ser dichosa y esto me alegra; pero tengo celos por tu amistad. ¿Por qué no confesarlo? La única persona á quien poco á poco he ido confiando mi corazón y dando todo cariño, eres tú. Tú, lo reconozco, me pagabas con usura; pero ahora vas á tener marido; pronto, quizá, tendrás hijos, y toda tu alma será para ellos. Esta pobre huérfana, sola en el mundo, quedará abandonada y sin un alma que la comprenda y que la ame.

Doña Manolita, abrazando tiernamente á doña Luz, contestó con estas palabras:

—Aunque no tuviese yo mil razones para alegrarme de mi boda, me alegraría, porque te ha excitado á declararme hoy tu amistad del modo más explícito y como nunca lo habías hecho. Estoy contenta y llena de orgullo de que tanto me estimes para amiga. No temas tú que ni Pepe Güeto, ni los Güetillos que puedan salir á relucir en lo venidero, te roben aquella gran parte del alma con que te amo. Pues qué, ¿ima-

ginas tú que el compartimiento, rincón ó sitio de mi alma donde está el amor de esposa y madre, se ha llenado ó se va llenando ahora y que ántes estaba vacío? ¿Crees tú que este amor no existía en mí ántes de amar á Pepe Güeto? Vaya si existía. Lo que tiene es que entónces el novio ó el marido, á quien yo le consagraba era soñado, hecho á pedir de boca, relleno de perfecciones. Los chiquillos, que me fingía y me finjo aún, son unos querubines. Por mucho que valga Pepe Güeto, pierde cuidado que no valdrá, ni con cien leguas de distancia, el marido que yo soñé. Y en cuanto á los chiquillos, será más notable la diferencia, porque los que tenga, si los tengo, como espero y deseo, no han de ser impecables y celestiales como los imaginados, sino llorones, traviosos, sucios y tercos, y me han de armar al día mil perreras, y han de tener entre ellos mil cachetinas; todo lo cual me hará no quererlos tanto. Infiero yo de lo dicho que, casada ya y con hijos, te he de querer más que de soltera, si sigues queriéndome tú. Aunque tú te cases, ¿dejarás de quererme?

—Nunca dejaré de quererte, respondió doña Luz. Yo no me casaré nunca.

Esta última afirmación excitó mucho la curiosidad y el interés de doña Manolita, y como la intimidad y la confianza habían llegado á su apogeo, produjeron varias confidencias y revelaciones por parte de doña Luz, en un coloquio que por su importancia merece capítulo aparte.

VI.

CONFIDENCIAS DE DOÑA LUZ.

La hija del médico provocó las confidencias, diciendo á doña Luz:

—¿Y por qué no has de casarte nunca? No te lo niego: yo conozco que es difícil, pero no imposible. Es difícil porque no hay en estos pueblos novio para tí, y porque tú no has de

ir en busca de novio á las grandes ciudades. No está en tu condicion ni en tu carácter ir á buscar colocacion, bajo el amparo de alguna tia, que ya has desdeñado, ó sola é independiente, ahora que eres mayor de edad.

—Inútil es que yo te conteste, dijo doña Luz: tú misma contestas á la pregunta. Nuestra amistad, con todo, debe quedar hoy completa. Deseo poner en ella el sello de la verdad, no teniendo secretos para ti y abriéndote mi corazon. No he de recelar ni que me tengas por vana, ni que me rebajes en tu concepto: he de mostrarme á ti tal como soy. Te confesaré lo que á nadie he confesado. Ese rincon, ese pedazo de alma, donde dices tú que tenías amor para marido é hijos, aún ántes de tenerlos, le tengo yo tambien en el alma mia; pero un orgullo que no se funda en razones, una repugnancia nacida de la manera con que he sido educada, se opone á que yo me case...

—Con otro Pepe Güeto, por ejemplo, interrumpió doña Manolita.

—Pepe Güeto es honrado, bueno, inteligente, es más rico que yo, replicó doña Luz. Yo sería una necia si le desdeñase, fundando en algo mi desden: pero esto no se razona, se siente, y es lo cierto que nadie, en las condiciones de Pepe Güeto, y estando en su juicio, me querrá para mujer propia, así como yo no le querré á él para marido. Entiéndase que hablo dentro de la vida ordinaria, sin nada de novela. Tal podría ser ésta, que, no ya un hombre como Pepe Güeto, sino el último gañan pusiese los ojos en mí con razonable esperanza de lograrme, y yo cediese y fuese suya, no ya siendo hija de un marqués arruinado, sino siendo millonaria y princesa. Por dicha ó por desgracia mia, ó no hay de esos séres con prendas y excelencias superiores á su clase, lo cual probaría, en suma, que los hombres, por naturaleza, son más iguales de lo que se cree, y que tales prendas y excelencias son creadas por artificio, ó, si hay de esos séres, no están reservados para mí, ó yo carezco de imaginacion para fingir en alguien, aunque no existan, todos aquellos primores que habrían de enamorarme. Así, pues, la energía de amor está en mí como dormida; pero no ha muerto. No permita Dios que mate yo en

mí facultad alguna de las que el mismo Dios me ha dado. Duerma el amor en mi seno. A mi razón serena y fría toca velar para que no le despierte sino quien deba. Pero, hija mía, nadie acude á despertarle, y me temo que sea eterno su sueño.

—Vamos, yo me arrepiento de una tontería que he dicho, exclamó doña Manolita. ¿Qué tendría de feo ni de malo que tú fueses y te mostrases donde conviene para que haya quien con títulos bastantes acuda á despertar á ese precioso amor dormido? Casi se me antoja que no sólo tienes derecho, sino que estás en la obligación de hacerlo. No es justo que tanta hermosura (¡cuidado si eres bonita!), no es lícito que tanta distinción y elegancia queden sepultadas en este lugar. Es cruel que tan lindo amor se consuma durmiendo, envejezca, y acaso, acaso, tenga el infortunio de que se le apolillen las alas. De seguro que hay mil galanes por ahí, por esos mundos, que caerían rendidos á tus plantas, si llegasen á verte. De seguro que habrá uno entre ellos á quien tú debes amar. Pero ¿cómo han de adivinar que estás aquí? ¿Por qué has de jugar con ellos al escondite?

—En primer lugar, porque, á fin de buscar poesía, no he de empezar yo destruyendo la poesía. El amor no ha de buscarse; ha de aparecer, ha de surgir de un modo providencial. Se busca fortuna, se buscan aventuras, se buscan negocios, y tú lo has dicho, se busca colocación; pero amor no se busca. Además, ¿adónde iré yo que no esté más fuera de mi sitio, más aislada que en Villafría? ¿Dónde me presentaré que no sea mirada como una aventurera? Casi estoy fuera de toda clase social. Mis parientes me humillarían si me fuese con ellos. Si me fuese sola, dirían todos como D. Acisclo, que yo era una *vaca sin cencerro*. Pudiera ser marquesa y no lo soy ni quiero serlo, porque es ridículo el título sin las rentas convenientes. Aquí, donde todos me conocen, soy la señorita doña Luz, la marquesita que conserva aún su casa solariega, y que se ha ganado la estimación y el respeto, porque nadie ignora su vida desde hace doce años. Por esos mundos sería yo una doña Luz algo misteriosa, de quien cada cual imaginaría mil horrores. Empezarían por afirmar una verdad, para

inventar y poner sobre ella millon y medio de embustes. La verdad sería que soy hija de un marqués calavera y arruinado, y de una tal Antonia Gutierrez, soltera y costurera, con quien mi padre tuvo amores. Créeme: en parte alguna estoy mejor que aquí, aunque no me enamore ni me case nunca. ¿Y por qué no enamorarme? ¿Por qué el amor ha de estar siempre dormido? Yo me inclino á creer que no hay varios amores, cada cual para su objeto, sino que el amor es uno; y aunque cambie el objeto, no cambia el amor. Si es así, como yo lo deseo, mi amor despertará y se empleará todo en la hermosura del cielo, en Dios que le ha criado, en las flores, en la poesía, y quién sabe si hasta en la ciencia, dado que en mi estrecho cerebro de mujer quepan sus grandes verdades, sus oscuros misterios y sus temerosos problemas.

—Nada sé contestarte, dijo doña Manolita. Veo que en mucho de lo que dices tienes razon; pero ya que te confías en mí y me haces ver lo más escondido del alma, sácame de una curiosidad: explícame, si puedes, ciertas cosas que me parecen rarísimas en tu existencia. Por imprevisor, por descuidado que fuese tu padre, por pocos amigos y relaciones que tuviese en el mundo, ¿no tuvo á nadie á quien dejarte confiada sino á D. Acisclo? ¿Tú misma, habiendo vivido en Madrid hasta la edad de catorce años, no dejaste allí alguna amiga? ¿No dejaste allí á nadie que se interesara por tí?

—El descuido y la imprevision de mi padre no podían ser mayores. Harto lo ha probado su ruina; pero además, bastará con que yo, enlazando los rotos recuerdos de mi niñez, te cuente mi modo de vivir en Madrid, para que entiendas que lo mejor, quizá lo único que pudo hacer mi padre, fué dejarme confiada á D. Acisclo. Hasta que cumplí cinco años, viví en casa de una señora, que parecía medianamente acomodada, y que se llamaba doña Francisca. He cavilado despues si aquella señora sería mi verdadera madre; pero, si me trataba bien y hasta con mimo y regalo, se conocía ó se debía conocer, juzgando yo por el confuso recuerdo, que yo le era extraña. Me tenía en su casa por favor. No era casada. Iba á visitarla con frecuencia un caballero guapo, amigo de mi padre. Mi padre iba á verme; á veces solo, á veces con el caballero.

La señora murió, y mi padre entónces me llevó consigo á su casa, y ya no me confi6 á nadie. A los pocos meses de estar con mi padre, donde me cuidaba una criada anciana, vino de Inglaterra el aya que mi padre encarg6 para mí y que ha estado conmigo hasta pocos dias ántes de que mi padre y yo viniésemos á Villafría.

Doña Manolita, que era la mejor muchacha del mundo, y que amaba y admiraba á doña Luz, muy satisfecha de las confiancias que le hacía, y muy curiosa de saberlo todo, escuchaba sin pestañear, sentada enfrente de su amiga.

Esta prosiguió:

—Mi aya era el deber personificado ; pero, como el deber, sin calor, sin entusiasmo y sin afecto. Casi estoy por afirmar que no me bes6 nunca, que nunca me hizo una caricia. En cambio me enseñ6 cuanto ella sabía, y mi padre me consideraba como un portento precoz, como una sábia pequeñuela.

La vida de mi padre, aunque yo entónces no lo comprendía, comprendo ahora que era disipadísima, y todo lo contrario de ejemplar. Jugaba, cortejaba, estaba fuera de casa hasta las tres ó las cuatro de la mañana. Yo era como su refugio, como el medio de su purificacion, como su consuelo santo en los momentos de abatimiento y de tristeza. Me llamaba á su cuarto, y ya solo conmigo, me decía ternuras, me besaba y lloraba á veces. Como yo era tan niña, ni podía averiguar por mí, ni tratar de saber de él la causa de sus pesares.

Varias veces me hizo tambien ir á su cuarto en ocasion en que no estaba solo, sino con una mujer hermosa y elegante, aunque vestida con descuido, y esta mujer me celebraba de bonita y graciosa, y me hacía mil cariños.

—Esa mujer sería tu madre, interrumpió Manolita.

—Así lo hubiera pensado yo tambien, prosiguió doña Luz, si esa mujer hubiera sido siempre la misma; pero fueron varias. Todas se recataban de la gente ; estaban allí con cierto misterio, y nunca el aya las vió. A mí misma cuando fuí grandecita, cuando cumplí nueve años, jamás volvió mi padre á enseñarme á ninguna de dichas mujeres, que, por la impresion que me dejaron, se me figuraba que habían de ser señoras y no gente vulgar. Mi padre era un galan caballero y

agradaba mucho á las damas. Entónces nada infería yo de esto; pero mas tarde he inferido la inverosimilitud de que fuese yo en realidad hija de una Antonia Gutierrez, costurera. ¿No podría mi padre haber procurado esta madre postiza para legitimarme, sin comprometer á alguna dama? Aun en vida de mi padre, á pesar de mi corta edad, pensé alguna vez en esto; pero jamás me atreví, ni indirectamente, á preguntar nada á mi padre sobre el particular. Él esquivaba la conversacion, si por acaso recaía sobre mi supuesta ó verdadera madre Antonia Gutierrez. Despues de muerto, y despues de haber cumplido yo veinte años, he buscado con empeño algo que me dé luz entre sus papeles. Él rasgaba todas las cartas de cierto interes, porque era descuidado y temía dejarlas en cualquiera parte y que las leyesen. Lo que he encontrado, pues, era insignificante: ni un retrato ni una palabra escrita. Sólo, sobre su mismo cuerpo, se halló este medallon de oro, sin cifra ni signo alguno.

Doña Luz sacó de su propio seno el medallon de que hablaba.

—Desde entónces llevo el medallon en mi seno, como memoria de mi padre. Dentro, mira (y abriéndole, enseñó el contenido á doña Manolita), mira á traves de este cristal; hay un rizo de pelo más rubio aún que el mio. ¿Será de Antonia Gutierrez, será de cualquiera otra mujer que fuese mi madre, ó será de alguna enamorada de mi padre, que nada tiene que ver conmigo? ¿Quién ha de saberlo? Los dos criados antiguos que conservo son listos ambos; pero ambos entraron en casa con mucha posterioridad á mi nacimiento, y de fijo no saben nada. Juana vino á servirme cuando tenía yo diez años. Tres años despues entró Tomás de ayuda de cámara de mi padre.

—¿Y no sabes de ningun lance singular de la vida del marqués, preguntó doña Manolita, por donde se aclare algo el misterio de tu nacimiento?

—Hay, en efecto, en la vida de mi padre un lance singular; lance ocurrido á los dos años de haber nacido yo; pero lance tan misterioso que por él nada se aclara. Podría ó no podría tener dicho lance alguna relacion con la culpa á que debo el sér.

—¿Y qué fué ese lance, si puedo saberlo?

—Mi padre recibió una mañana una visita, á quien nadie vió, porque mi padre mismo abrió la puerta. Los criados no podían extrañar esto. Él solía recibir visitas así, abriendo él mismo, y encerrándose con ellas. Aquella mañana, á la media hora de haber recibido la visita, llamaron desde el cuarto de mi padre con fuertes campanillazos. La puerta del cuarto estaba abierta. La visita había desaparecido. Y los criados hallaron sobre la alfombra una espada sangrienta, y á mi padre tendido también, con otra espada empuñada, y el pecho atravesado por una herida mortal. Dicen que fué milagro de la ciencia el que se librase de la muerte. Jamás se pudo averiguar quién, ni porqué le había herido. Mi padre se limitó siempre á decir que no buscasen al culpado, que la herida había sido en buena lid. Raro duelo, en verdad, sin padrinos, sin testigos, sin nadie que haya sabido jamás de él sino aquel doloroso resultado.

—Todo eso me hace presumir, dijo doña Manolita, que eres hija de una gran señora.

—No sé, contestó doña Luz. Legalmente soy hija de Antonia Gutierrez, libre cuando se unió con mi padre. Más vale esto que deber la vida á un adulterio. ¡Ah! mejor es que mi padre no me haya revelado nada. ¿Cómo había de haber manchado mi mente limpia, á los quince años, con impurezas y delitos? Harto perturbada estaba ya mi mente con la vergonzosa catástrofe de Madrid ántes de refugiarnos en este lugar. Hubo que vender los muebles que allí teníamos para acabar de pagar á los usureros y acreedores. Mi padre se vino aquí humillado y melancólico, y á poco murió. ¿Con quién querías que hubiese vuelto yo á Madrid? ¿Qué papel iba á hacer en Madrid la marquesita arruinada y bastarda? Lo mejor que pude hacer es lo que he hecho, quedarme aquí para siempre.

De este modo confió doña Luz todos sus secretos á la hija del médico.

La amistad de ambas jóvenes se estrechó desde entónces, y en adelante todo se lo confiaron.

El casamiento de doña Manolita se hizo por la posta.

Un mes despues de haber dado parte á su amiga estaba ya casada.

Su pronóstico de que su casamiento no enfriaría la amistad con doña Luz se cumplió á la letra. Doña Manolita era gran profetisa.

Tambien se cumplió cuanto con relacion á Pepe Güeto había ella pronosticado. Ni hubo vara de mimbre, ni ella entró más en costura que cuando estaba soltera; pero en cambio, Pepe Güeto se reía como un loco, sobre todo con los chistes de su mujer, que le hacían mucha gracia, y con sus risas que tenían para él mucho de agradablemente contagioso.

Para doña Luz pasaron entre tanto los meses, sin otra novedad que el cambio alternado y regular de las estaciones. Pasó la primavera, pasó el verano, y llegó el mes de Octubre, estacion de la vendimia.

Algo muy importante tendría que decir D. Acisclo á doña Luz, cuando una mañana, estando ya vendimiando, entró á verla y á hablarla no ménos matinalmente que doña Manolita había entrado meses ántes.

El correo llegaba á Villafría á altas horas de la noche y se repartía al amanecer.

Don Acisclo traía una carta ya abierta en la mano, y la agitaba con vivas muestras de satisfaccion y de júbilo.

VII.

EL PADRE ENRIQUE.

¿Qué hay? ¿Qué dice esa carta? ¿Qué grata novedad contiene? D. Acisclo, ¿le ha caído á V. la lotería? preguntó doña Luz.

—Mejor que eso, hija, mejor que eso, contestó el interrogado. Lee tú misma y entérate; y entregó la carta á doña Luz.

Ésta, ántes de leer, conoció la letra y vió la firma que decía: «Enrique.» Era de un sobrino, hijo de una hermana

que D. Acisclo había tenido, el cual sobrino era fraile dominico, residente en Filipinas.

Casi todos los que se hacen ricos niegan el acaso, la fortuna, el hado ó la suerte: éstos les parecen vanos nombres, detras de los cuales procuran ocultarse la pereza, el despilfarro, el desórden y la tontería. De aquí que se tengan por las personas más prudentes, más razonables, más ingeniosas y más sábias de la tierra. Y puede que les sobre razon. Yo no lo niego ni lo afirmo. Digo sólo que D. Acisclo era así. Estaba muy contento de sí propio é imaginaba que no había merecimiento mayor que el suyo. Toda otra gloria se le antojaba inferior y de ménos quilates. Sin embargo, una gloria con algo de sobrenatural y de ultramundano, si no en los medios en el fin, y adquirida por individuo de su familia, no parecía á D. Acisclo de corto valer tampoco; y tal era la gloria de su sobrino el P. Enrique; gloria que en cierto modo se reflejaba en él y en toda la parentela. Era, casi á par de los dineros adquiridos, timbre de nobleza para su casa.

Don Acisclo idolatraba, pues, al P. Enrique, y hablaba de él con complaciente jactancia, diciendo:—Aquí servimos para todo; lo mismo para un fregado que para un barrido; yo quise ser millonario y lo soy; á Enrique le dió por la santidad y aún le hemos de ver en los altares.—Para demostrarlo y hacer probable el cumplimiento de su vaticinio, D. Acisclo refería á menudo las andanzas del P. Enrique: de modo que doña Luz le tenía por conocido y amigo, aunque hacía cerca de veinte años que él faltaba del lugar y de Europa.

Todo este tiempo no le había vivido sólo en Manila. Había estado en diversas tierras de gentiles, difundiendo la luz del Evangelio; había pasado apénas creibles trabajos; había arrojado graves peligros, y aún había estado dos veces á punto de alcanzar una muerte tan cruel como gloriosa, no salvando la vida sino despues de sufrir prolongado martirio.

Referidas estas historias por D. Acisclo, fuerza es confesarlo, aparecían grotescas en los pormenores. Por dicha, el Padre Enrique escribía á su tio tres ó cuatro veces al año, y el tio se deleitaba en que doña Luz le leyese las cartas en alta voz. Así conoció doña Luz que el P. Enrique, á más de ser va-

liente hasta el heroísmo, y entusiasta y fervoroso en todos sus actos y misiones apostólicas, era sujeto de claro ingenio y de singular discrecion y prudencia.

Su constitucion física distaba mucho de corresponder á sus bríos espirituales, y, aunque no tenía aún cuarenta años, ya en sus últimas cartas se quejaba dulcemente de lo quebrantado de su salud, que le impedía trabajar en empresas activas, y le estorbaba algo en sus estudios.

La carta recién llegada era muy corta y traía fecha de Cádiz. Doña Luz leyó, y decía así:

«Mi querido tio: Mis males se agravaron hasta tal extremo en Manila, que los médicos decidieron que yo debía venir á Europa á pasar una larga temporada. Con los aires del país natal aseguraban que me repondría. Mis compañeros me echaron de allí: hasta el mismo Sr. Arzobispo me mandó que me viniese. No hubo, pues, más remedio. Salí de Manila y, á Dios gracias, hice una dichosa navegacion. Tres dias há que estoy en Cádiz, bastante más fuerte ya. Pasado mañana salgo de aquí en el ferro-carril para esa villa. Expresiones cariñosas á los primos, primas, amigos y demas parientes, y á su huéspeda de V. la señorita doña Luz. Le quiere á V. mucho y desea abrazarle, su afectísimo sobrino.»

Tal era la causa del júbilo de D. Acisclo; iba á abrazar al sobrino santo, iba á vivir con él, iba á tener el gusto de lucirle en el lugar.

Doña Luz quiso en seguida mudarse á su casa y dejar su habitacion en casa de D. Acisclo, para que el Padre habitase en ella.

Don Acisclo dijo :

—Nada de eso, hija mia. Tú por nada del mundo te vas de mi casa á vivir sola en aquel caseron. Además, una mudanza tan precipitada sería un trastorno. Yo tengo mi plan, y, con tu permiso, le hemos de llevar á cabo. Enrique sé yo que gusta de la soledad para sus estudios y meditaciones. Permite que vaya á vivir en tu casa. En un momento le arreglaremos allí habitacion conveniente. Tu casa está cerca. Iremos á cuidarle si cae enfermo en cama, y cuando no, vendrá él á almorzar, á comer y á charlar con nosotros todos los dias.

Doña Luz insistió en irse á su casa ; pero D. Acisclo siguió oponiéndose, y fué menester que doña Luz cediera, ofreciendo gustosísima su casa para que en ella viviese el Padre.

La estacion del ferro-carril está á dos leguas muy largas de Villafría, y D. Acisclo dispuso que saliesen todos los parientes y amigos á recibir al Padre con mucha pompa. En efecto, no quedó vehículo de que no se dispusiese. Se emplearon tres calesas, una tartana, propiedad de D. Acisclo, y dos carros. Fueron de la expedicion los hijos, yernos, hijas, nueras y nietos de D. Acisclo, el cura, el médico, doña Luz, doña Manolita y Pepe Güeto, y otras varias personas. Los que no cupieron en los vehículos de ruedas, fueron á caballo ó en burro.

El P. Enrique llegó bien y fué recibido con vivas por aquella turba, en el andén de la estacion.

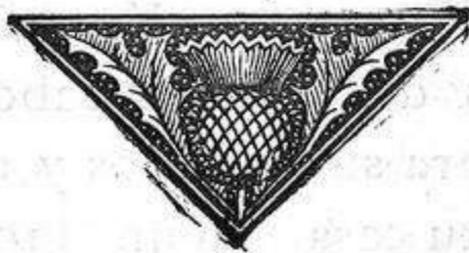
En el lugar fué un triunfo su entrada.

Para todos los primos y primas trajo regalos : para ellos puros filipinos en abundancia ; para ellas, ó pañolones bordados, que llaman en mi tierra de *espumilla* y de Manila en Madrid, ó abanicos chinescos de los más primorosos. Para don Acisclo trajo armas japonesas, y para doña Luz un juego de ajedrez de marfil, prolijamente labrado.

El P. Enrique se instaló muy cómoda y holgadamente en casa de los Marqueses de Villafría, donde Tomás se ofreció para cuidarle; pero el P. Enrique traía consigo un criado chino, llamado Ramon, que le cuidaba con el mayor esmero.

JUAN VALERA.

(Se continuará.)





CONFERENCIAS

DADAS EN EL ATENEO DE BARCELONA

POR EL CATEDRÁTICO DE LA ESCUELA DE INGENIEROS INDUSTRIALES

D. FRANCISCO DE PAULA ROJAS

SOBRE LOS ÓRGANOS DE LOS SENTIDOS.

PRIMERA CONFERENCIA.

SEÑORES :

Para tener la honra y el gusto de pronunciar ante ustedes esa especie de monólogo científico-familiar que se llama *conferencia*, me he preparado, como siempre lo hago, con todo el cuidado que exigen, por una parte mi deseo de seros útil y agradable una noche (si es que tanto puedo alcanzar), y por otra, la consideración de la clase de este auditorio, que por lo mismo que se compone de muchas y diferentes especialidades científicas, no puede menos de gravitar sobre mi ánimo con todo el peso de la universalidad de sus conocimientos. Me he preparado, he pensado: tengo en mí ciertas ideas buenas ó malas, exactas ó equivocadas; pero tales como son, deseo transmitíros las... ¡Transmitir una idea! un fenómeno al parecer tan sencillo, un fenómeno tan vulgar, un fenómeno en que nadie pára mientes, y que, sin embargo, encierra la ma-

ravilla de las maravillas. Si de todos los fenómenos pudiera yo llegar á conocer completamente este solo; si yo supiera cómo se transmite una idea, sabría yo más que toda la humanidad pasada, presente y futura; yo, entónces, sabría la historia de la humanidad sin haberla leído; yo podría entónces trazar el índice de los futuros descubrimientos de la humanidad; yo, entónces, me habría puesto de un salto dentro de esa esfinge de duro pórfido que se llama hombre, arrancándole el secreto que lleva oculto en sus entrañas, miéntras los sabios armados con sus microscópios pasaban los siglos pugnando por descifrar los ininteligibles geroglíficos que el monstruo tiene grabados en su superficie.

Empecemos por considerar, señores, que ni yo tengo poder, ni vosotros teneis aptitud para conseguir que una idea que está en mí, pase tal como ella es, directa é inmediatamente, de mí á ustedes. Lo que puedo yo hacer, lo que puedo conseguir, es que surjan en vuestra mente ideas semejantes á las mías, análogas á las mías, idénticas á las mías; y para ello, me estoy valiendo en este momento de la palabra, esto es, estoy dando con mi órgano vocal ciertos golpecitos en el aire, el cual repite esos mismos golpecitos sobre vuestra membrana del tímpano. En efecto; ¿qué es lo que va corriendo por el aire en este momento de mí á ustedes?—*Palabras*—contestareis. Pero las palabras no son más que sonidos.—*Pues sonidos*—replicareis. Pero los sonidos, como sensaciones, ni están en el aire ni van corriendo por el aire; sino que nacen en vosotros; están en vosotros. Y esto es tan cierto, que si yo, con las barbas de una pluma mágica, pudiera rozar vuestra membrana del tímpano y producir en ella de este modo los mismos movimientos que ahora estoy produciendo por medio de la palabra, podría yo plegar los labios sin interrumpir mis explicaciones. Y si cerraseis los ojos, la ilusion sería tan completa, que no advertiríais el cambio de la palabra por la pluma: al salir de aquí aseguraríais que yo había estado hora y media hablando, cuando no habría desplegado los labios: algunos tal vez asegurasen que yo había hablado con voz tan fuerte como si creyese sordo al auditorio, cuando el silencio más grande habría reinado en esta sala.

¡Transmitir una idea! Si yo no puedo transmitir otra cosa que movimientos. ¡Si las ideas no viajan! Transmitir una idea á una persona es tocarla materialmente: es producir en ella ciertos movimientos convenidos *à priori*, movimientos que son causa ocasional de que nazca en esa persona aquella idea.

Figuraos, señores, que yo en mi niñez tuve un amigo (y cuando digo á ustedes que se lo figuren es porque tambien yo me lo figuro, lo cual no constituye una garantía de verdad para lo que voy á decir), amigo con el cual, por puro juego, por pura diversion, convine en un medio tan estrambótico como pueril, para transmitirnos nuestras ideas: convine con él en que cuando le tocase su nariz con la punta de mi dedo ó con un lápiz, esta señal representaría la letra N, cuando le tocase en la ceja la G, cuando en el ojo la O, cuando en la frente la E; y de este modo, sin necesitar otro campo de señales que la cabeza, tuvimos completo nuestro abecedario, y pudimos cambiar hasta tres ó cuatro palabras por minuto. Figuraos tambien que á consecuencia de un terrible cataclismo, que no es para contado, fué víctima mi pobre amigo de una tremenda y triple desgracia; se quedó absolutamente ciego, absolutamente mudo y absolutamente sordo, perdiendo además las dos manos por añadidura. A raíz de este cataclismo no había en el mundo más que un solo mortal, y éste era yo, que pudiera transmitir sus ideas á ese hombre; yo sólo podía hacerlo, gracias al consabido estrambótico y pueril procedimiento.

Pues bien; este mismo procedimiento, por pueril y estrambótico que os parezca, es, en el fondo, el que estoy empleando en este momento para transmitir mis ideas. Yo os estoy ahora tocando, no solamente en la cabeza sino en toda la superficie de vuestro cuerpo, sirviéndome del aire, como me servía del dedo ó del lápiz en el ejemplo anterior. Yo estoy poniendo en movimiento hasta los cabellos de ustedes, cosa que á alguno le parecerá increíble. Pero casi toda la superficie de vuestro cuerpo es insensible á los pequeñísimos movimientos que con mi palabra comunico al aire. En toda esa superficie no hay más que una pequeñísima parte, situada en el fondo de la oreja y que se llama «membrana del tímpano,» que sea sensible á esos movimientos.

Las ideas no se transmiten en el sentido literal de la palabra: las ideas no viajan. Si las ideas viajasen lo harían de la siguiente materialista manera. Figuraos que yo tengo en mí una idea y que quiero transmitíroslo, esto es, que quiero que haga un viaje más penoso, más difícil y más imposible que el de ir de la tierra á la luna. Esa idea toma en mi cerebro forma material: se rebulle en él bajo la forma de movimiento molecular cerebral: se disfraza con un dominó de color de movimiento nervioso motor: hace una señal á los músculos del pulmon: éstos, que saben su obligacion, se contraen y obligan al aire á precipitarse hácia la laringe: allí suelta la idea su primer disfraz y toma el de invisible y aérea golondrina que, envuelta en la palabra, parte recta hácia vosotros: roza con sus invisibles alas vuestras membranas del tímpano: este roce la detiene lo bastante para disfrazarse de movimiento nervioso sensitivo, y así llega hasta vuestra masa encefálica ó cerebral: allí deja definitivamente todo disfraz y aparece pura, radiante, espiritual, tal como yo la sentía dentro de mí. Aquí teneis una mala pintura de los hechos, tomando los colores en la paleta materialista. Pero esta pintura no es la verdad. Soltemos, pues, los pinceles y tratemos de buscar lo que podamos encontrar de verdad en el intrincado problema del sonido.

Vibra en esta sala una cuerda de piano, una campana, mi laringe, un cuerpo sonoro cualquiera. Quedémonos con mi laringe, toda vez que ella es efectivamente el cuerpo sonoro que yo mismo me encargo de sostener casi continuamente en vibracion. El movimiento vibratorio de mi laringe se transmite en ondas esféricas al aire que me rodea, y estas ondas van á estrellarse sobre vuestra membrana del tímpano, como las ondas del mar van á estrellarse sobre la playa. Esas ondas aéreas son las que al espirar sobre la membrana del tímpano engendran en éste el movimiento vibratorio. Aquí termina el fenómeno físico del sonido y empieza el fisiológico. De la membrana del tímpano, puesta ya en movimiento, nacen una serie de ondas finísimas, invisibles, archimicroscópicas, que se propagan por algunos de los tres mil hilitos nerviosos que, reunidos, componen el cordon ó *nervio acústico*, y que van á estrellarse suavísima y blandamente contra una porcion del cere-

bro, á la que llamaré *centro cerebral acústico*. De modo que la última fase del sonido, como cosa objetiva, es un invisible movimiento molecular del centro cerebral acústico, á que llamaré *imágen cerebral sensible del sonido*. El centro cerebral acústico constituye, pues, para mí un verdadero órgano interno, el verdadero sensorio acústico: lo único que es indispensable para tener la sensación de los sonidos.

Aquí termina el fenómeno fisiológico (en el centro cerebral acústico), y empieza el fenómeno psicológico. Aquí termina, señores, el terreno que el hombre puede conocer, y empieza el misterio; misterio que ha tenido y tendrá en tortura á toda la humanidad, misterio alrededor del cual han dado inútiles vueltas todos los genios del mundo, misterio cuya comprensión parece negada al hombre. ¿Cómo se pasa del fenómeno material al espiritual? ¿Cómo se salva el abismo que hay entre estos dos fenómenos? ¿Dónde está el puente para salvar ese abismo? En ese abismo no se divisa puente alguno; no se ve en él ni una delgada cuerda por donde pueda salvarlo un funámbulo de la fuerza, destreza, agilidad y serenidad de Descartes. Ese abismo está envuelto en densas sombras, en negras brumas, en impenetrables tinieblas; y en medio de ellas, el alma, como suspendida en el aire, recibe el beso misterioso de la materia; y este beso es un sonido, si vino en forma de movimiento por el nervio acústico; es el olor de una rosa, si llegó bajo la forma de movimiento por los nervios olfatorios; es un grato sabor, si llegó bajo la forma de movimiento por los nervios del paladar; es un color, si llegó bajo la forma de movimiento por el nervio óptico; es un rayo de calor, si llegó bajo la forma de movimiento por los nervios afectos al sentido del tacto; es causa de un placer ó de un dolor; es causa de una sensación.

En acústica, ese misterioso beso es lo que se llama percepción del sonido, problema que tiene tres partes: ¿Quién percibe? ¿Qué percibe? ¿Cómo percibe?

La teoría atómica, que es la que profeso en física, que es la que tuve la honra de exponer hace algunos años al Ateneo, que es la que en mi concepto tiene la clave para explicar todos los

fenómenos del mundo inorgánico, me conduce lógicamente á afirmar que *lo que percibimos* no es otra cosa que el movimiento molecular del centro cerebral acústico, ó de otro modo: que *lo que percibimos es la imágen cerebral sensible del sonido*. Esto es *lo que se percibe*. ¿Quién lo percibe? El alma. ¿Cómo lo percibe? Este es el misterio. La acción pasa á oscuras y entre dos personajes á quienes no conozco bien. Estos dos personajes son: el uno, el sujeto del movimiento, la materia cerebral; el otro, el principio inmaterial, la sustancia inmaterial, el alma, el espíritu. ¿Qué tiene de extraño que yo no sepa explicar una acción que pasa á oscuras, dentro de mí mismo, y entre dos personajes á quienes no conozco, y que hablan un idioma que no entiendo? Lo único que sé, es que al cambiarse entre esos dos personajes el misterioso beso, dice uno (y por esta vez en castellano claro): *Yo siento*. Y como la materia es extensa y divisible, y está continuamente cambiándose, sustituyéndose y renovándose en mi organismo, no puede encontrar en ella fundamento alguno la razón de *unidad* y de *identidad*, y no puedo, por lo tanto, concederle el derecho para usar el *Yo*, y deduzco que no pudo ser ella la que dijo *yo siento*; luego fué el alma; luego el alma siente, y á esta afección del alma la llamo sensación.

«¿Y por qué, podrá decir alguno, hacer intervenir dos sujetos para explicar esa acción, cuando podríamos pasarnos con uno solo, la materia, por ejemplo, que es aquel de cuya existencia podemos estar absolutamente ciertos?» A lo cual contesto: ¿Y de dónde nos viene esa certeza? ¿Quién es ese notario que nos da fe de vida de la materia? ¿Pues qué, señores, no sabemos que en cuanto meditamos profundamente sobre los fundamentos del asenso que damos á nuestros sentidos con respecto á la existencia real de los cuerpos, parece que la materia se nos evapora, que se nos escapa, y empieza á entrarnos la vacilación, la duda y el vértigo del desvarío, y que en ese terrible momento de tribulación intelectual lo único que nos parece completa y absolutamente cierto, es nuestro propio pensamiento, que es lo que Descartes resumió diciendo: «*cogito, ergo sum?*»

Si prescindiendo de las razones filosóficas, que para mí tie-

nen una fuerza incontrastable, y planteando la cuestion como si se tratase de un simple problema físico, se me dice que por qué recurro al alma para la explicacion del fenómeno de la sensacion, diré que me creo para ello con el mismo derecho científico con que se creyeron un dia los físicos para recurrir á la existencia de la materia etérea en la explicacion de los fenómenos caloríficos y luminosos. ¿Por qué no se han contentado los físicos con la materia sólida, la líquida y la gaseosa, y han tenido que recurrir á un cuarto estado de la materia? ¿Por qué el advenimiento de este cuarto estado al campo de las ciencias físicas? La razon es muy sencilla; porque sin la materia etérea, sin el éter, las ciencias físicas dejarían de serlo, y se convertirían en un inmenso y desordenado archivo de laberínticos hechos. Pues si para explicar los fenómenos de la luz y del calor ha sido preciso recurrir al éter, y se ha encontrado este recurso natural y científico, ¿por qué extrañar, por qué encontrar anticientífico que se recurra á la existencia de un principio ó sustancia inmaterial, para explicar los fenómenos de la vida, los de la sensibilidad, los de la inteligencia y los de la razon, que son absolutamente inexplicables é incomprensibles sin admitir aquella existencia?

Comparad fenómenos con fenómenos. Los más delicados fenómenos de la física, los ménos materiales (si podemos hablar así), los luminosos no han podido comprenderse ni explicarse sin adivinar en ellos la existencia de una materia extraordinariamente tenue y sutil que llena todo espacio, que está dentro y fuera de los cuerpos, que está en todas partes, materia que escapa hasta á la ley de la gravedad, materia que es como el aroma de los aromas de la materia que constituye los cuerpos, y como el alma y la vida del mundo inorgánico, materia que no se ve, ni se huele, ni se oye, ni se gusta, ni se palpa. Pues si la explicacion de estos fenómenos nos ha hecho adivinar la existencia de esa materia, que es el éter, ¿por qué extrañar, por qué encontrar anticientífico que los fenómenos del mundo organizado nos conduzcan á la adivinacion de la existencia de un principio inmaterial que informa todo organismo, en el cual únicamente puede éste encontrar la razon de su unidad y de su identidad, principio ó sustancia inmaterial

que vive en la planta, que vive y siente en el animal, que vive, siente y raciocina en el hombre? Y poco me importa que se me diga que hay ciertas plantas, como las sensitivas y las insectívoras, que tienen vestigios de sensibilidad, y que en el animal hay vestigios de inteligencia, á cierto grado de inteligencia; porque yo no trato aquí de deslindar campos, ni de trazar límites á los atributos ó facultades que pueda tener la sustancia ó sustancias inmatrimales que existan, sino de asentar la existencia de un principio inmaterial que informe todo organismo vivo.

Algunos podrán decir, y lo dirán, y lo dicen, que ese movimiento molecular del centro cerebral acústico á que llamé imágen cerebral sensible del sonido, es él mismo, la sensación del sonido, y hasta la idea del sonido.

¡La idea ser un movimiento! ¡El pensamiento ser un movimiento! Yo, señores, allá en el mencionado beso entre el espíritu y la materia; veía un misterio: veía lo incomprensible: veía las tinieblas: yo no veía nada, si ustedes quieren; pero en esa proposición ya veo algo: veo el absurdo. Si yo, haciendo fuerza á mi razón, acepto esa base ó ese principio, de la misma manera y con el mismo buen deseo con que hago fuerza á mi garganta para tragar una repugnante medicina de la que espero la salud, y sobre esa base trato de edificar algo, todo se me viene al suelo: veo que nada puedo levantar: veo que hasta el lenguaje está en pugna abierta con aquella proposición. Un movimiento, atendiendo á su naturaleza, puede ser uniforme, acelerado, retardado; ¿qué significación puede tener una idea uniforme, acelerada ó retardada?

El movimiento de un cuerpo, de una molécula, de un átomo, atendiendo á su trayectoria, puede ser vibratorio ú oscilatorio, circular, elíptico, rotatorio... ¿qué puede significar una idea oscilatoria, una idea rotatoria ó circular? Un pensamiento puede ser heroico, sublime, ridículo, criminal, virtuoso, pecaminoso, moral, inmoral; pero ¿cómo puede aplicarse esto al movimiento? El movimiento de rotación de la tierra alrededor de su eje ¿es moral ó inmoral? El movimiento oscilatorio de la péndola de un reloj ¿es virtuoso ó pecaminoso? Un movimiento puede expresarse algebráicamente, puede traducirse en

una fórmula en la cual entran el espacio, el tiempo y la velocidad; pero ¿puede expresarse una idea por medio de una fórmula de ese género? ¿Cuál será la fórmula de la idea de una caja de fósforos, ó de la sensación del color verde? ¿Cómo se ligarían el espacio, el tiempo y la velocidad para tener la fórmula algebraica de la idea de una caja de fósforos?

Yo tengo en mí la idea de un cierto y determinado movimiento, por ejemplo, el de traslación de la tierra en su elíptica órbita; yo tengo en mí la idea de este movimiento, y si admito ahora que la idea es un movimiento, resultaría que lo que tengo en mí es *un movimiento de un movimiento*. Ved á lo que llegamos : llegamos á hablar de un movimiento de un movimiento. El materialista odia la metafísica, no quiere hacer metafísica; pero tendrá que hacer archimetafísica en cuanto empiece á raciocinar. Sé que podrán decir que confundo el movimiento objetivo con el subjetivo; que confundo el movimiento de traslación de la tierra con el movimiento del átomo ó de la molécula que en mi cerebro corresponde al de la tierra; mas á esto contesto que no puedo dar más valor metafísico al movimiento de un átomo de fósforo de mi cerebro, que al movimiento de un átomo de fósforo del hueso de un dedo, ó al de un átomo de fósforo de la roca llamada fosforita; que si el movimiento del primero constituye una idea, lo mismo sucederá al segundo y al tercero; y si esos movimientos eran idénticos, la idea que yo tengo la tendría el hueso de mi dedo y la tendría cualquier pedazo de fosforita.

Para que experimentemos la sensación del sonido que produce un cuerpo sonoro, esto es, para que experimentemos la sensación del movimiento vibratorio de un cuerpo sonoro, es preciso que entre éste y el centro cerebral acústico exista una no interrumpida *cadena*, cuyos eslabones son las moléculas materiales que de una á otra se transmiten el movimiento, sin que cada una tenga que hacer más carrera que la distancia pequeñísima que la separa de su vecina. Así, el movimiento se transmite del cuerpo sonoro al aire; del aire á la membrana del tímpano; de ésta al nervio acústico; de éste al centro cerebral acústico, último eslabon de la *cadena material*.

Rompedme esa cadena material en un punto cualquiera, y

no oiré; quitadme un trozo de la parte de cadena formada por el aire, no más largo que un centímetro, y no oiré; cortadme el nervio acústico, y no oiré; descomponed, cortad, perturbad siquiera mi centro cerebral acústico, y no oiré. Así, pues, el sonido, considerado como cosa objetiva en el cuerpo sonoro, es un movimiento vibratorio de las moléculas de éste; movimiento grosero, visible las más veces; el sonido, considerado como cosa objetiva en el aire, es un movimiento vibratorio de las moléculas de este flúido, movimiento hijo y derivado del primero; el sonido, considerado como cosa objetiva en el nervio acústico, es un movimiento vibratorio de las moléculas que lo constituyen, movimiento hijo y derivado del segundo; el sonido, considerado como cosa objetiva en el centro cerebral acústico, es un movimiento molecular de este centro, hijo y derivado del tercero; el sonido, considerado en el alma, es una sensación que resulta de la misteriosa percepción, por el alma, del último movimiento anterior, ó sea del movimiento del centro cerebral acústico, ó sea del movimiento del último eslabon de la cadena, que es el *único movimiento* que el alma puede percibir.

Al llegar á este punto me permitireis que haga una digresion para hacerme cargo de una objecion materialista que busca su fundamento en algo de lo que acabo de afirmar. La objecion es la siguiente: *Puesto que disecando tal ó cual parte del cerebro ó del encéfalo se pierde tal ó cual facultad sensitiva ó intelectual del alma, claro es que esas facultades están identificadas con esas partes cerebrales, y que el conjunto de esas partes cerebrales ó facultades, da esa resultante que el espiritualista llama alma y que resulta no tener por tanto una existencia real, siendo una hipótesis inútil, una superfetacion inútil.* Esta objecion no merece el trabajo de rebatirla; se rebate á sí misma. Ese racionio aplicado al ojo daría por resultado que el ojo es quien ve, y no el alma; aplicado al nervio óptico daría por resultado que el nervio es quien ve, y no el alma. Con ese modo de discurrir tan ilógico y tan absurdo se puede demostrar que un telegrafista y un telégrafo son la misma cosa; que el telégrafo es el telegrafista, y que éste es una hipótesis inútil; que el telegrafista no tiene existencia real; que es una

superfetacion inútil del aparato telegráfico. ¿Qué diríamos del que para demostrarnos este aserto último nos llevase á la estacion telegráfica, y allí rompiese un simple hilito del receptor telegráfico ó apretase ó aflojase un sencillo resorte de este aparato, y, hecho esto, preguntase al telegrafista; *¿vamos á ver, qué dicen por la línea?* Y cuando viese que el telegrafista manifestara que ya nada podía decir ni saber se volviese hácia nosotros con aire triunfante y nos dijese: ¿Lo ven ustedes? Ese empleado no es más que la misma máquina; ese empleado no ha existido jamás.

Terminada la digresion, volvamos á la cadena material que pone en comunicacion el cuerpo sonoro con el centro cerebral acústico, y fijémonos én una diferencia notabilísima que hay entre los movimientos de los eslabones de esta cadena. Mi laringe tiene constantemente en movimiento vibratorio el aire que llena esta sala. Yo hago bailar con mi palabra los millones de millones de moléculas aéreas que llenan esta sala. Si pudiéramos verlas á todas bailando, sin que ni una sola se quede quieta, dando alternativamente un pasito microscópico hácia mí y otro hácia ustedes, quedaríamos embelesados en la contemplacion de tan no visto como *oido* fenómeno. Pues este baile molecular aéreo, de millones de parejas, es el sonido, como cosa objetiva en el aire: esto es lo que se entiende ordinariamente por sonido físico.

La danza aérea provoca ó engendra, como ya hemos dicho, otra danza de archimicroscópicos movimientos en vuestro centro cerebral acústico; y esta segunda danza es tan tenue, tan fina, tan infinitamente delicada comparada con la primera, que llamando sonido á ésta no podemos dar este nombre á la danza cerebral. La primera se oye; la segunda no; dentro de la danza aérea se oye; dentro de la danza cerebral no. Y esto es tan cierto, que si yo, convertido en diminuto sér, me metiese dentro del cerebro de una persona que está oyendo una conversacion, y aplicase allí dentro mi pequeñísima oreja al mismo centro cerebral acústico de esa persona, yo no oiría la conversacion y esa persona la estaría oyendo perfectamente; me pasaría lo mismo que, si para sorprender el secreto de la correspondencia telegráfica, aplicase el oido al hilo de la línea.

Podemos, pues, afirmar, en cierto modo, que *el alma oye los sonidos en medio del silencio*.

Vemos, pues, que la danza molecular del centro cerebral acústico, aunque hija y derivada de la danza molecular aérea, no se parece á ella en nada. Un movimiento es siempre hijo y derivado de otro, según cierta ley conocida ó desconocida; pero el hijo puede ser muy diferente del padre. Por ejemplo: ¿En qué se parece el movimiento parabólico de una piedra que lanzada por un muchacho va por el aire dirigida hácia la campana de la torre del pueblo, al movimiento vibratorio que toma la campana al ser herida por la piedra? En nada. Pues una diferencia tan grande como esa puede haber entre el movimiento vibratorio del aire puesto en conmoción por la campana, y el movimiento de vuestro centro cerebral acústico, puesto en conmoción por el aire. Y sin embargo, podeis creer, con la misma certeza con que creéis en vuestra propia existencia, que el movimiento de vuestro centro cerebral acústico es hijo de el del aire, nieto del de la campana, biznieto del de la piedra, tercer nieto de el del brazo del muchacho, cuarto nieto del de las moléculas del carbono del pan que digirió el muchacho, quinto nieto del movimiento del sol, de donde salió el movimiento almacenado en la espiga y que pasó al pan. En el hecho de oír aquella campana, habeis recibido movimiento de aquel muchacho; aquel muchacho movió vuestro cerebro; aquel muchacho os ha movido; él movió la piedra; la piedra, la campana; la campana, el aire; el aire, vuestra membrana del tímpano; esta membrana, vuestro nervio acústico; éste, vuestro centro cerebral acústico. Y si este movimiento cerebral, en vez de recibirlo mi respetabilísimo auditorio, lo hubiera recibido el sacristan de la iglesia á que pertenecía esa campana, seguramente que el ciclo de los movimientos iniciados en el cerebro del muchacho no hubiera terminado tranquilamente en el del sacristan; sino que recibida la sensación por el alma, y revolviéndose ésta iracunda sobre ciertos centros cerebrales directores del *sistema nervioso motor*, se soltarían las riendas á los músculos, y levantadas en alto las huesosas palancas sacristanescas, hubieran caído sobre las espaldas del muchacho, para devolver á éste, con un inte-

res verdaderamente usurario, el movimiento cerebral recibido.

Antes de pasar adelante debo hacer una aclaracion. Pudiera acaso deducirse de mis explicaciones, y más aún que de ellas, de los ejemplos y de las imágenes de que me valgo, que yo considero al principio ó sustancia inmaterial como separada en cierto modo de la materia del organismo; y hasta que le doy por residencia el cerebro; que localizo el alma en el cerebro. Ni lo uno ni lo otro. Yo establezco entre ambas sustancias la separacion ideal que creo necesaria para darme cuenta del sonido física, fisiológica y psicológicamente, y dar claridad á la explicacion; mas creo que el alma, informando todo el organismo, á todo él extiende su poder y su eficacia y su vida; y por lo tanto, no puedo fijarle residencia en una parte determinada de aquél. Pero lo que sí afirmo es que, aunque resida en todo el organismo, no *recibe* más que en el cerebro; no da audiencia más que allí; no *está en casa* más que allí.

Tranquilo ya con esta aclaracion, permitidme que haga una ligera excursion á los demas sentidos para que se vea que, lo mismo que en el del oido, todas las funciones materiales de estos órganos se reducen á transmisiones de movimiento y transformaciones de movimiento.

Si hablando del sonido hemos visto que lo que el alma percibe es un cierto movimiento molecular de un determinado centro cerebral, lo mismo podemos afirmar respecto á las percepciones por otros órganos.

Principiemos por el sentido de la vista.

La luz, objetivamente considerada en el cuerpo luminoso, es un movimiento vibratorio de las moléculas de dicho cuerpo, movimiento de amplitud inmensamente más pequeña, pero inmensamente más rápida que el de las moléculas del cuerpo sonoro. La luz, objetivamente considerada entre el cuerpo luminoso y nosotros, es un movimiento vibratorio de las moléculas del éter, y éste es lo que ordinariamente se llama luz: á este último lo llamaremos *luz*, luz física, luz objetiva. Esta luz llega como tal (esto es, como movimiento etéreo) hasta la retina, pudiendo atravesar todo el ojo por estar este

órgano formado por cuerpos transparentes. Allí, en la retina, este movimiento *luminoso* se transforma en otro, que, por los hilitos del nervio óptico, llega hasta un cierto sitio ó parte del cerebro, á la que llamaré *centro cerebral óptico*. El movimiento molecular de este centro óptico, puesto en conmocion, constituye lo que llamaré *imágen cerebral sensible de la luz*: este movimiento del centro cerebral óptico es el único que puede percibir el alma: para ésta, ese movimiento interno es la luz. Mas como el nervio óptico es opaco y no deja paso á la luz, el movimiento cerebral, que para el alma es luz, no es realmente luz, sino movimiento *oscuro*. Así puedo afirmar que del mismo modo que el alma percibe los sonidos en medio del silencio, percibe la luz en medio de la oscuridad, en las más profundas tinieblas.

¡Qué cosa tan admirable! ¡Deducir que para que el alma perciba la luz es condicion precisa que la luz deje de ser luz! ¡Que para que el alma perciba la luz es condicion precisa que la luz no llegue á ella! ¡Que para que el alma perciba la luz es necesario que entre ella y el cuerpo luminoso ó iluminado se interponga una pantalla opaca como es la retina y el nervio óptico y el centro óptico cerebral! Y esto es tan cierto, que si mi retina y nervio óptico y centro cerebral se volvieran transparentes y la luz verdadera penetrase en la cámara donde recibe mi alma, ésta no vería la luz y yo sería ciego.

La luz, ó sea el movimiento vibratorio etéreo, se transmite ó se propaga por los cuerpos transparentes; pero siempre va perdiendo algo. Donde la luz se transmite sin obstáculo alguno es en el vacío, esto es, en el éter puro. En éste reina la luz como dueña absoluta: en el vacío tiene su imperio y nada la contraría. Vámonos, pues, al centro de su imperio para observarla. Suponed, por un ligero esfuerzo de vuestra imaginacion, que nos salimos de nuestro planeta marchando rectamente hácia el sol; que atravesamos la atmósfera de la tierra; que penetramos en el vacío, y que nos acercamos al sol tanto como podamos sin fundirnos. Hagamos allí alto y miremos en torno nuestro, dando la espalda al sol. ¿Creeis que allí, en el imperio de la luz, donde reina la luz, podemos verla? De

ningun modo: allí estaríamos envueltos materialmente en las más brillantes ondas luminosas, en torbellinos de luz; pero si no existieran los demás astros, solamente veríamos la más profunda oscuridad; solamente hay allí un solo color, el negro, esto es, ninguno.

Si mañana al medio día, al levantar los ojos al cielo, veis el conocido manto azul, es porque no estais en el vacío; es porque existen en nuestra atmósfera moléculas no etéreas que envían rectamente á nuestros ojos la luz que del sol reciben; pero si desaparecieran esas moléculas que constituyen un obstáculo real á la marcha de la luz, ó lo que es lo mismo, si dejaseis á la luz en completa libertad, veríais las estrellas en medio del día brillando con inusitada intensidad y destacándose sobre un manto negro, y tan negro que, comparado con él, el manto de la noche sería un manto de armiño.

Conste, pues, que en el sensorio cerebral, que es el conjunto de los órganos internos donde el alma percibe las impresiones del mundo externo, no entra el sonido ni entra la luz. Y si por desgracia entrasen esos groseros huéspedes, con el polvo y las espuelas del viaje, en esa augusta cámara donde parece que reside el invisible punto de contacto de dos mundos, el material y el espiritual, el alma no los vería, el alma no los reconocería, el alma no los sentiría. Le pasaría al alma con ellos como á un telegrafista de un camino de hierro con otro con quien está en continua y diaria correspondencia y con el que puede haber adquirido hasta estrecha amistad por el intermedio del hilo, sin que todo esto sea una razón para que mañana se saluden ni se reconozcan al encontrarse en las calles de una población.

El sonido, viajero de la atmósfera, que corre á razón de 340 metros por segundo, y la luz, viajero del firmamento que viene á visitarnos desde la estrella Sirio haciendo un viaje de millones de leguas con una velocidad de 60.000 de éstas por segundo, no pueden entrar en la augusta cámara donde recibe el alma; han de quedarse, el primero, en los pórticos de la oreja, y el segundo en la antesala de la retina. Allí han de dar humildemente cuenta de su embajada tirando de los cordones de los nervios acústico y óptico. Jamás el alma les vió las ca-

ras; no los conoce más que por la manera de tirar del cordón, por las señales telegráficas que cada uno hace. Distingue la luz del sonido como distingue el perro á su amo de un extraño solamente por el ruido de las pisadas; como distingue el ciego á una persona de otra por la voz; como un telegrafista distingue á dos que le hablan sucesivamente á 20 leguas de distancia por la manera de marchar el aparato.

Vamos al sentido del tacto. Una pulga, por ejemplo... y perdonad lo bajo del ejemplo, porque tratándose aquí de acústica creo que puedo permitirme cierta libertad para subir ó bajar el diapason del lenguaje. En acústica no todo ha de ser unísono, también ha de haber acordes; y para que haya acordes, ha de haber notas graves y agudas. Lo malo será que al buscar yo un acorde, encuentre una discordancia que lastime el delicado oído de mi auditorio. En todo caso la culpa será del músico: el físico se lava las manos. Volvamos, pues, á la pulga. Salta este animalito sobre mi cuerpo, se posa sobre mi organismo, y sin buscar en él pórticos ni antesalas, empieza á servirse presurosamente un *bisteack*, español por su procedencia, pero condimentado absolutamente á la inglesa; mas no puede consumir su delito de antropofagia sin delatarlo ella misma ante la augusta cámara, ante la sala de audiencia. ¡Qué digo delatar su delito! no puede siquiera moverse sin delatar su movimiento, gracias á la inmensa red de hilos nerviosos que puesta al servicio del sentido del tacto envuelve todo nuestro cuerpo por bajo y á una pequeña distancia de su superficie. Hasta los pasos de la pulga resuenan en la augusta cámara. El cosquilleo que sentimos no es más que un cierto movimiento molecular del centro cerebral del tacto, movimiento percibido por el alma, como ántes percibía el que representaba el sonido y el que representaba la luz.

¡Qué maravilla! ¡La luz, el sonido, el cosquilleo de una pulga vienen representados en nuestro cerebro por la misma cosa, por el movimiento de las moléculas cerebrales! *Las moléculas cerebrales que se mueven* indican al alma el hilo nervioso por donde llegó el movimiento, y el sitio del organismo donde se recibió la primera impresión ó choque del mundo externo. *La forma del movimiento* de esas moléculas cerebra-

les indica al alma la forma de aquella impresion: le dice si fué sonido, luz ó cosquilleo. *La velocidad del movimiento* de esas moléculas cerebrales indica al alma la fuerza de la brutal impresion del mundo externo: le dice si el sonido fué intenso, si la luz era débil, si la picada de la pulga fué á fondo ó fué solamente de mosqueo, como los azotes de Sancho.

Vamos al sentido del olfato. De la misma manera en la esencia, aunque con modos ménos antropofágicos que la pulga, se anuncian en el vestíbulo de la nariz las moléculas odoríferas. Una rosa, por ejemplo (y aquí teneis ya el desquite del ejemplo anterior, porque no me negareis que éste sea delicado), lanza de su seno, verdaderamente *sonrosado*, las poéticas moléculas que constituyen su aroma. Mézclanse estas moléculas con las del aire y juntas, aspiradas por el pulmon, se precipitan en confuso tropel por las fosas nasales, no sin quedar algunas presas y pegadas en la membrana llamada pituitaria. En esta húmeda y rojiza membrana, como en muelle alfombra, ejecutan cierto baile las referidas aromáticas moléculas. Aquí debo advertir por vía de aclaracion, que no solamente las moléculas odoríferas, sino todas las del mundo, están siempre en continuo é invisible movimiento, y por lo tanto, en continuo baile. Los movimientos de las moléculas odoríferas pueden transmitirse sin desnaturalizarse ó apagarse por los hilos de los nervios olfatorios, que van desde la membrana pituitaria hasta el centro cerebral olfatorio, lo cual no pueden conseguir los movimientos de las moléculas inodoras; del mismo modo que el nervio acústico no puede transmitir sin desnaturalizarlos otros movimientos que los sonoros, y que el nervio óptico no puede transmitir, sin desnaturalizarlos otros movimientos que los luminosos. En el centro cerebral olfatorio percibe, pues, el alma el movimiento de éste, que es como un eco, sólo para ella perceptible, del hermosísimo baile que sobre la alfombra pituitaria ejecutan las aromáticas moléculas de la rosa: y tiene el tal baile tan suave compas, tan agradable ritmo, tan voluptuosa cadencia, que al sentirlo el alma no puede ménos de exclamar: ¡Qué olor tan agradable! cuando lo que debiera decir es: ¡Qué bien debe oler por allá fuera! ó mejor: ¡Qué bien bailan esas moléculas en la pituitaria!

Siempre lo mismo: la luz como luz, el sonido como sonido, el olor como olor, no llegan al alma. La luz como sensación, el sonido como sensación, el olor como sensación, no están en los cuerpos, no están en el mundo externo, están solamente en nuestra alma. En el mundo externo, en los cuerpos, lo que hay es la causa primera ocasional de estas sensaciones, y nada más.

Al llegar á esta altura en el conocimiento de nuestros sentidos corporales tenemos ya los elementos suficientes para plantearlos y resolver los siguientes problemas:

Primero.—¿Son absolutamente indispensables los órganos de los sentidos para que el alma pueda experimentar sensaciones idénticas á las causadas naturalmente por el mundo externo? Pregunta general que particularizándola al oído y al ojo podría formularse así: ¿puede un sordo sentir sonidos que no existen? ¿Puede un ciego ver colores en medio de la oscuridad?

Segundo.—¿Puede un hombre sentir con los órganos de los sentidos de otro hombre? Ó particularizando la pregunta: ¿Puede un hombre ver con los ojos de otro hombre? ¿Puede un ciego ver con los ojos de otro ciego?

Semejantes problemas enunciados inesperadamente, sin prepararles el camino para que se presenten con natural ilación al espíritu, pueden ser recibidos por el auditorio con cierta sorpresa no exenta de desfavorable prevención. Estas proposiciones son de aquellas que al pronto levantan cierta ampolla cerebral, como resultado del súbito choque sobre el entendimiento; y por eso voy ante todo, á acudir con el árnic de una aclaración previa. Afirmar la posibilidad de ciertos problemas en el terreno puramente teórico, en el terreno científico, no es asegurar que se trae la resolución práctica en el bolsillo, ni siquiera es afirmar que la humanidad llegue alguna vez á obtenerla; pero es abrir con fundamento la puerta á un consolador ¡quién sabe! Esas posibilidades teóricas, esas demostraciones de la posibilidad teórica de ciertos problemas constituyen el capital científico que lega una generación á las venideras: constituyen un capital que podrá quedar improductivo durante noventa y nueve generaciones para entrar sus

productos á la centésima generacion: son como los granos de trigo olvidados en los silos de Josef y de los Faraones que quedaron improductivos durante miles de años sin perder su virtud germinatoria, hasta que encontraron medios y ocasion para utilizar esta virtud. El siglo XIX brillará seguramente en la historia de la humanidad por los descubrimientos que ha llevado al terreno de la práctica; producto de sus semillas propias y de anteriores semillas científicas: brillará por los capitales que deja en productos, como el telégrafo eléctrico, la fotografía, la aplicacion del vapor á la locomocion terrestre y á la marítima; pero tal vez brille aún más por los granos de trigo que deje olvidados entre el polvo de sus libros. ¡Quién sabe si dentro de mil ó dos mil años, acordándose los hombres con amor y con reconocimiento de nuestro siglo se dirán unos á otros: *¡Esas doradas espigas que producen el pan que hoy comemos, producto son de unos granos de trigo encontrados ayer en las tumbas científicas de los Rumford, de los Jonle y de los Mayer!*

¿Puede un ciego ver en la oscuridad los colores? ¿Puede un sordo oír los sonidos en medio del silencio? Con toda evidencia podemos afirmar esta posibilidad teórica. En efecto; ¿qué es sentir un sonido? Es experimentar el alma la afeccion que resulta de la percepcion de un cierto movimiento molecular del centro cerebral acústico. Pues si yo consigo comunicar al nervio acústico de un sordo el mismo movimiento que ocasionaría en él la sensacion de aquel sonido si no fuese sordo, ese sordo oíría aquel sonido, por más que el tal sonido no se produzca. Cuando yo oigo el *do* de la tercera octava de un piano, se produce en cierto hilo de los que componen mi nervio acústico un cierto movimiento, el cual llega hasta mi centro cerebral acústico: este último movimiento del centro cerebral es el único que puede percibir el alma, y mientras lo percibe, dice que oye el *do*. Pues bien: ese último movimiento que se ha producido en este caso por medio de un piano, y del aire y de mi oído, *puede producirse tambien sin piano y sin aire y sin oído*. Y si lo hacemos así, el alma dirá tambien que está oyendo el mismo *do* que ántes: tendrá la sensacion de esa nota musical; pero no habrá fuera del organismo nin-

gun sonido que corresponda á esa sensacion: habrá el sonido como sensacion, mas no como fenómeno físico. Volviendo á nuestro sordo, diremos que es un sordo que oirá más que nosotros, porque oirá lo que nosotros no podemos oír. Para hacer que ese sordo experimente la sensacion de los sonidos, no necesito del órgano del oído: me basta que tenga en buen estado su nervio acústico y su centro cerebral acústico, y que se encuentre un medio de comunicar ciertos movimientos rítmicos á los hilitos del nervio acústico.

Lo mismo diré del ciego. Yo me encerraré con un ciego en una oscura cueva: si logro producir sobre su nervio óptico el mismo movimiento molecular que caracteriza objetivamente en dicho nervio al color azul, y en aquel momento le digo que mire al cielo, ese hombre creará que lo está viendo, y es posible que exclame: «*Veo el cielo; pero lo veo más azul, más puro, más brillante que cuando gozaba del sentido de la vista.*» Esto último probaría que yo no había hecho el experimento perfectamente bien, puesto que el ciego encontraba el cielo mejorado y favorecido, como retrato de señora.

Vemos, pues, que para llegar á la sensacion del sonido y del color, no es preciso pasar por aquella consabida cadena por donde pasamos en el orden natural por Dios establecido: podemos salvar un pedazo de ella que comprende hasta el mismo órgano del sentido: podemos tener la sensacion en última instancia sin pasar por los trámites de la primera y de la segunda: podemos tener la sensacion, operando sobre el cerebro, que es hasta donde puede llegar el hombre: no podemos obtenerla operando sobre el alma, porque sobre ésta sólo Dios puede obrar. Así se pueden comprender y explicar ciertas alucinaciones que toman su causa en el sistema nervioso, ó aun en el cerebro, que es donde la impresion del mundo externo hace su última instancia.

¿Puede un ciego ver con los ojos de otro ciego? Prestadme un momento más vuestra atencion y acompañadme en la siguiente imposible operacion quirúrgica. Se me presentan dos ciegos incurables, dos casos perdidos, como dirían los médicos. Los distinguiré con números, llamando al primero *número 1* y al segundo *número 2*. El ciego número 1 tiene sus

ojos en perfecto estado; no hay en ellos afeccion ni lesion alguna, y á pesar de esto no ve absolutamente nada. ¿Y por qué no ve? El médico á palos contestaría sin vacilar que porque tenía secuestrada la facultad de ver; pero yo, aunque en este momento tengo cierta analogía con el personaje de Molière, diré que no ve porque tiene una lesion ó perturbacion en el centro cerebral óptico ó en un punto ó seccion transversal del nervio óptico, lesion ó perturbacion que impiden los convenientes movimientos moleculares cerebrales que constituyen la vision en su última fase ó instancia objetiva. De modo que el número 1 tiene un magnífico ojo, y por lo ménos, un pedazo de nervio en comunicacion con él y en buen estado, pero todo esto de nada le sirve. Vamos á utilizar ese ojo y ese pedazo de nervio óptico para que los disfrute (aunque sin salud) el ciego número 2. Cortemos el nervio óptico del número 1 por un punto comprendido entre el ojo y el sitio de la lesion; dejemos el ojo en su órbita, que siga viviendo y nutriéndose de su mismo dueño número 1, que siga sirviéndole de adorno, y dejemos provisionalmente colgando el pedazo de nervio óptico que á ese ojo va unido.

Pasemos al ciego número 2. Tiene el ojo perdido, su afeccion está patente, su ojo está inútil y no tiene cura; pero tiene en buen estado el nervio óptico y el centro cerebral óptico. Cortemos este nervio por el mismo sitio que el anterior y dejemos en su órbita el ojo; abandonemos por inútil el trozo de nervio que va unido al ojo, y dejemos colgando el pedazo de nervio que corresponde al centro cerebral óptico.

No reparen ustedes en dificultades ni en imposibilidades prácticas, toda vez que yo, que hago la operacion, no reparo en ellas. Soldemos ahora hilito con hilito el trozo del nervio del ojo del número 1 con el trozo del nervio del cerebro del número 2; y si la operacion ha salido bien ¿quién podrá dudar que el ciego número 2 verá con los ojos del ciego número 1? ¿Quién podrá dudar que de dos ciegos separados hemos hecho un ciego unido por toda la vida á un lazarillo que ve? Estos dos hombres podrían marchar por el mundo cual los hermanos Siameses, mas no unidos por la espalda, sino por el nervio óptico; el ciego número 2 sería el lazarillo del número

ro 1; pero ¡qué lazarillo! Un lazarillo que no ve si el ciego el da la gana de cerrar los ojos. Siguiendo de cerca á esa especie de dualidad óptica oiríamos disparates llenos de lógica y de verdad: oiríamos, por ejemplo, al ciego número 2 decir á su compañero: *levánta tú los ojos al cielo para que yo pueda ver si está nublado*. O bien esta reconvencion: *amigo número 1, con la costumbre que tienes de llevar los ojos cerrados por la calle no puedo guiarte y vamos á estrellarnos el día ménos pensado*. O bien esta otra ante un cartel con un bando fijado en una esquina: *acércate más al papel, porque te olvidas de que eres miope, y yo no puedo leer de tan léjos con tus ojos; con los míos leía yo de más léjos*.

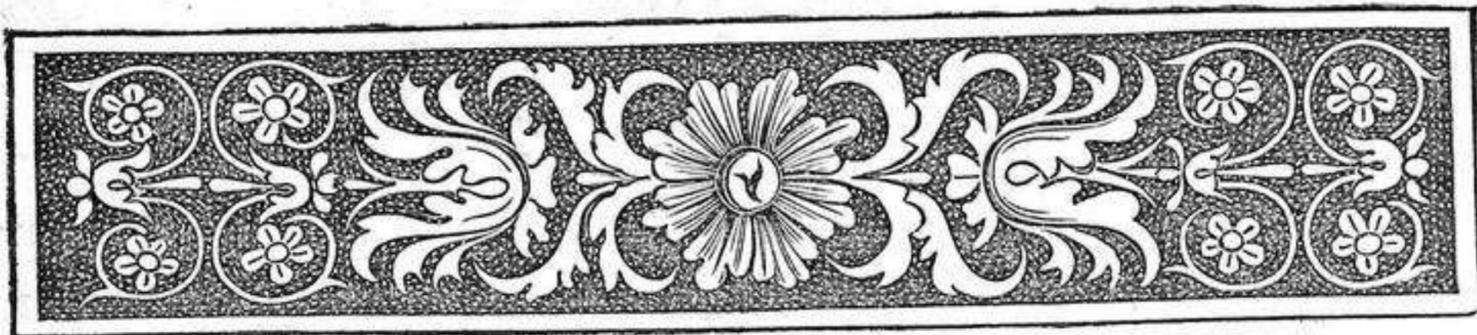
En la imposible operacion de cirugía que acabo de practicar he saltado por encima de todas las insuperables dificultades prácticas, porque solamente me proponía demostrar la posibilidad teórica de que un hombre pudiese sentir con los órganos de los sentidos de otro. Pero vamos á ver ahora que si en lugar de practicar la operacion en el órgano de la vista, la practica- mos en el del tacto, las dificultades prácticas se aminoran hasta el punto de que la operacion sea factible con éxito.

En Francia acaba de establecerse una sociedad de autopsias mutuas. Pues establezcamos aquí nosotros, y solamente por los cinco minutos de tiempo que nos quedan, una *sociedad de vivisecciones mutuas*. Yo pondré mi dedo índice á disposicion de uno de los hábiles cirujanos que me escuchan, y uno de ustedes hará lo mismo. El cirujano ejecutará las incisiones convenientes en ambos dedos; los pondrá despues en contac- to y los ligará; vendrá la inflamacion y la pequeña fiebre, ó sea la obra de la naturaleza que aportará los materiales nece- sarios para la reparacion del desperfecto; los tejidos vivos de ambos dedos se soldarán; los filetes nerviosos cortados en un dedo echarán sus raicillas periféricas en el otro; la curacion ter- minará, y yo podré sentir en mi dedo el pinchazo que se dé mi compañero de viviseccion en el suyo: él se pinchará y yo me quejaré: la sociedad de viviseccion mutua se habrá convertido en sociedad de sensaciones mutuas.

Y sin necesidad de llevar á cabo este experimento, la natura- leza misma se encarga de demostrar la razon de mi tesis, pre-

sentándonos fenómenos de hombres ó de animales unidos y apareados como los hermanos Siameses, los cuales constituyen una demostracion *práctica* palpable de nuestra tesis, que pudo parecer absurda al principio y que era: *la posibilidad de que un hombre pudiera sentir con los órganos de los sentidos de otro hombre.*





LAS CAUSAS DE LO BELLO

SEGUN LOS PRINCIPIOS

DE SANTO TOMAS

V.

OBJETO DE LA FACULTAD ESTÉTICA.—LO BELLO.

SUMARIO.

BELLEZA EN EL PENSAMIENTO.—1. Lo Bello es proporcionado á la mente y representado en imágen.—2. Cuatro especies de representacion.—3. Carácter general de lo Bello, la proporcion.—4. Tipo de la Belleza.—5. Vanos esfuerzos de Gioverti para encontrarlo.—6. Reside en la indicada proporcion.—7. Entre la facultad intuitiva, objeto y potencia abstractiva.—8. Proporcionado al entendimiento es el sér limitado.—9. Contemplado en el órden universal.—10. Como lo enseña la experiencia.

BELLEZA EN LA IMÁGEN.—1. La imágen debe ser proporcionada al concepto.—2. Lo moralmente Bello es cosa distinta del Bien.—3. Ya simplemente bello, ya sublime.—4. Se representa por signos é imágenes.—5. Por obra del Artífice divino ó por la del hombre.

BELLEZA DE LA NATURALEZA.—1. Introduccion.—2. Belleza de las obras divinas.—3. No siempre es visible con respecto al hombre.—4. De donde no toda la naturaleza es bella.

BELLEZA EN EL PENSAMIENTO.



LO BELLO ES PROPORCIONADO Á LA MENTE Y REPRESENTADO EN IMÁGEN.—Vimos en el artículo precedente las causas de lo Sublime fundadas en la superioridad del objeto respecto á la inteligencia. Mas cuando se nos representa el Sér en dimensiones proporcionales á la capacidad de la mente, el sentimiento con que ésta lo contempla tascando, por decirlo así, el freno de la reverencia ins-

pirada por lo Sublime, reposa con cierta mayor libertad, tratando como amiga y como de igual á igual á la verdad. Entónces este reposo es fuente pura de placer y el objeto de donde aquél brota puede *per se* decirse puramente bello. Mas *como la mente humana* no puede contemplarlo sino encarnado en una imágen, en ésta busca siempre el hombre el tipo de la Belleza, aunque por otra parte sienta y comprenda que la Belleza no existiría en la tal imágen si en aquel tipo no se representase la correspondiente verdad.

2. CUATRO ESPECIES DE REPRESENTACION. — Ahora bien; el fantasma representativo de la idea puede ser, como poco há explicábamos, ó una imágen que pinte por líneas y colores, ó un sonido que unas veces expresará número y otras excitará afectos, ó finalmente, un signo que, representando la palabra, recuerde al hombre interior todo lo que la mente puede comprender y es dado á la palabra significar. Belleza, pues, de imágenes, belleza de números, belleza de sonidos, belleza de signos, hé aquí en suma, cuatro especies de representaciones sensibles de que podrá el entendimiento ayudarse para comprender y sentir bien aquella belleza de lo verdadero á que sin tales auxilios no podría llegar.

3. CARÁCTER GENERAL DE LO BELLO, LA PROPORCION. — Examinemos, por lo tanto, estas variedades de la Belleza cuya reunion en un solo objeto produciría verdadero encanto para la facultad intuitiva. Empero ántes de hablar de las particularidades propias de esta materia, necesario nos es investigar cuál sea, no ya la definicion nominal, sino la naturaleza real de lo que debe llamarse Bello. Nominalmente definiendo, dijimos en un principio que Bello es lo que agrada á la vista, mas ahora queremos saber además si podremos hallar un carácter general que determine esta complacencia en todas las facultades intuitivas. Nuestros lectores comprenden que la respuesta general á la cuestion propuesta debe derivarse de aquel carácter general que es comun á todas aquellas facultades, ó sea el *Sér intuitivo*. ¿Cuál es, pues, el motivo por que un objeto cualquiera puede ocasionar reposo en la facultad que lo contempla? Fácil es ver que esta cualidad no puede ser otra cosa más que la proporcion, queremos decir, cierta seme-

janza de medidas entre la facultad y la forma del objeto. En efecto, ¿en qué consiste la intuición, el conocer? Muchas veces lo hemos dicho ya; la facultad que conoce se transforma á sí misma en la imagen espiritualizada, ó sea en la forma de lo que conoce. Si esta forma no fuese, como decirse suele, homogénea, si no tuviese cierta proporción con la facultad cognoscitiva, ¿por ventura sería posible que esta se adaptase á ella ó reposase en su contemplación? Esperar tal reposo sería lo mismo que buscar descanso para los miembros en un lecho formado de abrojos. Para que el cuerpo repose, necesario es que á cada una de las partes cansadas corresponda en el lecho proporcional y blando apoyo, y para que repose la facultad, necesario es también que á cada una de sus tendencias y fibras del órgano en que aquella actúa, corresponda la cualidad del objeto. La proporción, por consiguiente, de las formas conocidas por medio de la facultad cognoscitiva, es la causa general del reposo de que tratamos, y por lo tanto la raíz general del concepto de la Belleza.

4. TIPO DE LA BELLEZA.—Para más aclarar este nuestro primer teorema, permítasenos aquí una observación acerca de la teoría de Gioberti sobre lo Bello, fundada, como era de esperar, en el ontologismo del autor. El exámen de dicha teoría, en esta su relación filosófica, podrá sernos tanto más ventajoso cuanto más patentes se manifiestan ciertos errores en sus aplicaciones prácticas; mientras que en sus aplicaciones más universales y sistemáticas aparecen quizás, no sólo como inocentes, sino también con ciertos aires de sublimidad. La teoría del desventurado ontólogo piamontés, empieza por definir lo Bello como *la unión inseparable de un tipo inteligible con el elemento fantástico, obrada por la imaginación estética* (1). Esta definición, digámoslo de paso, en su descomunal amplitud abarcaría todos ó casi todos los conocimientos humanos, al ménos si se admite, como no tiene dificultad alguna en admitirlo Gioberti (2), que la imaginación debe siempre

(1) GIOBERTI.—DEL BELLO, segunda edición, Capolago 1756, cap. I, página 22.

(2) Id., pág. 25 y siguientes.

concurrir al conocimiento, suministrando al entendimiento la materia de que extrae el concepto universal. Si esta función de la fantasía precede á todo acto de la inteligencia, é inseparablemente va unida á ella; si *son en ella simultáneos los dos elementos, sensible é inteligente, ya que no puede pensarse en uno de ellos sin pensar en su compañero* (1), quien ojos tenga, verá que la definición de lo Bello abrazaría todo cuanto piensa el hombre, que por lo tanto, no podrá pensar más que en cosas bellas.

Sigamos. Al principio del capítulo segundo, buscando dicho autor el origen de la idea de lo Bello, confuta primeramente á los empíricos que *pretenden que aquélla se forma del parangon verificado por el espíritu con los individuos reales... Pero si el espíritu, añade el filósofo, debe componer el tipo, debe también proceder según una regla cierta... y ¿cuál es ésta sino la noticia anticipada de dicho tipo?* (2).

Esta argumentación de Gioberti contra los empíricos, está llena de gallardía y evidencia; mas ¿está asimismo exenta de toda grave dificultad la teoría que sustituye al empirismo? Roguemos, en efecto, al filósofo, que nos diga cuándo y en qué casos tiene el hombre noticia anticipada del tipo de la Belleza, y el autor nos remitirá, sin duda, á la introducción de su obra, donde resucita la teoría de Malebranche, que, como es notorio, todo lo veía en Dios, y concluirá, sin duda, diciéndonos que el espíritu *percibe los individuos reales en los tipos intelectivos que contempla en Dios* (3).

Como veis, de aquí se deduciría que el hombre tiene el tipo innato de la Belleza, como innata es la intuición del Ente. Por consiguiente, si se refuta esta última intuición, como lo hizo, en efecto, la CIVILTÁ CATTOLICA, el tipo de la Belleza se convertirá en sueño, como su primogénita la Intuición del Ente.

5. VANOS ESFUERZOS DE GIOBERTI PARA ENCONTRARLO.—Mas áun prescindiendo de las confutaciones anteriores de dichos prin-

(1) GIOBERTI.—DEL BELLO, cap. I, pág. 25 y siguientes.

(2) Id., pág. 23.

(3) Id., pág. 31.

cipios, las explicaciones poco há dadas acerca de la raíz natural de toda belleza en el objeto, que consiste en la proporcion entre el mismo objeto y la facultad, nos hará tocar como con el dedo la inutilidad de este tipo anticipado, y, por consiguiente, su ninguna subsistencia, ya que es ley admitida por todos los filósofos más sabios que en la explicacion de los fenómenos naturales no debe introducirse nada inútil. Ahora bien, ¿sabeis de dónde nace toda la utilidad, toda la necesidad de admitir semejante *tipo anticipado*? Pues bien; únicamente nace de no comprender la proporcion potencial que nos indica la naturaleza como existente entre las facultades cognoscitivas y el objeto cognoscible. Admitida esta proporcion potencial, la cual, nótese bien, es hecho de cotidiana observacion y experiencia, dicho tipo se halla en la naturaleza, sin tener que andar buscándolo en las *anticipaciones del Ente*.

Permitid que desarrollemos algun tanto, y demos la debida luz á este pensamiento, cuya sola explicacion puede hacer veces de demostracion.

6. RESIDE EN LA INDICADA PROPORCION.—Cuando el que contempla se fija en lo Bello, reposa en él. ¿Por qué? Porque la facultad contempladora halla objeto conveniente. Mas ¿quién le dice que aquel objeto le es conveniente, y que, por lo tanto, tiene que reposar en él? Segun la teoría de Gioberti, parece que toca á la razon advertir á la otra facultad su satisfaccion, proponiéndole el *tipo*, segun el cual, debe ella juzgar que el objeto es bello y que en él debe reposar. Desde luégo se ve cuán superfluo é inconveniente sea tanto este *tipo* como el silogismo que se le aplica. La facultad tendía á un objeto á ella proporcionado, lo halla y reposa en él. Mas, ¿por qué así? Porque ha hallado aquello mismo á que tendía. Y ¿quién la advierte que ya lo ha encontrado? ¿Quién dice al ojo que ve, cuando reposa en lo que tiene delante? ¿Quién dice al entendimiento que entiende, cuando reposa en lo verdadero? Dícelo la misma naturaleza, la cual primeramente tendía inquieta con su potencia al objeto, que al presentársele produce en segundo lugar el acto; esa misma naturaleza decimos que manda reposar al cuerpo fluctuante tan luégo como su centro de gravedad llega á la vertical, y su masa ha podido sumergir en el

agua la cantidad requerida para el equilibrio hidrostático.

No siendo la facultad estética más que la facultad cognoscitiva, la razón por qué aquélla reposa en lo Bello no es otra que la proporción que esto guarda con la natural predisposición de esta misma facultad.

De aquí resulta patente la base del error de Gioberti, porque, según él, la facultad debería primeramente poseer el tipo de lo Bello, y por su medio parangonar después las bellezas particulares para poder en definitiva pronunciar su juicio: *Esto es bello*.

El mismo raciocinio nos obliga á decir que tenemos un tipo ideal del sabor dulce, del olor aromático, etc., y sino, ¿cómo hubiéramos podido llamar por primera vez *dulce* al primero y *aromático* al segundo? Véase cómo se puede responder á esta pregunta. La primera vez que gustasteis *un dulce* ú olísteis *un aroma*, hallaron estas cualidades armonía en las fibras sensorias destinadas á percibir las. Ahora bien: á esta armonía llamamos entónces ó aprendimos de los otros hombres á llamar *dulzura* en el manjar y *aroma* en el olor, sin que ántes tuviésemos conocimiento alguno de un tipo universal, y de esta sensación particular la virtud generalizadora de nuestro entendimiento formó el tipo general de *dulce* y *aromático*. De la misma manera, continuando en la citación de ejemplos, podría Gioberti preguntar de qué modo al abrir el hombre por primera vez los ojos á la luz puede proferir esta afirmación: Veo. El sentido común nos dice que el hombre profiere este juicio, porque la potencia ya por él poseída de ver, al actuarse en virtud del objeto iluminado, le parece experimentar la sensación que llama *ver*. Según Gioberti, debería primero el hombre poseer un tipo universal de lo que se llama *ver*, y parangonar después con él la sensación que experimenta.

7. ENTRE LA FACULTAD INTUITIVA, OBJETO Y POTENCIA ABSTRACTIVA.—El lector habrá visto ya que toda la necesidad de un tipo anticipado radica en la no admisión de aquel hecho universal en la naturaleza, á saber: que toda facultad no dotada de libre albedrío, cuando tiene delante su objeto propio, produce necesariamente su acto, así como de la imagen interna de este acto particular naturalmente abstrae el entendimiento el con-

cepto universal. Admitidos estos dos datos de la experiencia, el tipo universal de la Belleza reside en la misma naturaleza y en las proporciones de los objetos y de las facultades cognoscitivas, cada una de las cuales reposa en el objeto, no ya haciendo un silogismo, sino obedeciendo á la necesidad natural, siempre que exista proporcion entre el objeto y la facultad.

Segun la teoría de Gioberti, para que el ojo hallase bello al arco iris, debería aquél pedir primero audiencia á la razon, echarse ésta á rebuscar el tipo de los colores bellos en el Ente ideal, y poniéndolo frente á frente de los colores del arco, forjar su silogismo en estos términos:

Este es el tipo de lo Bello.

Es así que el arco iris es semejante á este tipo.

Luégo el ojo debe hallar bello al arco iris.

Segun nuestro parecer, la necesidad de la consecuencia anterior nace precisamente de todo lo contrario; porque apénas mira el ojo al arco iris lo halla necesariamente bello, á causa de la proporcion existente entre sus colores y la pupila; de la dulzura de esta sensacion la virtud abstractiva del entendimiento forma el concepto general de los colores bellos, que revive cada vez que, ó la pupila ó la fantasía renuevan el fenómeno de aquella sensacion, ú otro hecho análogo comprendido en aquel concepto universal.

Así, pues, nuestra teoría, ó mejor dicho la teoría de Santo Tomás de Aquino, forma el tipo de lo Bello sin recurrir con los empíricos á un parangon en que faltaría uno de los términos, y sin forjar una hipótesis contraria á la experiencia de la realidad.

8. PROPORCIONADO AL ENTENDIMIENTO ES EL SÉR LIMITADO.— Una vez establecido así el tipo general de lo Bello, no resta sino que lo apliquemos más concretamente á cada una de las facultades cognoscitivas.

Y empezando por la inteligencia, que tiene por objeto propio el Sér, nos ocurre preguntar: ¿Cuál es la condicion necesaria para que la contemplacion del Sér tenga en reposo á la inteligencia? El Sér puede presentarse al entendimiento, ó en toda su plenitud ó bajo formas limitadas. En el primer caso produciría, como se dijo en el capítulo anterior, la idea de lo Subli-

me, por exceder á las fuerzas de la facultad; de modo que si en la vida futura podremos contemplar la inmensa Belleza, esto no será posible sino por aquel perfeccionamiento de la facultad que los teólogos llaman *lumen gloriæ*, porque en la presente vida la vista de la belleza infinita oprimiría la limitacion de nuestra facultad.

9. CONTEMPLADO EN EL ÓRDEN UNIVERSAL.—En el segundo caso, cuando el Sér aparece bajo aspectos más ó ménos limitados, perdida así la unidad de plenitud, se reduce á lo *Finito* ó á lo *Múltiple*, en cuya multiplicidad y finidad divisa el alma humana cierta falta de sér, y por consiguiente, bajo tal aspecto, no puede hallar pleno reposo en el objeto. Así, si ve una consecuencia, siente necesidad de ver tambien el principio de donde aquélla se deriva; si contempla el efecto, siente nacer curiosidad por saber su causa; si considera la aplicacion de un medio, se entrega á la indagacion del fin; la parte le hace anhelar sistemáticamente por el todo y en el todo; en fin, hace al punto el análisis para obtener las partes y mejor comprenderlo. Por lo tanto, todo sér finito con los límites que presenta deja en inquietud á la inteligencia que por naturaleza tiende potencialmente á la totalidad del sér. Ahora bien; ¿cómo hace para obtenerlo de algun modo, miéntras vive en el mundo de los séres finitos?

Por espontánea tendencia coordina lo Vario y lo Múltiple en una vasta unidad, y cuanto mejor consigue formar esta unidad, tanto más tranquilamente puede reposar en aquel sér. De aquí es que en el mundo del pensamiento su quietud consiste en unificar en un principio supremo todas las consecuencias; en el mundo de la realidad intenta atribuir á cada efecto una causa inmediata, y á todas las causas inmediatas una causa suprema; en el mundo de la actividad cada operacion debe mirar á un fin particular, y todo fin particular al fin supremo. Recogiendo, pues, de este modo todo lo pensable, todo lo existente, todo lo operable en un concepto único, y mirando á cada sér finito como parte de un todo, ó sea de un órden universal aspira á aquella plena inteligencia del sér que la ha de hacer feliz en la vida futura columbrándolo en este órden proporcionado á la vida presente.

10. COMO LO ENSEÑA LA EXPERIENCIA.—En esto está el reposo posible á la inteligencia, y el lector puede hacer en sí mismo el experimento, concentrándose en sus internos sentimientos y pidiendo cuenta de ellos á su propio conocimiento. ¿No es verdad que si se ve un efecto, se levanta en nosotros un movimiento de curiosidad por conocer su causa? Y si gratuitamente se os propone una teoría, ¿no os sentís naturalmente conducidos á negarla hasta tanto que se aduzca en su favor un principio lógico? Además, ¿el obrar sin un por qué, segun el sentimiento unánime de los hombres, ¿no es obrar de locos? En cualquiera parte que el hombre vea multiplicidad corre en busca de un principio que venga á ser el centro de lo que tiene delante de sus ojos, y hallados los principios secundarios, á diestras y á siniestras pretende elevarse hasta el primero, de modo que cuando no acierta á encontrarlo, lo inventa. Inventa una *Naturaleza*, un *Panteismo*, un *Absoluto*, un *Movimiento eterno* en la *materia eterna*, ó cualquier otra cosa, pero quiere á todo trance un principio.

El orden, pues, ó sea la *unidad de la variedad*, es el único objeto en cuya contemplacion reposa la inteligencia en el estado de la vida actual, y cuanto más transparentemente resplandezca este orden á traves del velo de las imágenes y de las sensaciones, tanto más podrá reposar en él el hombre intelectual.

BELLEZA EN LA IMÁGEN.

1. LA IMÁGEN DEBE SER PROPORCIONADA AL CONCEPTO.—Mas, segun queda dicho, como el hombre no puede formar concepto con el entendimiento sin el auxilio de un fantasma del cual aquél se derive, así no puede tampoco reposar en el concepto, si el fantasma no es proporcionado tanto á la fantasía que debe formarlo como al concepto que de él debe extraer la inteligencia. Tengamos aquí presente que fué formado el hombre por el Creador para que con todas sus facultades produzca una operacion, es decir, operacion humana, que entónces será

verdaderamente tal cuando uniendo en uno todas las facultades inferiores conduce á la perfeccion del acto intelectual. Por lo tanto las imágenes de la fantasía, el aspecto de los objetos sensibles con la sola vista podrá satisfacer á las facultades cognitivas del hombre, cuando éstas encuentren allí elemento de orden especial y proporcionado á su capacidad, del cual, por medio de la virtud *generalizadora* que le es propia, pueda la inteligencia remontarse al orden en general. El orden, pues, ó abstractamente inteligible, ó en imágenes, signos, colores ó sonidos concretos, hé ahí el primer fundamento de toda belleza. Esta es la causa por que ya hoy nos causa náuseas aquel mal entendido clasicismo que pretendería fundar composiciones poéticas enteras, enteras epopeyas en las narraciones mitológicas del paganismo. ¿Quién hay ya que crea en semejantes fábulas? Y si nadie cree en ellas, ¿cómo se pretende que tales patrañas dejen de infestarnos con el hedor que se levanta de la mentira evidente? Y si se sabe que todo es falsedad ¿cómo esperar que de aquella nada germine la voluntad operadora, único fin de las facultades contemplativas? (1). Nadie vea que la mitología nos suministre una imagen pasajera, una alusion ingeniosa, porque todo esto es como el barniz con que se viste la verdad; pero es cosa de todo punto insoportable que bajo aquellos sueños se establezca la totalidad del edificio que ha de prestar albergue á quien no duerme. Para fundamento de toda belleza se necesita una verdad.

Nótese, por fin, que cuando excluimos las mitologías paganas incluimos en ellas á todas en general, sean griegas ó escandinavas, romanas ó celtas, indias ó egipcias. Decimos esto porque mientras muchas cabezas enajenadas con el romanticismo extranjero hacen, digámoslo así, la cruz á Júpiter y á Isis, convencidas que estas reminiscencias son incapaces de embellecer nuestras poesías, creen hallar bellezas poéticas en el Valalla de Odino ó en los Avatara de Visnu; como si añadir

(1) Cuando nos volvemos á las deidades gentílicas cesa de pronto lo verosímil, porque no puede ser tal para los hombres de nuestra época lo que hoy no sólo se tiene por falso sino por imposible. Tasso. *Dell'Arte poetica*, disc. 1.

barbarismo de vocablos á la falsedad de pensamiento pudiese transformar la fábula en verdad.

2. LO MORALMENTE BELLO SE DISTINGUE DEL BIEN.—De todo lo hasta aquí dicho podrá conocer el lector que lo que se llama *Bien moral* es análogo á lo Bello intelectual, ó mejor, que el *Bien moral* es parte de lo *Bello* intelectual, en cuanto comprende el orden de las operaciones al fin último, puesto que el *Bien moral* no es otra cosa, como todos saben, que el orden de las acciones libres al último fin, en cuanto, contemplado por la inteligencia con ayuda de fantasmas proporcionados, produce aquel placer de la virtud, y áun comunmente tambien de los virtuosos, que tanto enamora y que sienten áun los mismos contempladores estériles á quienes falta valor para reproducir en sí mismos lo Bello que les roba el corazon. Este es un caso muy frecuente é innumerables son los que confunden el amor de esta Belleza moral con el amor del bien correspondiente, y que se creen virtuosos porque admiran las bellezas de la virtud. Por esto llamaba Rousseau al teatro admirable invencion para hacernos experimentar orgullo por todas las virtudes que no poseemos (1).

Ahora bien; quien quiera haya comprendido la naturaleza de lo Bello, objeto de los números anteriores, verá sin tardanza la inmensa distancia que media entre ambos amores. En efecto; si *Bello* se llama lo que place á la vista, *amar lo moralmente Bello* no será más que tender á aquella satisfaccion que se experimenta al mirar á personas que obran rectamente, mientras que *amar el Bien* significa arder en deseos de poseer el orden, mediante la perfecta correspondencia de nuestros afectos y obras con el último fin á nosotros propuesto por el Criador; amar la Belleza moral es acto tan espontáneo como lo es para el ojo deleitarse en los colores del espectro; amar el bien, en fin, es acto deliberado y por lo comun fatigoso, con el cual nuestra libre voluntad cumple con un deber.

3. YA SIMPLEMENTE BELLO, YA SUBLIME.—El cumplimiento de este deber por su extraordinaria dificultad puede ser efecto de

(1) Véase el bellísimo artículo que en 28 de Marzo de 1853 publicó el periódico italiano intitulado *Voce de la Verità*.

extraordinario esfuerzo, ó como decirse suele, de heroismo, para el cual, como es sabido, se requiere generosa magnanimidad. Por lo mismo que los actos heroicos superan las fuerzas ordinarias del hombre moral, se elevan, segun ya queda explicado, á lo Sublime y suelen tambien ser ordinarios áun en la virtud vulgar, como lo son por lo comun las virtudes de la vida doméstica, en lo cual consiste esa belleza moral que constituye la felicidad y dulzura de las familias cristianas y honestas.

4. SE REPRESENTA' POR SIGNOS Y POR IMÁGENES.—Mas este género de Belleza, como el heroismo que constituye su perfeccion, no podría ser gustado por el hombre, así como tampoco ninguna otra idea puramente inteligible, si no se actuase en un signo ó en una imágen. Se actúa en el habla cuando ésta parangona lo encumbrado y noble del fin, la rectitud de la voluntad del operante, la dificultad, en fin, de la victoria con la persona que á aquél tiende. Representada bajo tal aspecto en los signos fonéticos, la Belleza moral puede, como órden perfecto, enamorar los espíritus en cuanto que los signos perfectamente corresponden á las ideas del órden moral. Mas cuando se representa, por otra parte, este órden por imágenes, ya fijas en un lienzo ó ya en las páginas de la historia, entónces, si bien la belleza de las imágenes exhibe más confusamente la idea del órden moral, encadena más suavemente al hombre sensitivo, segun lo que bien observó el épico latino.

Gratior et pulchro veniens in corpore virtus.

De lo cual tanto más llena de sabiduría gubernativa y concedora más profunda del corazon humano se nos manifiesta la Iglesia, cuanto más á costa suya sostuvo contra la impiedad de los iconoclastas primero, y contra los escrúpulos de la hipocresía protestante despues, el uso de las imágenes sagradas y la canonizacion de los héroes cristianos, imágenes vivas de aquella Belleza moral que por medio de los ojos aplanar y escombria al *Bien*, primogénito de lo moralmente Bello, las vías del corazon.

Haced ahora por vosotros mismos, si os place, benévolos lectores, la aplicacion al Bien moral de lo que poco há hemos

dicho acerca del Bien intelectual. Si uno es el acto humano, compuesto de inteligencia y sentido, la verdadera y plena belleza no puede únicamente obtenerse con la regularidad y gracia de las formas externas. Queremos, según queda dicho, una verdad que sea representada por estas formas, á fin de que el hombre racional encuentre también en ellas su parte de satisfacción. Mas ¿no hemos visto ya que en el hombre esencialmente tiende el conocimiento á la operación, y que para que esta operación satisfaga á la virtud cognoscitiva debe representar el orden, y por lo tanto la Belleza moral? Si, pues, la imagen debe ser plenamente bella, plenamente proporcionada al hombre que contempla, menester es que en él nada pueda ofender el orden moral, del cual también debería exhibir alguna imagen.

Esto mismo se ve aún en el mismo vicio que busca antifaz para parecer bello. De aquí es que la belleza profana, cuando seducir quiere, fíngese desdeñosa, porque bien sabe que la mujer honesta atrae mucho más que la que, como vulgarmente se dice, fácilmente toma vara. Por esto en las adiciones á las leyes de lo Bello, puestas por Mengs en el párrafo VII de sus *Lecciones prácticas de pintura*, aunque raciocina en ellas, no como moralista, sino como artista, observa, sin embargo, ser menos bella la figura que se muestre totalmente desnuda. Ved aquí por qué toda la regularidad de formas no basta en la *Vénus de Médicis* á contrabalancear la repugnancia que inspira la torpeza del concepto, cuando la contempla un ojo ejercitado en conocer y delicado en gustar lo bello. Bien podrá la pasión animalesca causar brutal complacencia; pero *el hombre* no podrá menos de mirar con horror la imagen desvergonzada del vicio impudente, y de desear en ella un *tantico siquiera de hipocresía*.

Todos ven, por otra parte, cuál sea la razón de que en la sociedad pagana este horror no fuese parte para impedir que el ojo encontrase complacencia en la belleza de aquellas formas externas; porque aquella miserable y embrutecida sociedad había dejado morir en su seno, no tan sólo al sentimiento sobrenatural, sino también al mismo concepto natural de la moral. De este modo podía sin horror concebir aquellas estúpi-

das divinidades á quienes quemaba incienso. Para los paganos sus dioses eran verdades históricas supuestas que sin repugnancia se asociaban con aquellas inverecundas imágenes. Mas para bien nuestro, el Cristianismo que, como dice Du Bois, *ha informado por entero á la sociedad, ha logrado tambien darnos una civilizacion del todo nueva*, de suerte que *en nuestras artes el ideal de lo Bello es totalmente cristiano, como en la Moral, el ideal de lo Bueno es totalmente evangélico*.

No hay, pues, que maravillarse si para nosotros no puede ya ser completamente bello lo que en la corrompida sociedad pagana pudo admirarse como ápice de la más acabada Belleza, y como podría aún hoy dia ser estimado por quien limitase su juicio á la materialidad de la imagen, objeto de la contemplacion animalesca.

Basten estas nociones acerca de la Belleza intelectual y moral, primer elemento y base de toda Belleza.

BELLEZA DE LA NATURALEZA.

I. INTRODUCCION.—Veamos ahora de explicar en forma de más concreta aplicacion, las varias maneras con que puede el órden encarnarse en los sobredichos elementos sensibles y producir la Belleza.

Y en primer lugar recordemos que debiendo el órden ser efecto de inteligencia ordenadora, en el mundo en que vivimos no puede resultar sino de Dios ó del hombre, no habiendo de tejas abajo y en el órden ordinario otra inteligencia que sensiblemente manifieste su operacion.

Ahora bien; Dios puede obrar, ó segun ciertas leyes constantes establecidas desde los primeros momentos de la creacion, ó por vía de nuevos actos positivos añadiendo nuevas leyes ó derogando alguna de las ya establecidas. Estos últimos actos nos presentan al punto la supremacía de la Omnipotencia infinita sobre todas las leyes de naturaleza, y por lo tanto nos transportan por completo á las regiones de lo Sublime, y así

no nos toca insistir sobre esta materia, siendo de nuestra incumbencia ahora ver en las obras divinas tan sólo la *belleza natural*, acerca de la cual vamos en primer lugar á decir en qué consiste.

2. BELLEZA DE LAS OBRAS DIVINAS.—¿ En qué consiste esta belleza? Como veis, despues de la teoría poco há expuesta, esta pregunta se resuelve en esta otra: ¿ Cuáles son los objetos de naturaleza, en los cuales puede el hombre ver sensiblemente el órden? Si procediésemos solamente por vía de raciocinio, podríamos desde luégo decir: « Dios es esencialmente principio de órden; pero Dios ha criado el todo, luego en todo hay órden.» Esto, empero, sería argüir con la razon y no escudriñar lo sensible. El órden existe en todas las cosas, y la mente infinita de Dios ve, en efecto, por todas partes la belleza: *Vidit Deus cuncta quæ fecerat, et erant valde bona... Confessio et pulchritudo in conspectu Eius.*

3. NO SIEMPRE ES VISIBLE AL HOMBRE.—Mas la débil razon del hombre ¿ puede acaso descubrir otro tanto? Y las criaturas sensibles ¿ presentan siempre al ojo humano aquel tipo de órden que en ellas estampó el Eterno? Todos saben que aquel órden, fuente de belleza, puede ser verdaderamente alterado por parte de las mismas criaturas, de donde nace que pueda perderse y deformarse mucha parte de la belleza material, lo cual tocamos cada dia como con la mano en los desagradables rasgos que el vicio imprime sobre la fisonomía de los viciosos, en las deformidades que por la alteracion de los humores invaden todo el cuerpo, en las asquerosas enfermedades, en fin, que de padres culpables se transmiten á los inocentes hijos. Contraponed todas estas monstruosidades derivadas del vicio á la belleza de la modestia sobre la cándida frente de una vírgen, á la inocencia en los límpidos ojos y rosadas mejillas del tierno infante, á la conciencia tranquila del sereno rostro del anacoreta, á la caridad, en suma, del piadoso rostro de la hermana que cuida de los enfermos, y comprendereis cuánta belleza puede eclipsarse en las criaturas sensibles por la perversion de nuestro libre albedrío.

Mas, áun prescindiendo de esto, y suponiendo intacta la obra de la creacion, ¿ la facultad contempladora posee acaso

tal fuerza que esta belleza dependiente de la perfecta correspondencia de todas las partes del universo, no pueda por muchos títulos pasarlas por alto? Entendiéndose con mucha naturalidad que en las criaturas sensibles no ve el hombre más que una pequeña parte del orden universal, fácilmente podrá también inferirse que en el mundo no todo es belleza para el hombre, ni todo es objeto suficiente para que repose la intuición. De modo que, así como las distintas facultades intuitivas se hallan, según las personas, mejor dispuestas á ver ciertas relaciones de orden, así también se hallan igualmente dispuestas á encontrar en ellas la belleza. Por esto aquella araña, aquella rana que eriza los cabellos de una dama, pueden ser objetos bellísimos á los ojos de un naturalista; el astrónomo admira los eclipses que aterran al salvaje; bella es á los ojos del filósofo cristiano la conexión providencial de los eventos que inspiran la blasfemia y el suicidio al incrédulo Leopardi; y hasta bello es para los ojos del verdadero católico la enfermedad, y el patíbulo mismo, cuando en la cruz ve la salvación propia y la de todo el mundo, mientras que á quien no comprende el misterio que esto encierra, los tormentos y la muerte parecen argumentos del dominador Ahryman.

Para comprender, pues, las bellezas de la naturaleza no basta que exista el orden, sino que es menester además que la limitación de nuestra razón pueda comprenderlo y reposar así en él. «Aquí viene, dice De Maistre, como de molde un bellísimo pensamiento de Fenelon. *Supongamos que tenemos delante unas letras de inmenso tamaño, cada una de las cuales, mirada de cerca, ocupará la vista de un hombre, de suerte que en un tiempo dado no podrá aquél ver más que una de ellas ni podrá leer, esto es, reunir las letras y descubrir el sentido de todos estos caracteres reunidos... sólo el todo es inteligible y el todo es demasiado vasto para poder ser visto de cerca*» (1).

4. DE DONDE NO TODA LA NATURALEZA ES BELLA.—Estas observaciones nos ayudarán á entender cuán errados anduvieron los que imaginaron que toda imitación de la naturaleza era bellísima, cuando concordaba á las mil maravillas con la

(1) *Exist. de Dieu*, Conc. géner.

misma naturaleza representada. Y es cierto, si mirais esta copia bajo el solo aspecto *de imitacion*, la copia será bellísima si punto por punto concuerda con el original. Pero esa copia ¿será la imitacion de un bello original? Esto es otra cuestion, porque una cosa es *la bella imitacion de la naturaleza* y otra la *imitacion de la bella naturaleza*. Si muchas partes de la naturaleza pueden no ser bellas para el hombre, quien escoja como original á estas partes podrá bien satisfacer al perito que admire el esfuerzo del arte; pero el imperito que mira á la naturaleza imitada podrá hallarla tan fea como un monstruo.

Preguntará ahora el lector cuáles sean las leyes segun las cuales el mundo sensible se convierte en emblema del orden inteligible, y nosotros por complacerle satisfaremos su natural curiosidad respondiendo á su pregunta en los párrafos siguientes, en los que proseguirá el tratado de lo Bello.

(Se continuará.)





EL ESPÍRITU

DE LA

REPÚBLICA NORTE-AMERICANA (I)

Inauguración de las Lecciones del segundo Curso de *Historia política contemporánea* (1878-79) en la Institución libre de Enseñanza de Madrid.— Origen y desarrollo de las Instituciones políticas de la república de los Estados Unidos de América.

SEÑORES:

BEANUDAMOS esta noche el hilo de las Conferencias que el año último celebramos sobre la historia política de los tiempos que vivimos. Las personas que entónces asistieron á esta casa recordarán que para entrar en lo que realmente constituye la materia de nuestro estudio, estime oportuno presentar, ante todo, el sentido de esta enseñanza y el plan general á que habían de obedecer mis lecciones. Este curso, decía yo, reviste un triple carácter. En primer lugar, tiene un interes patriótico, queriendo expresar con esto que no me mueve una simple curiosidad, siquiera sea científica. Mi propósito es sacar partido de la obser-

(1) Este discurso fué pronunciado el dia 30 de Noviembre del corriente año.

vacion de cuanto en este preñado y brioso siglo ha sucedido, de lo que han hecho y han sufrido otros pueblos para el adelantamiento de nuestra patria, cuya decadencia fuera locura no reconocer. Y protesté entónces contra la idea de que esta decadencia fuera un puro acaso ó efecto de la envidia y de las malas artes del extranjero, como con tanta torpeza, como buen propósito, se divulga por el patriotismo callejero. A mi juicio, esta lamentable situacion era, sobre todo, nuestra obra; y en nuestra mano estaba levantarnos de esta postracion, bien indigna del pueblo del Romancero, del califato de Córdoba, del descubrimiento y colonizacion de América, de los Reyes Católicos y de aquella deslumbradora epopeya que remata con las inmortales Córtes gaditanas. Nuestro grave pecado ha consistido, más que en el error, en la *insistencia en el error*, y entendía yo que nos cumplía aprovechar, no sólo las lecciones de la propia experiencia, si que el ejemplo de otros pueblos, tan caidos, más postrados que nosotros, y que, sin embargo, renacen y florecen con aplauso universal.

Despues, este curso debía concretarse al movimiento político, á la vida política, tomada, se entiende, en su alto sentido y sus líneas generales. Muchas razones abonaban este propósito. Expuse la mayor parte. Pero sobre todas estaba la privanza que la política disfruta en nuestra época. Recordareis que expliqué y justifiqué esta privanza. Nada más pueril, nada más absurdo, y sobre todo más injusto que ese prurito de muchas gentes de atribuir á la vida política todas las sombras, todos los pecados, todas las abominaciones de nuestra época. Reinado de las locas pasiones, mundo de las concupiscencias, imperio de las bajas intrigas es apellidada, y los políticos son tenidos por muchos (generalmente por aquellos á quienes no llegó la hora de serlo) como el ejemplar viviente de la perfidia, la ambicion y la envidia. Cualquiera, á oirlos, creería que nos tienen acostumbrados los literatos al candor y la mansedumbre, los comerciantes á la escrupulosidad y la abnegacion, los sacerdotes á la pobreza y la tolerancia. Dando por cierto que en esa particular esfera de la existencia contemporánea tantos y tan grandes vicios se manifestaran, ¿cómo desconocer que el mal estaba en la sociedad y que de este pecado se habían de resentir todos

sus órdenes y círculos? Demas que por la naturaleza misma de la vida política, en ella es donde es más posible cierta elevación, cierto relativo desinterés, porque al fin y al cabo la política tiene por objetivo el bien general, el adelanto, la riqueza, el esplendor del país, y esta es la afirmación que brota de todos los labios, y la razón ó el pretexto, si se quiere, de todos esos empeños, cuya historia esmalta el heroísmo y el martirio, que en los días que vivimos de tolerancia religiosa no nos presentan los anales de las demas esferas de nuestra precipitada vida.

Pero no insistiendo sobre este particular, y dejando á un lado la razón ó sinrazón de la vida política, siempre quedará en pié su actual privanza, determinada, no sólo por lo que es en sí el Derecho (que todo lo condiciona), si que por el papel que el Estado desempeña en estos tiempos, en los cuales, además de ser tutor de todos los grandes intereses sociales, frente al ya vencido de la teocracia, que imperó en la Edad Media, es el objetivo de aquellos que ya discuten la hora y el medio de emanciparse y de vivir la vida independiente. A este trabajo asistimos y harto se justificaría, sólo por esto, la importancia que para todos hoy tiene *el gobierno*.

Por último, hice notar los diferentes modos de estudiar la historia, y cómo yo me decidía por aquel que tomando los hechos generales buscaba la ley que los dominaba y establecía su sentido como un dato para el conocimiento de la época en que se vivía. No necesito decir que los otros dos sistemas son el puramente cronológico, detallado y elemental, y el que se conoce con el nombre de filosofía de la historia. Este supone una gran preparación en el auditorio y desdeña los pormenores: es el que más se presta á las grandezas de la oratoria: es el que de ordinario se utiliza para la propaganda de ciertos principios, respecto de los cuales, los hechos son sólo un pretexto ó una prueba. No ha sido tal el pensamiento que ha presidido á la creación de esta cátedra de *Historia política contemporánea*. Bien que el público que frecuenta esta sala se halle de sobra preparado para ciertas especulaciones, yo no puedo prescindir del plan de estudios de esta casa. Aquí la historia tiene en sí misma un interés, un fin.—El otro modo

es todavía más impropio de este sitio : demas, que (no titubeo en decirlo) yo entiendo que la historia menuda, la que se tiene por verdadera historia por los prácticos, los positivos, los enemigos de las construcciones fantásticas de Hegel, de Herder, de Laurent y de tantos otros que la estudian por lo alto, esa es la más incierta, la más dudosa, la más discutible, la más falsa. ¡Oh! apelo á todos los hombres que hayan participado de cierto modo en la direccion política de un país ; á todos aquellos que hayan conocido por dentro las cosas y los hechos. ¡Cuánto no se habrán reído del modo que el comun de las gentes tiene de interpretar y establecer los sucesos! Yo de mí sé decir que á hacer la historia menuda de algun breve período en que me cupo el honor de asistir al taller de los truenos y los rayos, me separaría totalmente de la mayor parte de cuanto he leído y oído sobre el pormenor de los gravísimos sucesos en que yo tomé alguna parte.

Pero, ¡qué más! Elegid un período de la historia patria. Tomad la época de la ruina del imperio visigótico y la resurreccion de la sociedad hispano-gótica en las legendarias montañas de Astúrias. Teneis las crónicas de Idacio, el obispo de Chaves, que vivió en el último tercio del siglo v; de Isidoro el obispo de Badajoz, que escribió treinta y ocho años despues de la rota del Guadalete ; de Sebastian, el obispo de Salamanca, que historió los sucesos desde D. Pelayo hasta Ordoño I, en el siglo ix; de Sampiro, el de Astorga, que se extiende hasta terminar el siglo x; de Pelayo, en fin, el sabio y viril obispo de Oviedo, que en el siglo xii escribe. Y teneis con estos libros recogidos despues cuidadosamente por el obispo Sandoval, y cuyo espíritu y cuya letra tan á lo vivo se muestran en aquella *Crónica general* del siglo xiii tan interesante y tan bella como un cuento de pura fantasía ; teneis, en fin, la tradicion, la leyenda. Limitad vuestras observaciones á repetir los sucesos que esos documentos os relatan : contraeos á relacionarlos entre sí ; y qué historia de España resultará! La que nos han enseñado en las áulas de primera y segunda enseñanza : la que contienen todos esos manuales que hombres muy graves recomiendan á la juventud. La ruina del imperio visigótico se debe á la traicion de D. Julian, á

la venganza de los hijos de Witiza, á la apostasía de D. Oppas y al atentado de que es víctima la Caba. Los árabes casi no caben en España y todo lo llevan aquí á sangre y fuego. La restauracion es un empeño esencial, quizá exclusivamente, religioso, y tiene por objeto el regreso de las instituciones espantadas á orillas del Guadalete. ¿Puede darse nada más absurdo? ¿No se sabe ya que los árabes fueron pocos, que sus victorias no tuvieron, ni dificultad, ni término, y que su imperio se distinguió por una gran tolerancia seguida de una gran cultura? ¿No se conoce ya que el secreto de la decadencia, de la desmoralizacion, de la ruina de la sociedad visigótica, está en la unidad religiosa, impuesta por Recaredo, y el sentido teocrático afirmado por los concilios de Toledo, y aquella bárbara persecucion de que fueron objeto los judíos (un elemento capital de la vida española), hasta el punto de determinar emigraciones en masa, huyendo de la esclavitud real y efectiva, y despues la conspiracion para traer, como trajeron, á los árabes que les habían de asegurar con la libertad el honor y la vida?

Por esto y por mucho más que ahora no es pertinente decir, nuestro Curso ha de seguir el sistema medio entre estos dos modos de estudiar la Historia; y por eso en vez de dedicar una leccion, por ejemplo, á un hecho trascendental ó una ley general de los tiempos novísimos, me he propuesto seguir el desarrollo sucesivo de las ideas y la aparicion regular de los acontecimientos, estudiando particularmente épocas y períodos.

Otra anticipacion hice tambien, en el Curso anterior y aún cuando no indispensable para el presente, me atrevo á darle, sin embargo, cierta importancia. A mi juicio, previamente á toda exposicion de hechos, era necesario conocer siquiera en conjunto, por su nombre y en su aparente relacion lo que yo apellidé las ideas madres de nuestra época; aquellos principios que ora había producido el movimiento político de estos últimos cien años, afirmándolos como la expresion genuina de su espíritu, ora habían servido de eje á las grandes evoluciones y rotaciones del mundo moral de este laboriosísimo período. Toda la historia política contemporánea se desenvuelve á mi

juicio sobre dos ecuaciones. La primera, la libertad y la democracia. La segunda, la vida real y la existencia colectiva. Tales debían ser los objetos primeros de mis observaciones, y las hice cuidando mucho de ser un fiel expositor, y reservándome discretamente mis opiniones científicas y de hombre de partido, sobre el Estado, el socialismo, el régimen federal, el derecho internacional y tantos otros extremos sobre que tuve que discurrir.

Después de esto, era necesario tocar otro punto casi de tanta importancia como el anterior, á saber, los *modos y formas* generales del desenvolvimiento político de nuestra Edad; y esta fué la ocasión de estudiar la revolución, la reforma, los partidos, la prensa, las asociaciones, etc., etc. Con tales antecedentes era ya fácil entrar en materia. Ya se conocía el sentido de la época; el rumbo de las corrientes con el desenlace del drama. Obstaría esto al *efecto* de las lecciones, pero serviría lo indecible á la claridad del estudio, pues que así ciertas referencias podrían hacerse sin entrar en detalles y explicaciones que ensancharían inconsideradamente el cuadro de estos trabajos.

Y todavía necesito recordar otro particular de mis pasadas lecciones: y es el referente al punto de partida de la historia política contemporánea. En su día expliqué cómo entendía yo equivocado arrancar de la Revolución francesa de 1789, según la práctica ordinaria. A mi juicio, aquel gran movimiento tenía un doble carácter político y social. Este se había traducido en el código dicho de Napoleón, que no sólo ha sobrenadado en la ruina general del empeño de 1789, sino que ha llevado sus trascendentales principios á todos los demás pueblos. En cambio el carácter político de la Revolución apenas si ha resistido á los embates de la reacción y del progreso. La inconstancia francesa en este punto, el número extraordinario de Constituciones, no sólo diversas, si que opuestas que el vecino país se ha dado en estos setenta años, le ha privado hasta hoy de autoridad para hablar sobre esta materia; y los ojos del pensador, del historiador, del hombre de Estado, se vuelven siempre hácia otro pueblo que todos proclamamos como maestro, á Inglaterra.

Pero ya hice notar que las condiciones singulares é históricas de Inglaterra hubieran hecho difícilísima la rápida comunicacion de sus ideas, sus prácticas y sus instituciones á no revestir éstas otra forma, otro sentido, otro carácter. Para dar la vuelta al mundo aquello debía dejar de ser exclusivamente inglés; aquellas instituciones debían recibir, como dice Gervinus, el sello de la *idealidad* y de la *universalidad*; idealidad en cuanto no arrancan de una contingencia, de un mero accidente histórico, sí que de un principio, y por ende están sometidas á la ley de la dialéctica; universalidad, en cuanto no constituye el privilegio de una raza, de una casta, de una familia, sino que son propias de la naturaleza humana. Pues bien; para que esto sucediese, era necesario que el espíritu inglés pasara por América. A eso responde la colonizacion de los Estados-Unidos. Eso es la *Declaracion de derechos* de 1776 que influyó decisivamente en la *Tabla* francesa del 789, y que ha quedado siendo el punto de mira en el orden político de la democracia moderna (1).

Por aquí, pues, tenemos que comenzar. Los Estados-Unidos serán la materia del presente Curso académico.

Pocas veces la Historia ha dado un mentís tan solemne á profecías pretenciosas, negros vaticinios y audaces negaciones de la ley del progreso y del fecundo espíritu que informa los maravillosos desenvolvimientos de la Edad moderna, como el que con el ejemplo, ora deslumbrador, ora fortificante de la gran República Norte-americana, ha lanzado al rostro de los detractores del empeño democrático que inaugura el siglo que vivimos, y cuyos triunfos parece como que se cuentan por los dias que corren ó por las campañas que se entablan. En el momento de relativo reposo que siguió inmediatamente á los grandes movimientos populares que en Europa produjeron la caida de Napoleon I, en aquellos dias del tratado de Viena y de la preparacion de la Santa Alianza para volver al mundo conmovido á los moldes del absolutismo ó de la teocracia, y cuando en la misma Inglaterra el terror de gobernantes y muchedumbres

(1) Un resumen de este primer Curso de *Historia política contemporánea* verá la luz en todo el mes corriente.

llevaba á romper la tradicion liberal de aquel envidiable país, con las famosas *seis actas* de 1816, destácase al otro lado de los mares como una nebulosa que se condensa, y al modo de la riente aparicion de la Vénus griega, un nuevo pueblo inspirado en el sentido más radical del gran movimiento político contemporáneo, que por la decision con que abandonaba la mano que en la infancia le había guiado, la energía con que emprendía el camino, la altura á que ponía su objetivo y la fe con que acariciaba y formulaba sus esperanzas, debía causar maravilla en la fatigada Europa, despertar las ilusiones mal apagadas en los vencidos por la pasajera reaccion de Viena y de Laybach, y provocar el despecho, la soberbia y los furores de los que despues de Waterlloo pudieron soñar con haber enterrado el espíritu rebelde, impío y disolvente de los novísimos tiempos.

Y sucedió más. Cuando el sentido reaccionario que determinó la invasion de España y de Nápoles, y la victoria del absolutismo en Portugal, despues de tomar las apariencias de la afirmacion más sólida de su época en Europa, llegó á pretender llevar su aliento á América, intentando reducir por medio de las armas monárquicas á las desquiciadas colonias del mundo latino, el naciente pueblo halló en la fe puesta en los principios fundamentales de su constitucion política y social, y en la conciencia de su alta representacion histórica y la intuicion de sus magníficos destinos, la fuerza bastante para oponerse sin reservas ni ambages á los propósitos de la Santa Alianza, declarando por el célebre mensaje Monroe de 1823, que «consideraría toda tentativa por parte de las potencias absolutistas para extender su sistema á alguna porcion del nuevo hemisferio como peligrosa para su tranquilidad y su seguridad;» declaracion trascendental que contuvo la accion de los poderes reaccionarios de Europa, y contribuyó á determinar una actitud algo semejante por parte de Inglaterra en el viejo mundo, tras la que pudo rehacerse y nutrirse aquella vivificante corriente que trajo la revolucion de 1830.

Tal audacia y tales éxitos no podían ser bien llevados por los que creían haber hecho retroceder la historia. Sin embargo, la evidencia golpeaba los ojos. Desde el instante en que el

pueblo aludido había roto el vínculo que le sujetaba á su tutor, los progresos habían sido tan constantes como extraordinarios, así en el órden moral como en el material. Todo inducía á suponer en él, no sólo una gran voluntad, si que poderosos medios. Y como que un ejemplo era una leccion eloquentísima para los demas pueblos, como el contagio era fácil de prever, como la propaganda se había necesariamente de realizar con la energía que presta el éxito, de aquí que los apóstoles y sostenedores del antiguo régimen, incapacitados de negar lo presente, se esforzaran en presentar el porvenir como preñado de desastres, afirmando que todo aquello que escandalizaba allende el Atlántico y en los Estados-Unidos de América (que éste era el pueblo en cuestion), todo cuanto se ofrecía á la vista atónita, era excepcional, violento, pasajero, realmente absurdo y efímero. «Esos niños precoces—decía el renombrado autor de *El Papa* y de las *Tardes de San Petersburgo*—suelen vivir poco;» y la turba multa, la turba enguantada de las fiestas vienesas, los *leones* y los *increibles* de esa diplomacia que Bismark ha llamado graciosamente régimen de trufas, cortesías y despachos, la muchedumbre que, ó se resigna á vivir de las glorias de los demas, ó se desvive por recomendar pretenciosamente á los otros la humildad y el trabajo que por su parte economiza hasta no practicar jamás, se dieron á gritar que el fenómeno trasatlántico concluiría pronto, que aquello no era serio ni ejemplar, y que aquello terminaría como debía concluir para escarmiento de ideólogos y atrevidos.

Una mujer de *esprit* decía en el siglo xviii criticando la boga alcanzada por un gran dramático frances: «Racine pasará como el café.» La profecía ha quedado en descubierto. Lo mismo ha sucedido respecto del juicio, ó mejor del vaticinio, de De Maistre. Los Estados-Unidos han podido celebrar su primer centenario en condiciones de desarrollo y esplendor tal vez incomparables.

El 7 de Diciembre de 1875 leía bajo las bóvedas del Capitolio de Washington el presidente Ulysses Grant su sétimo mensaje al Congreso de la gran República. Toda la primera parte de su discurso estaba dedicada á poner de relieve, con

una sencillez y una brevedad insuperables, el avance gigantesco realizado por aquel pueblo en los primeros cien años de su vida independiente.

«Eramos—decía el mensaje— en 1776 un pueblo de solos tres millones de almas : somos hoy más de cuarenta millones. La industria entónces estaba reducida casi exclusivamente al cultivo del suelo ; ahora las manufacturas absorben la mayor parte del trabajo del país. Nuestras libertades continúan sin rival, abolida ya la esclavitud. Hemos llegado á poseer el respeto, cuando no la amistad, de todas las naciones civilizadas. Nuestros progresos han sido grandes en todas las artes, en la ciencia, la agricultura, el comercio, la navegacion, la minería, la mecánica, la legislacion, la medicina, etc., y el progreso de la educacion general es, asimismo, alentador. Nuestros trece Estados han llegado á ser treinta y ocho (incluyendo el Colorado que da los primeros pasos para serlo); y nuestros ocho territorios (incluidos el Indiano y Alaska), nos dan una extension que va del Atlántico al Pacífico. Al Sur nos hemos extendido hasta el Golfo de Méjico, y al Oeste desde el Mississippí al Pacífico. Cien años há las desgranadoras de algodón, las máquinas de vapor, los caminos de hierro, el telégrafo, las segadoras, las máquinas de coser, las nuevas imprentas y otros numerosos inventos de poco ménos valor para nuestras ocupaciones y nuestra felicidad, eran totalmente desconocidas.—En 1776 las manufacturas apénas existían aún de nombre, en todo este vasto territorio. En 1870 pasaban de dos millones las personas empleadas en ellas, produciendo más de 2.100 millones de duros al año, suma casi igual á nuestra Deuda pública. Casi la totalidad de la poblacion en 1776 estaba ocupada en la agricultura : en 1870 se hallaba tan repartida, que á ésta sólo se dedican seis millones, de los cuarenta. El extraordinario efecto producido en nuestro país por el concurso de tan diversificadas ocupaciones, ha hecho nacer un mercado para los productos de las fértiles tierras distantes de los puertos marítimos y de los demas mercados del mundo. El sistema americano de localizar varias y extensas manufacturas junto á los cultivos y pastos, y de relacionarlos y unirlos con caminos de hierro y barcos de vapor, ha determinado en nuestras distantes co-

marcas del interior resultados que llaman la atención de la parte inteligente de todas las naciones comerciales. La destreza y la ciencia de los mecánicos americanos se ha demostrado dentro y fuera del país del modo más halagador para su orgullo; y sin el extraordinario genio y habilidad de aquéllos, las empresas de nuestros agricultores, manufactureros y portadores en el interior de la nación no se hubieran podido alcanzar.»

No son, ciertamente, las virtudes de los norte-americanos la modestia ni la sobriedad; pero las líneas transcritas bien pueden desafiar la menor rectificación. Si de algo pecan, es de insuficientes para describir lo que la opinión del mundo entero dice respecto de ese país, cuya grandeza asombra, cuyos adelantamientos no dan tregua á la sorpresa, cuya misma existencia es considerada como la obra más cumplida del genio moderno.

En el mensaje de 1875, ni se precisa el valor de las importaciones y exportaciones mercantiles que en 1877 pasaban de 1.041.000.000 de duros, aparte de un consumo interior colosal sostenido por un riguroso arancel de aduanas y un desarrollo inmenso, industrial y comercial. Ni se establece el tonelaje de su marina, cuya cifra se acerca á 4.600.000, repartidas en 32.000 barcos (1), ni el número de sus vías férreas, que dan 77.457 millas inglesas de camino, cuando las del mundo todo no exceden de 194.000 (2), ni la producción del algodón, que pasa de 3.000.000 de balas, y de los granos, que llega á 1.529.000.000 barriles (3), y del hierro mineral que excede de 3.395.000 toneladas, y el manufacturado que raya en 2.055.000 (4), y de la hulla que llega á los 2.564.000, y del tabaco que da 263.000.000 de libras. Ni consigna el movimiento telegráfico, que en 1877 fué de 21 millones de despachos, y el del correo, que en la misma fecha transportó 700 millones de cartas, 118.000.000 de impresos, 18 de periódicos y 37 de tarjetas postales. Pero lo que, sobre todo, no dice el mensaje, es

(1) En 1875. Números redondos y aproximados.

(2) En 1876.

(3) En 1871. El barril americano es de 36.347.664 lit.

(4) En 1870.

el papel que ha desempeñado, la influencia que ha ejercido y la alta representación que la próspera República mantiene en el orden político y en la vida internacional del mundo contemporáneo.

Y cuenta que para llegar á este esplendor ese pueblo ha tenido que atravesar por lo ménos una crisis terrible, terribilísima con tanto mayor motivo, cuanto que el paciente era por todo extremo jóven, y que abandonado por los doctores y por los viejos del mundo antiguo (cuando no perjudicado por la solicitud de algunos), ha debido buscar las fuerzas para vencer las dificultades en su misma robustez. Casi al caer la hora en que la gran República debía celebrar su primer centenario, cubrióse el cielo americano con densas nubes, que á poco se desplomaron en torrentes de sangre. El demonio de la guerra, bajo la inspiración de las más infames pasiones, recorrió campos y ciudades. Rompiéronse los diques, desbordáronse los rios, cañoneáronse los monumentos, corrió la infantería y la artillería por los campos de trigo, de caña y de algodón, la metralla llenó los aires y una tempestad de maldiciones y de ayes envolvió á todo aquel pueblo de trabajadores convertidos ahora en ciegos y furiosos combatientes. Parecía que un genio funesto, envidioso, implacable había condenado á aquel pueblo á desaparecer cuando se ufanaba de festejar su grandeza y de afirmar un argumento quizá decisivo en pro de la libertad y de la democracia. Aquello casi era el suplicio del que se ahoga tocando la playa. Y la mayor parte de Europa, la Europa conservadora que torpemente había heredado de la absolutista las prevenciones contra el naciente pueblo trasatlántico clamó que á su propósito podía repetirse ya el *Finis Poloniae*.

La crisis fué tremenda. Pero la República venció; y venció para robustecer más su sentido, para depurarse, para acentuar su representación democrática en el mundo por medio de la abolición de la esclavitud y el establecimiento del sufragio universal.

Bien sé que aquella crisis y los cambios que determinó en la vida política, económica y social de los Estados-Unidos, han sido utilizados por buena parte de los que acompañaron los titánicos esfuerzos del pueblo americano con el piadoso

deseo de verlo sucumbir en el empeño, para fundamentar nuevas y siniestras profecías, para afirmar que el nuevo rumbo tomado, prescindiendo de toda tradición europea y todo espíritu conservador, lleva al triunfo absoluto de lo que es exclusivamente transatlántico, y por tanto á la ruina vergonzosa de aquella sociedad hasta ahora contenida por la presencia de los elementos extraños. No me cumple aquí estimar estos nuevos vaticinios, ni aún discutir estas nuevas críticas. Sin duda alguna, los hombres de ciertas ideas no están capacitados para predecir desgracias á los Estados-Unidos, despues de estarlas prediciendo de diversas maneras y con diferente motivo de un día para otro, aplazando su temida realizacion, con una fe y una constancia desesperadoras, por espacio de cien años.

Lo que importa ahora es hacer constar, no sólo el poderío, la robustez, la grandeza de ese pueblo, no sólo el éxito extraordinario de su última terrible campaña, no sólo el vigor con que ha salido de su reciente crisis al punto de haber restañado todas sus heridas ántes de terminar el primer quinquenio despues de la guerra y de haber emprendido de nuevo con mayor fuerza y si es posible mayor fe en sus constantes empeños; no sólo todo esto, que ya sería bastante para el filósofo y el político, si que tambien y muy principalmente el hecho gravísimo de que en los cien años transcurridos, el progreso ha sido constante y los problemas planteados en tan laborioso período de tiempo han sido resueltos en un sentido cada vez más radical y cada vez más conforme con los grandes ideales de la democracia.

Ahora bien; ¿cuál ha sido, cuál es el secreto de esos progresos? No pretendo entrar en el fondo de esta cuestion. Adelantaré tan sólo la especie de que todo eso se debe al libre movimiento, á la acción desahogada y facilitada por toda clase de circunstancias exteriores del *Espíritu moderno*. Ese Espíritu es el que secularizó la vida europea; ése el que determinó (hablo en el orden político, objeto casi exclusivo de nuestros trabajos), la tutela del Estado para la emancipación de las diversas esferas de la actividad humana; ése el que produjo é inspiró la paz de Westfalia, la revolución inglesa del 88, los reyes filósofos y las grandes revoluciones americana y fran-

cesa que abren las puertas al siglo XIX; ése, en fin, el que establece como un principio de nuestra época, después de la crítica del siglo anterior, el *poder del individuo* que en su libérrimo desenvolvimiento afirma como una condición de su existencia la solidaridad universal.

Apénas si se necesita más que poner los ojos allende el Atlántico, para que esto se patentice. No hay país alguno, no lo ha habido jamás, donde como en los Estados-Unidos de América la individualidad sea respetada, acatada, consagrada en términos casi absolutos. Y tan cierto es esto, que aún en este mundo y en este siglo de las invenciones y de los atrevimientos, aquí donde existen Inglaterra y Alemania, todos estamos hechos á ver en la patria de Franklin, de Fulton, de Moore, de Edison la patria de la *invencion*; en la tierra de los ferro-carriles aéreos, de los vapores hoteles del Mississipi, de la vía del Pacífico, de la súbita aparición de Chicago y de San Luis, la tierra de las *audacias*; y en el país de los mormones y de los pieles rojas, de los espiritistas y de los *tembladores*, y de los cuáqueros, y de todas las sectas que el delirio humano ha podido esbozar el país de las extravagancias y las *originalidades*.

Verdad que las circunstancias han favorecido lo increíble este vuelo del poder individual. La colonización se hizo fuera de la acción del Estado y se desarrolló á impulsos de la libertad religiosa. La tierra en que aquel pueblo se ha formado es tierra nueva, vírgen. Aquella sociedad apénas ha tenido que contar contradicciones. Esos intereses que en Europa contienen, que moderan el paso, que obligan á transacciones y acomodamientos, que imponen cierta regularidad, cierto uniforme aún á pueblos tan singulares y de tan poderosa originalidad como la misma Inglaterra... esos intereses apénas si de nombre son conocidos en América. Todo decía allí al hombre: *¡Adelante!* Los obstáculos para marchar no procedían de otro hombre: eran los obstáculos de una naturaleza exuberante; pero ciega, vencible, domable.

Mas como el individuo es tanto más poderoso cuanto más sociable, y como la mejor manera de asegurar la existencia de una sociedad es excitar, comprometer á sus individuos, á sus

elementos á los mayores empeños (que cuanto más altos y rudos sean los compromisos más exigirán el concurso de muchas fuerzas), resulta que tambien puede aventurarse, que en parte alguna el principio de sociabilidad en sus varios grados y diversas formas, desde la sociedad necesaria á la asociacion voluntaria, desde la vida municipal á la franca comunicacion de todas las razas, ejerce un mayor influjo. Que á ello contribuyen tambien excepcionalmente las circunstancias, no hay para qué decirlo. La poblacion de los Estados-Unidos depende principalmente de la emigracion de otros pueblos: el impetuoso irlandés, el reflexivo alemán, el perseverante británico, el francés vivo y mudable, el sagaz italiano, el fantaseador español, el industrioso chino, el bondadoso negro... todas las razas, todas las familias tienen allí amplio espacio, todas aportan su contingente, todas caben, viven y prosperan bajo aquella protectora bandera, todas contribuyen con sus esfuerzos, con sus ideas, con su sentido, con sus capitales al desarrollo de aquel país que bien pudiera llamarse la *patria universal*.

Si se necesitara alguna nueva prueba de lo que son y lo que valen estos dos principios de la autonomía individual y de la sociabilidad en los Estados-Unidos, sería fácil tomarla ahora mismo de los periódicos que nos informan sobre las maravillosas invenciones de Mr. Edison, el autor del teléfono, del micrófono y de tantas otras máquinas y procedimientos industriales y científicos. La historia de ese jóven prestigioso es fortificante y digna de figurar en aquel bello libro que con el título de *Self-Help* publicó hace años Samuel Smiles, y que anda en todas las manos en Inglaterra. Pocos ejemplos se darán del poder de la individualidad, de la fuerza del genio, de la virtud, de la constancia, de la fe, de la voluntad. Nacido en las últimas capas sociales, vendedor callejero de periódicos, aprendiz en una imprenta, por su propio esfuerzo elevado á una oficina de telégrafos, despedido de ella por visionario, por loco..., á los 27 años Edison tenía registrados no sé si treinta y seis inventos. A los 31, que hoy cuenta, pone su pensamiento en un problema gravísimo: en la divisibilidad de la luz eléctrica,—y todo el mundo espera, pero con seguridad com-

pleta, de un día á otro, el alumbrado de las ciudades por este procedimiento, que ya tiene esbozado el gran inventor americano. La cosa sorprendería si no se tratase de los Estados-Unidos. Estamos acostumbrados á esperar de allí lo inconcebible: sabemos que allí se intenta todo.—Pero hay otra cosa que maravilla más que la carrera de Edison, y es la constitucion de una gran sociedad que ha abierto al ilustre mecánico un crédito ilimitado para hacer toda clase de ensayos, para acometer todo género de empresas, sin más orden ni ley que la voluntad de aquel hombre extraordinario. Mucha fe se necesita tener en la ciencia de Edison: mucha más en su honradez... ¡pero cuánta en el poder de la individualidad!

Y esto, repito que lo afirma el espíritu moderno. Tal es su fórmula en la edad contemporánea. En otro tiempo, en el último período de crítica, en los postreros días del siglo XVIII y los primeros de la actual centuria, quizá la afirmacion pecara un tanto de exagerada en el sentido individualista. Las teorías del *Contrato social* y las primeras fórmulas de la Escuela economista, son una prueba de ello. Se explica, aún cuando no sea esta la oportunidad de explicarlo. La crítica se despedía aventurando su oposicion á lo existente y abriendo infinitos espacios al porvenir. Y como que aquellas fórmulas no eran viables en el seno de la sociedad, no pasaron del libro. Nuestra Edad ya es otra cosa. Afirma la individualidad humana: pero con ella y como condicion indispensable, tan indispensable como la libertad y la responsabilidad; la sociabilidad. Por eso los progresos del Derecho internacional en nuestros tiempos no tienen comparacion con los realizados en los tres siglos anteriores.

Pues bien; esa idea de nuestra época es la que palpita en el mundo americano; la que ha determinado sus progresos; la que sostiene su grandeza. Decir que allí se realiza de un modo perfecto; que los Estados-Unidos no ofrecen sombras; que todo lo que allí sucede, en todos los órdenes, es superior á cuanto sucede en Europa; que aquello es el absoluto modelo y la razon de todo... ¡ah! sería una insensatez. Adelanto más: yo soy de los que creen que los errores y los peligros de aquella sociedad son de importancia. Y desde luégo sostengo que

la experiencia americana debe mirarse con reserva, teniendo muy en cuenta los que vivimos aquende el Océano, las condiciones particularísimas de aquella envidiable nacion.

Pues á estudiar, bien que rápidamente, aquella experiencia, á ver como allí se ha realizado el Espíritu moderno, á conocer los datos que á la civilizacion ha traído el pueblo norte-americano va dedicado este Curso. Y no hay que olvidar que mis estudios revisten el carácter político, y por tanto que el interes político es el que ha de presidir á todas nuestras observaciones, críticas y referencias.

Aparte de ésto, como ya he dicho, á mi juicio, el punto de partida de la Historia contemporánea está en aquel solemne momento en que los representantes de las trece provincias hicieron su «Declaracion de Derechos» ante «Dios y los hombres.» En tal concepto el estudio de aquel pueblo, por lo ménos en su primer período, debe ser el primer paso en este Curso.

Mi propósito es, pues, estudiar la historia política de los Estados-Unidos en este invierno. Tal vez dentro de un riguroso sistema, yo no debiera pasar de la Constitucion de 1789; mas prefiero arrostrar censuras, en cierto sentido justas, dedicando toda la atencion en este año al pleno desenvolvimiento de la espléndida República. Me lo aconsejan el interes de la cosa y accedo con ello á más de un ruego.

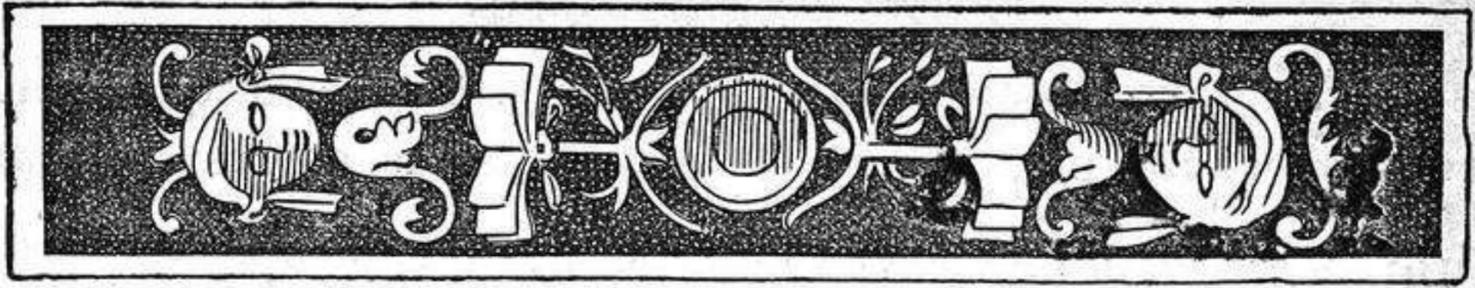
Hemos, pues, de hablar, desde la noche próxima, sobre los antecedentes de la Constitucion norte-americana, dedicando la primera conferencia á los tres períodos en que puede dividirse la época de la colonizacion,—el primero que abarca desde la toma de posesion de la Virginia y de Plimouth hácia 1606 hasta la restauracion de los Estuardos de Inglaterra; el segundo que va hasta la revolucion de 1688; el tercero que llega hasta el famoso impuesto del timbre en 1765. Despues la revolucion americana en sus dos períodos calificados gráficamente por un escritor trasatlántico de *guerra de pluma* y *guerra de espada*, nos ocupará, seguramente, más de dos ó tres noches. Las incertidumbres y tentativas constitucionales que dan de sí la *Declaracion* de 1776, los *Artículos de confederacion* de 1781 y los debates del Congreso nacional y de las

Asambleas de los Estados de 1785 á 1789 serán la materia de otras dos conferencias. La Constitución en su integridad primitiva y las modificaciones anteriores á 1805, vendrán en seguida á solicitar nuestro estudio. Luégo la formación de los partidos políticos americanos y señaladamente la aparición de los dos sentidos que informan toda la historia política de aquel país hasta llegar á la exaltación de Lincoln á la presidencia. La guerra civil nos ocupará una noche, y las cinco últimas, enmiendas constitucionales (expresión legítima del radicalismo democrático contemporáneo) otra. Tras esto hemos de examinar la política exterior de los Estados-Unidos, su influencia en el desenvolvimiento del derecho público así en la vieja Europa como en América, y la representación que hoy tiene en el mundo: todo lo que da materia, por lo ménos, para otras tres ó cuatro conferencias. Con la última, que se referirá al estado actual político, económico y social de la gran República serán, pues, no ménos de trece á quince las que tenemos en perspectiva.

No os alarme la jornada. La cosa lo merece; por lo mismo que fuera de unas ligeras lecciones dadas hace doce años en el Ateneo de Madrid por un infortunado amigo mio—Antonio Angulo y Heredia,—no sé yo que á nadie se le haya ocurrido en España discurrir sobre esta materia, de tan alto interés en el momento actual de la política europea. Pero, de todos modos, y cuando ménos, ya valdría la pena de reunirnos aquí algunas noches, la seguridad de recordar y admirar las dos más grandes y dramáticas figuras, quizá, que registra la historia de la virtud y del martirio en este siglo: la del prudente Washington; la del mártir Lincoln; eminentes personalidades que por sí solas bastan para avalorar un período histórico, para enaltecer á un pueblo, para hacer grata, digna y respetable la vida.

RAFAEL M. DE LABRA.





ESTUDIOS SOBRE SCHILLER (I)

(Continuacion.)

LA obra dramática en que se expresa esta creencia es *Don César*, terminada en aquella época, y el primer héroe que obra bajo el imperio de esta creencia, es Posa. En los *Bandidos* y en *Fiesco*, las pasiones idílicas y heroicas se aliaban en una confusión informe; se combatían recíprocamente y unas y otras perecían. En *Amor y Cábala*, el amor desentendiéndose de todo lo heroico, se presentaba como la pasión exclusivamente dominante: la contradicción con las condiciones reales de la vida, lo elevaba sólo á la grandeza heroica y trágica. En *Don César*, la amistad y el amor se sacrifican ambos á un fin histórico y universal y la tragedia se eleva así de las regiones de la esfera popular á la esfera histórica. Esta tragedia revela al poeta comprometido en la crisis cuya acción da el resultado definitivo. Está tan poco fundada en caracteres definidos, que no se contenta con reflejar el carácter del poeta en el instante en que se transforma su sentimiento, sino que varía según esta transformación, acompañando en cierto modo paso á paso y cumpliendo las

(I) Véase la REVISTA CONTEMPORÁNEA del 30 de Noviembre.

fases del desarrollo en que se ve el poeta. Esto es lo que Schiller nos prueba por sí mismo en sus cartas acerca de *Don Carlos*.

El nudo de la tragedia se forma con la amistad y el amor que ambos deben sacrificarse al ideal histórico, en el cual está el punto de mira de la acción dramática. Se trata de llevar al teatro un carácter que, destinado por todas las condiciones interiores y exteriores á resolver un gran problema histórico, no se detiene en su camino más que por una sola pasión: este carácter se nos mostrará purificándose de esta pasión é inmolando voluntariamente su felicidad personal á un gran fin. Este era el resuelto designio del poeta. La resignación vaga sobre el conjunto. Toda tendencia idílica se rechaza á la sombra y se entrega al abandono. El tono general que reina en esta tragedia está por completo en las frases con que empieza: « ¡ Los hermosos días de Aranjuez pasaron ya ! »

¿ Pero qué inducía al infante de España, al hijo de Felipe II, limitado como estuvo por el despotismo espiritual, político, doméstico de su padre, á formar planes para la felicidad del mundo? Era preciso que estos idealismos se abrigaran largo tiempo en el ánimo del príncipe, y para ello el poeta halló sólo un medio, la amistad. El ideal histórico, la grandeza de los príncipes, la felicidad de los pueblos y la renovación del mundo, todo esto se presenta como un plan concebido por una amistad exaltada, sueño de dos jóvenes, suscitado como llama por un entusiasta, en el alma del infante que debe ocupar el primer trono del mundo. Colocado ante el hijo real, este amigo se encuentra en condiciones muy diferentes; es un alma en que el idealismo es innato, preocupada desde muy temprano por grandes designios y que, bajo la severa disciplina de un orden, se ha acostumbrado á sacrificar sus inclinaciones personales al fin común; un alma que por los viajes y la experiencia del mundo, ha aprendido á conocer el estado de la humanidad, y que considera todas las cosas con la imaginación del optimista, creyendo firmemente en el bien mundano y en que el hombre es lo mejor del mundo. Una audacia impaciente de acción y una viril experiencia de la vida acompañan á esta ilusión juvenil para darla cierta expresión de refle-

xion y madurez, sin turbarla en sus felices propósitos; de la reunion de estas condiciones, unidas á las aspiraciones del cosmopolita, surgió en la imaginacion de Schiller el caballero de Malta, marqués de Posa. Colocado primero cerca del infante como un personaje auxiliar de que el poeta necesitaba para plantear y mantener en el príncipe el ideal histórico, ejerce cada vez más su prestigio en la imaginacion del autor á medida que se desarrolla. El cosmopolita la cautiva con mayor poder que el príncipe, encuentra en él una semejanza llena de afinidad consigo mismo, y el poeta sigue la simpatía que le anima y obedece á sus propias aspiraciones poéticas, es decir, á sí mismo, más que al plan de la tragedia. La figura accesoria se convierte involuntariamente en figura principal: en contra de la disposicion originaria de la obra, se ve que *Don Carlos* se desvanece y Posa se coloca en el centro de la accion. Precisa más fuerte prueba—confirmada además con el testimonio de Schiller—para asegurarnos que el poeta es el que se dibuja en sus personajes dramáticos, y que su tragedia es su propia confesion.

El carácter de Posa lleva, en efecto, el sello de una fantasía que acaba apénas de abandonar el paraíso de la imaginacion para sentar el pié sobre el teatro serio de la historia. Ha rechazado la naturaleza imaginaria, pero ha conservado la fantasía. Transporta el idilio de la naturaleza al mundo histórico: lo hace con el porvenir de la humanidad. Pero la naturaleza no es la historia. Ésta no tiene por objeto exclusivo la felicidad del mundo, y áun cuando esta felicidad fuera posible en general ó sólo apetecible, no podría realizarse súbitamente y de una vez. Ahora bien, Posa la quiere inmediatamente. Bajo este punto de vista, su ideal histórico no es más que un «sueño extraño.» No se me objete la declaracion que él mismo hace: «Este siglo no está preparado para mi ideal, soy ciudadano de los siglos venideros;» del dicho al hecho hay en él mucho trecho. Ante el rey formula esta declaracion. Halla en su opinion política motivos para cierta reserva delante del monarca: de lo contrario, fuera algo más que desacertado; pero sufre tambien el atractivo de la ilusion: goza del contraste entre su ideal y el siglo, colocándose con un sentimiento de or-

gullo en las alturas del porvenir. Sin esto no fuera el soñador cosmopolita.

Pero aún admitiendo que un plan universal como el que Posa imagina fuese posible, no sería tampoco Posa el hombre destinado á realizarlo. Debería ante todo apoderarse de los únicos medios capaces de llevarlo á efecto con firme empeño, sin ninguna indecision. El éxito de sus sueños depende de *Don Carlos*: este príncipe, heredero del imperio más poderoso, es el que debe realizarlos. El plan se basa por completo en esta amistad entre el marqués, ciudadano del mundo, y el infante. Nada debería, pues, suceder que, ni por un instante siquiera, pudiese quebrantar la fe de Carlos en su Posa, y ménos aún Posa fuera el que suscitase por culpa suya esta duda. Pero la imaginacion de Posa es más potente que su proyecto, y esta imaginacion es sobrado jóven y voluble para resistir al atractivo de una hora imprevista y seductora. Aún se ven en él rasgos que recuerdan á Fiesque.

Todo el plan se desbarata por el único poder de un momento que ha dominado la imaginacion de Posa.—El rey llama cerca de sí al caballero de Malta. Lleno de disgustos que más atañen al hombre que al monarca, atormentado en lo más profundo de su alma por las dudas que ha concebido con respecto á la fidelidad de la reina, quebrantado por el temor de una desgracia que le deshonoraría, el rey siéntese dispuesto de manera no acostumbrada, inquieta, y se ve más unido á la humanidad. Aspira ardientemente á un hombre, á un amigo al que pueda confiarse por entero. Entre sus cortesanos ninguno encuentra en cuya abnegacion tenga fe. Lerma, Domingo, Alba, le son sospechosos. Lee en sus listas el nombre de Posa: es un hombre que ha prestado al Estado servicios importantes y jamás pidió la recompensa, el más valiente de los caballeros de Malta, el que defendió contra Soliman el fuerte de San Telmo y lo abandonó el último. Los grandes le conocen, y cada cual hace su elogio. Todo esto, en la disposicion de espíritu en que se encuentra el rey, seduce su imaginacion. Posa bien pudiera ser el hombre que busca, el que necesita. Seguramente es un sér excepcional, y con certeza un carácter desinteresado. Toda la simpatía humana, y pudiera decir que

toda la atención de que puede disponer el rey en favor de un hombre y de sus conceptos poéticos, se inclina en aquel punto con ardiente curiosidad hacia Posa. Y hé aquí en qué condiciones el caballero se ve en presencia del soberano más poderoso de la cristiandad. Involuntariamente siéntese sobrecogido por el poder de este momento excepcional, por el atractivo de este contraste prodigioso: él, ciudadano del universo, está frente á frente del déspota más grande del universo, y en coloquio en que él mismo reina hace posible la intimidad. Siente, involuntariamente también, las disposiciones extraordinarias en que se encuentra el monarca; se le comunica fatalmente. Siempre henchido de su ideal, perseguido siempre por la imagen de un príncipe que con poderosa mano ejecutaría lo que sólo piensa, se ve de improviso ante el hombre que puede decir: «No se pone el sol nunca en mi imperio.» Y este es el momento que subyuga su imaginación. No encuentra frase mejor que estas palabras: «Señor, os ruego que me despidáis. *Mi imaginación me arrastra. Mi corazón se conmueve, y es demasiado poderosa la tentación que me domina ante el hombre á quien yo podría confiar mis sentimientos.*» Su imaginación le arrastra, en efecto; descubre su corazón al rey, y Felipe encuentra lo que busca; un hombre que le demuestra un desinterés completo, puesto que de él nada acepta, y absoluta confianza, puesto que le revela lo más íntimo de su pensamiento. Este hombre debe temerlo ó amarlo. Su confianza desarma en él el temor. Quiere amarlo y hacerlo su amigo; deposita en él sus más secretos disgustos, el honor y la suerte de su casa. «El caballero entrará en adelante sin ser anunciado.»—«Es preciso que el sello de mi real favor repose con brillo sobre su frente.»

Este momento ha cambiado toda la situación de Posa. Se ve de improviso más inmediato al rey, más próximo también á D. Carlos, él mismo puede ser el hombre poderoso que era Carlos; ahora puede ejecutar lo que ha proyectado, por el más rápido camino, por el mismo rey. Llénase su imaginación y se conmueve al aspecto de esta grandeza repentina que favorece sus designios. «Tengo su sello y ya no existe su Alba.» D. Carlos, en aquel momento, retrocede á la sombra. Posa elige entre sí mismo y el infante, entre su política y su amis-

tad. No dice nada á su amigo de su conversacion con el rey, nada de sus proyectos; se envuelve en una oscuridad misteriosa, sospechosa á la amistad; obra solo, y Cárlos, que se cree abandonado del único hombre al que se entregó, se confía entónces á la princesa de Eboli, que le hizo traicion. Desde aquel dia parece que todo se ha perdido por culpa indirecta de Posa. Para salvarlo no queda en apariencia más que un solo recurso: que Posa se haga culpable para el rey, que asuma en sí las apariencias que acusan á D. Cárlos en su actitud con respecto á la reina. Es preciso que se sacrifique por el amigo y sacrifique al amigo por su ideal. Tal es el fin que, por otra parte, se presentó siempre ante él, y de que se apoderó en este momento con el ardor de su pasion: *Morir por alguna gran empresa*. Este deseo confuso de correr á la muerte por alguna gran empresa le impulsó aún joven hácia Malta en la cumbre de San Telmo; le impulsa ahora al sacrificio pronto é irreflexivo. Muere por su amigo, pensando en Flándes y en Brabante. Su muerte no era necesaria, pero sí lógica bajo el punto de vista del poeta; este holocausto debía atraer irresistiblemente la imaginacion de Posa. La reina ha penetrado su alma cuando declara ante él :

«Os habeis precipitado á esta muerte que llamais sublime, no me desmintais. Os conozco: hace tiempo que aspirais á ella. Aunque se destrocen mil corazones, no os importa, con tal de que vuestro orgullo se aplazca en el sacrificio. ¡Oh! ahora... ahora aprendo á comprenderos. ¡Sólo os gusta la admiracion!»

Y Posa se ve obligado á confesárselo á sí propio «No está preparado para esto.» Felipe ve tambien claramente que Posa no muere sólo por Cárlos. Schiller ha querido poner en boca de este «conocedor de hombres» su propio juicio acerca del héroe del drama :

«¿Y por quién es este sacrificio? ¿Por el infante, por mi hijo? Nunca... No lo creó: un Posa no muere por un infante. La pobre llama de la amistad no llena el corazon de un Posa. Este corazon latía para toda la humanidad. *Gravitaba sobre el mundo y todas las generaciones venideras.*»

Posa no muere como Caton. Muere por el ideal de un mundo tallado en la historia, pero entrevisto á traves del sue-

ño de un idilio cosmopolita. Pero para una imaginación idílica, que sufre las aspiraciones de su naturaleza hacia la felicidad, sea cual fuere el arranque de su heroísmo, la vida conserva siempre su atractivo. Así Posa no deja el mundo con una resolución fría y estoica, sino con una mirada dolorosa y retrospectiva. Tal es el sentido de su suprema confesión, en el momento en que se separa de la reina para adelantarse á la muerte: «¡Oh, reina! *Y, sin embargo, la vida es bella.*»

IX.

En su himno á la *resignación*, Schiller ha sacrificado el ideal natural al ideal histórico, la felicidad idílica á la grandeza humana. En su Posa ha confirmado trágicamente este sacrificio. Su fantasía emigró sobre el teatro de la historia, donde se cumplen los grandes destinos de la humanidad. Pero, de igual modo que Posa, va á la muerte con esta confesión: «*Y, sin embargo, la vida es bella.*» La imaginación del poeta lanza aún una mirada sobre el ideal de juventud que abandona sobre la naturaleza divinizada, á la que da un último y doloroso adiós. Esta naturaleza no es ya el sentimiento íntimo que domina al poeta, no es ya su creencia: colocóse ya lejos de él, en la perspectiva de la historia. Es una creencia extraña, desvanecida, que no puede ni quiere compartir, pero cuyo encanto siente aún influir sobre él como un recuerdo de la juventud. En esta disposición que inspira el adiós, estima dichosa la edad en que podía vivir con esta fe y deificar la naturaleza, y el poema *Los dioses de la Grecia* brota en su imaginación.

Este poema no es un himno en favor del paganismo, como se ha creído erróneamente, es más bien una elegía: cada sonido es quejumbroso. El mismo poeta no encuentra la alegría en la posesión de la belleza griega: á cada cuadro de este mundo de la Grecia donde hormigueaban los dioses, siente al mismo tiempo que este mundo no existe, que no puede existir. Lo que le conmueve interiormente no es la contemplación satisfecha de este afortunado ideal, es el contraste entre

este mundo y el suyo, entre *entonces* y *ahora*: «¡De qué distinto modo acontecía, cuando se coronaba aún templo, Vénus Amatusia!» Este contraste, sentido á la manera elegiaca, constituye el tono fundamental de todo el poema. El que lo siente con tal viveza, el que compara la naturaleza divinizada con la que no lo está, únicamente para hacer resaltar la oposicion y hacérsela más palpable á sí propio, tal espíritu semejante, por dolorosamente que sienta aún el divorcio de ambos mundos y la privacion de felicidad que atribuye al primero, ha perdido hace tiempo la candidez de esa antigua fe, con el paraíso que abre á su imaginacion. *Los dioses de la Grecia* son el poema del paraíso de la Grecia, de su paraíso perdido. Empleando una expresion de que luégo se servirá Schiller, podría decir: «El tono que reina en *Los dioses de la Grecia*, no es sencillo, sino sentimental.»

No es el goce, la viva aspiracion hácia un mundo destruido y la conciencia de su pérdida los que llenan la fantasía del poeta y la predisponen. Lo que se apodera de él es ménos el carácter religioso que el carácter estético y plástico de aquella mitología; no es la fe, es la fantasía que realiza en aquellas creaciones. El elemento religioso y esencialmente pagano es aquí cosa casi accesoria y secundaria. ¿Y cuál es la cosa capital? Schiller halla ó cree hallar en este mundo destruido de la imaginacion lo que en vano buscó en sí mismo: un idilio completo representado por personajes heroicos, una epopeya de la felicidad. Esta fusion del elemento idílico y del elemento heroico, para hacer que se complete, era entonces su aspiracion más profunda, y llega á ser despues el propósito definitivo de sus esfuerzos. Hé aquí por qué hizo una elegía con los dioses de la Grecia: hé aquí por qué intentará más tarde hacer de Hércules el héroe de un idilio, tratando de resolver de este modo el problema que plantea él mismo al artista en su disertacion acerca de la poesía sencilla y sentimental. «Que se esfuerce en resolver el problema de un idilio capaz de llevar al Elíseo al hombre que no puede regresar á la Arcadia.» Ya renunció á la Arcadia, pero suspira por el mundo en que los dioses viven idílicamente, en que los dioses eran humanos todavía y más divinos los hombres. Y los *Dioses de la Grecia* son la confesion íntima de

este sentimiento el primero y más poderoso de todos en Schiller. Se reconoce claramente por el mismo poema. Cuando en la contemplación de las divinidades de la Grecia se le aparece esta alianza del elemento heroico y del idilio en la mayor plenitud de vida, y por decirlo así, en la más dramática, su capacidad poética se llena por completo de esta atractiva imagen, enmudece por un instante, la elegía y el poema se transforma en tal punto en un verdadero himno. Coloca la aparición ante sí como una imagen plástica, arrastrado él mismo y seducido por el cuadro de esta vida que se desarrolla ante sus ojos en su fuerza toda y en su diversidad. Los pasajes más vivos y ardientes de los *Dioses de la Grecia*, los que transportan al escritor mismo á la plena posesión de su poder poético, son los juegos y las fiestas de Baco.

«Nuestros templos eran risueños como palacios: en aquellas fiestas del istmo, fecundas en coronas, los carros como el rayo iban á su término. Danzas llenas de espíritu giraban y se entrelazaban alrededor del brillante altar: palmas triunfales adornaban vuestras sienas, y coronas vuestra perfumada cabellera.

»El alegre tirso de Evohé y el magnífico tronco de panteras anunciaban al dios del goce. Faunos y sátiros le precedían tambaleándose: á su rededor saltaban las menadas delirantes. Sus bailes hacen el elogio del vino, mientras que sus mejillas invitan alegremente á coger la copa.»

Bien se concibe cómo Schiller aspiraba por una necesidad interior y puramente humana hácia la dichosa unión del idilio con la epopeya. Esta unión, en efecto, debía aparecérselle como otro mundo digno de envidia: su imaginación vivía en realidad en el contraste de una y otra, y se obstinaba en reproducirla bajo formas nuevas y trágicas. Es un rasgo notable del carácter poético de Schiller y que nunca le abandonó: no puede representar el elemento heroico sin el elemento idílico: necesita unirlos, oponiéndolos uno á otro y completándolos uno con otro. Sólo así se termina y cumple para él la representación poética. Este contraste, esta compensación recíproca, son y quedan inherentes á su manera de sensibilidad poética. Escoge con predilección asuntos y personajes que los contienen, y si no los contienen mira en la composición el elemento idílico al elemento heroico. De este modo creará

junto á Wallenstein y Octavio, á Max y á Tecla, dos dichosos amantes, colocados en la sombría escena en que luchan las potencias enemigas y destructoras. Así tambien, la fábula de Hero y Leandro es un asunto lleno de atractivo para su imaginacion, dos amantes felices, pero entre ambos el Helesponto. «¡No probó el placer quien no robó el fruto celeste en las orillas negras y horribles del rio infernal!» O bien es un personaje idílico y femenino al que se le da una mision heroica, una heroína que, en el seno de la victoria, se ve de improviso desarmada por un sentimiento puramente femenino: *La Doncella de Orleans*. O bien es una reina, María Estuardo, que se encuentra con todos los talentos y todas las pasiones de una naturaleza femenina, demasiado mujer para reina, que sólo sabe encantar, pero no reinar, y no es heroica más que por el sufrimiento.

X.

Pero volvamos á *Los Dioses de la Grecia* y á la confesion expresada por la disposicion fundamental del poema. El contraste se siente dolorosamente entre el tiempo pasado y el tiempo presente, entre el mundo artístico de una época pasada, creada por la imaginacion, y el mundo real tal como se refleja en la razon de la época presente: doble oposicion que penetra el sentimiento de Schiller y hace brotar el análisis de su obra. El mundo griego, en oposicion con el nuestro, es el primer tema del poema. De este primer contraste resulta inmediatamente el otro. A los ojos del poeta, el mundo griego es el mundo por excelencia de la imaginacion poética: partiendo de aquí, lleva más extremada aún la oposicion, y la plantea, no ya sólo entre dos mundos definidos, sino entre la fantasía y la realidad en general, entre la poesía y la vida. Es el segundo contraste en que termina el poema: «¡Lo que está destinado á la inmortalidad en los cantos del poeta, debe aniquilarse en la vida!»

¿Va, pues, el poeta á tomar posesion de esta vida inmortal con la imaginacion, con la poesía, con el arte, y á separarse con las alas de la elegía ó de la ironía, segun su genio, del

presente y de la vida real? De igual modo que en otro tiempo se oponía enérgicamente la naturaleza á la historia, va ahora á separar la poesía de la vida y á buscar, friamente y sin éxito, el medio de separar su propia existencia de la de su especie. ¿Deberá seriamente sacrificar al arte su creencia en la historia? ¡No! En el alma de tal poeta este estado de discordia no puede durar: esta alma conseguirá unir la mision del artista, en su sentido más alto, con la creencia en la historia, que no rechaza al presente de su seno. Gran artista, considerará la vida humana, eso sí, como una mision de que el arte debe ocuparse, como una materia que debe crear y formar: no llorará sobre el presente, pero lo encantará, lo ennoblecerá, lo elevará sobre sí mismo. El arte verdadero, bien comprendido y encerrado en sus justos límites, no exige más que la belleza, que hace al hombre capaz de alcanzar lo que hay más elevado. En la gran educacion de la humanidad, que llamamos historia universal, el arte consagra, favorece y termina cada progreso de la civilizacion humana. Schiller aspirará á ser el artista que sepa unir la vocacion poética á la mision histórica, y obrar segun las palabras que él mismo dedica á los artistas: «¡La dignidad de la humanidad está en vuestras manos, guardadla! Con vosotros se rebaja, con vosotros se elevará. La santa influencia del arte está al servicio de un plan del mundo, lleno de sabiduría: ¡que ella guie á la humanidad en silencio hácia el océano de la gran armonía!»

Por esta confesion, Schiller termina sus «años de viaje» en los dominios de la poesía. ¡Es la confesion del *artista!* Un solo año ha transcurrido entre ésta y *Los Dioses de la Grecia*, y le bastó para reconciliarse con la historia y con el presente y para resolver en una completa armonía la última disonancia que turbaba aún su genio.

«Los Dioses de la Grecia» terminan con la queja acerca de la belleza desvanecida, acerca del mundo que desertaron los dioses. Los «Artistas» empiezan con palabras triunfantes acerca de la belleza viva, y exaltan la última obra de la historia como el éxito más grande. Hé aquí la estrofa final de «Los Dioses de la Grecia:» «Partieron llevándose *todo lo que es bello, todo lo que es elevado*; cogieron el color todo y toda la

sonoridad de la vida, no dejándonos más que la palabra inanimada!» Aquí, desde las primeras frases, dice: «¡*Qué bella eres, humanidad, con tu palma en pié al terminar el siglo,* con tu virilidad noble y altiva, con tu entendimiento claro, con la plenitud de tu espíritu, llena de una gravedad dulce, en una tranquilidad fecunda y serena, ¡oh! ¡tú la hija perfecta del tiempo!»

Para medir mejor el período de desarrollo que Schiller atravesó durante los diez años de prueba, y que se refleja en sus confesiones poéticas, comparemos el punto de partida con el de llegada.

La primera confesion es el drama *Los Bandidos*, la última es el poema *Los Artistas*. Allí, la primera palabra es esta: «Asco me da ante este siglo papeleador.» Aquí, la primera frase es: «*Qué bella eres, humanidad, con tu palma en pié al terminar el siglo.*»

Tan grande es la distancia entre el poeta de entónces y el poeta de ahora. En todas las poesías de aquel tiempo borrascoso, Schiller se busca á sí mismo: hé aquí por qué sus poesías fueron sus confesiones. En vano se buscó en Franz Moor, el perturbador de la sociedad, en el cosmopolita Posa, y al fin se encuentra en realidad en el Artista. Ahora el poeta se resuelve en el Artista, que busca únicamente la belleza en el artista clásico, que eleva y ennoblece cuanto toca. Por las proporciones de la belleza, ha dulcificado lo grandioso, y ha confirmado con cada palabra estas frases que su grande amigo lanzó despues de él á la eternidad: «Y detras de él, reducida á vana apariencia, yacía lo que nos encadena á todos: ¡la vulgaridad!»

XI.

Busco un último rasgo que nos represente por completo al poeta, tal como fué y tal como se transformó, que se asemeje al genio de Schiller tanto como su busto de Dannecker, y no encuentro ninguno que responda de una manera más grandiosa á la potencia poética dueña de sí misma y apaciguada,

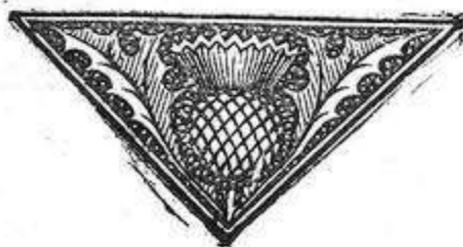
que nos ha revelado *El Artista* más que estos versos compuestos por él poco tiempo ántes de su muerte. Son precisamente las palabras que nuestra augusta gran duquesa (1) unió al busto del poeta, al que su alteza imperial dió un sitio en el castillo ducal de Weimar :

«No hay espacio que me contenga, ni barrera que me encadene:
»libre, me lanzo por todo el cielo. Mi inconmensurable imperio es el
»pensamiento y mi instrumento alado la palabra. Lo que se mueve
»en el cielo y en la tierra, lo que la naturaleza crea en el más pro-
»fundo misterio, debe abrirse ante mí y descorrer sus velos, porque
»nada estrecha el libre poder de la poesía. Nada hay, sin embargo,
»que sea más bello á mis ojos que un alma hermosa que se manifies-
»te en la belleza de la forma.»

KUNO FISCHER.

(*Se continuará.*)

(1) Su alteza imperial la gran duquesa María Pawlowna, á quien el autor dedica este trabajo.





EL DOCTOR ENRIQUE SCHLIEMANN

Y

LAS EXCAVACIONES DE OLIMPIA.



En el otoño de 1876 se verificó en la rotonda del Museo de Berlin la primera exposicion de los trofeos artísticos de Olimpia obtenidos por los alemanes en la primera campaña desde Octubre de 1875 á Mayo del año siguiente. Ahora, en el otoño de 1878, se ha procedido á la segunda exposicion que ostenta los hallazgos de la segunda y tercera campaña, concluyéndose la tercera en Junio de 1878. La exposicion actual tiene lugar en el sitio del *Duomo nuevo* de Berlin. Quien la vea ha de sentir el calor del entusiasmo que producirán siempre las obras del arte helénico. Ya se han excavado una tras otra las figuras de los tímpanos del templo de Júpiter de Olimpia, aquellas creaciones debidas al cincel de dos contemporáneos de Fidias: *Peonio*, natural de Mende (Tracia), y el ateniense *Alkamenes*. No muestran éstas mayores estragos que los que causaron varios terremotos de Olimpia. Ahora en el *Duomo* de Berlin han procurado colocar otra vez aquellos grupos creados hace más de veintitres siglos. Sobre las figuras de Peonio, que se hallaban en el tímpano oriental, representando el momento solemne que prece-

dió á la lucha de Pélope, se ha derramado el sublime y tranquilo espíritu épico, mientras los grupos que Alkámenes ejecutó en el tímpano occidental figurando la centauromaquia durante las bodas de Piritoo, tienen el encanto del más animado movimiento dramático. Las figuras más sobresalientes del tímpano oriental son las siguientes: Júpiter, juez del campo; Pélope, Enomao, Mirtilo, Alfeo y Cladeo, Stérope é Hipodamia; y en el tímpano occidental llaman la atención el centauro, á quien un lapita coge por el cuello, atravesándole el pecho con su espada corta cuando quiere llevarse á una mujer; la novia Deidamia, el torso de su raptor Eurition y dos ninfas correspondientes á Alfeo y Cladeo. La palma la merecen sin contradicción alguna en aquel tímpano el torso de Júpiter y la aparición verdaderamente regia y matronal de Stérope; y en éste el bellísimo Apolo, una de las ninfas que recuerda las del tímpano del Partenon del gran Fidias, y la figura graciosa de Deidamia, que trata en balde de librarse del centauro.

Antes de las excavaciones de Olimpia no se conocieron sino los adornos de los tímpanos del templo de Egina, construido en honor de Minerva, y los del Partenon ateniense. Pero ya comprendemos que Alkámenes fué el escultor segundo después de Fidias, no sólo en cuanto al tiempo, sino respecto á sus facultades artísticas. Y á qué altura se haya levantado Peonio, lo muestra más aún su figura de la Victoria, que se excavó el 21 de Diciembre de 1875, representando sus figuras la escena anterior á la lucha de Pélope. Aquella Victoria revela un sin par atrevimiento del artista, que manejaba el duro mármol como si fuese dócil barro.

Otra fecha memorable para la ciencia y el conocimiento del arte helénico es el 8 de Mayo de 1877, día felicísimo en que desde los escombros de Olimpia, desde las ruinas del templo de Jano, se sacó á la luz una obra original del gran Praxiteles, *Hermes y el niño Dionisio* (1), que se encuentra en un estado mucho más satisfactorio que la Victoria de Peonio, pues al Dios de Praxiteles no le falta la cabeza divina.

(1) Aquellos nombres de dioses helénicos responden á los latinos Mercurio y Baco.

Honra imperecedera del nuevo imperio alemán son las excavaciones de Olimpia. Pero nos sorprenden aún más las tentativas gloriosas, las empresas ideales de un particular que, prefiriendo la senda áspera y espinosa del descubridor á una existencia idílica, continúa llevando á cabo con inusitada energía en pro de la cultura y de la ciencia lo que hasta ahora no ha sido la misión sino de grandes naciones. Ese fenómeno, revestido con el encanto de no sé qué magia misteriosa, se nos figura el que buscaba los tesoros de Troya y de Micenas, ese fenómeno á quien la tierra abrió sus secretos de más de mil años, es el doctor *Enrique Schliemann*, hijo de Mecklemburgo, y cumple añadir de la diosa Fortuna.

La patria no tiene otro patrimonio más valioso que la herencia acumulada que en el trascurso de los siglos le vienen legando sus héroes, sabios, artistas y hombres virtuosos. En aquella herencia figurarán también los preciosos hallazgos de *Schliemann*, que á la edad de cuarenta hasta cincuenta años, realizó los ensueños de su juventud, las aspiraciones primeras de su alma. El niño parece haber poseído la fantasía de que tanto hacen alarde los hijos del Guadalquivir, donde nacen los poetas como los azahares de sus limoneros, según la expresión del gran duque de Rivas.

Nació *Enrique Schliemann* en 1822 en Neobuckow (Mecklemburgo), de un padre protestante que se vanagloriaba de ser párroco en el mismo pueblo en cuyo viejo castillo su célebre paisano, el gran traductor de *Homero*, *Juan Enrique Woss*, había experimentado las penas de los preceptores. Aquel pueblo se llama Ankershagen; está situado cerca de Berlín, próximo á la frontera de Mecklemburgo-Strelitz. Allí pasaba el hijo del cura entusiasta de *Woss* su infancia, aprendiendo ya cuando niño los mitos troyanos y trozos de la *Odisea* y de la *Iliada*. Ya entonces le tenía ocupado la idea de que sería él el hombre afortunado que sacase á luz los muros de Troya. Buscar tesoros: hé aquí la idea constante de su cerebro inquieto. Alimentaron sus fantasías las ruinas de una antigua torre que se hallaba en el jardín señorial, los caracoles de piedra y las bóvedas del castillo. ¡Con qué gozo hubiera sacado de una colina vecina la cuña de oro, y de un estanque situado detras

del jardín parroquial el vaso de plata que la tradición dijo que estuviese allí escondido! Asimismo se ocupaba su fantasía juvenil de la gran tumba de no sé qué caballero antiguo que tenía fama de ser un mal genio.

Pero al joven que no aspiraba á otra cosa más que á buscar tesoros se le acercaba de repente la dura necesidad, que no le permitió visitar la escuela de Strelitz sino hasta su año décimocuarto, obligándole á hacerse dependiente de una tienda durante cinco años y medio. Un día, al levantar un tonel de gran peso, se lastimó el pecho, y renunciando á la carrera de comerciante, siguió el anhelo irresistible que le impulsaba hácia lo léjos. Se hizo, pues, grumete; pero el navío en que se embarcó en Hamburgo encalló en Diciembre de 1841 en la isla holandesa llamada Texel, no salvando la tripulación más que la vida. Afortunadamente no le negaron una limosna los buenos holandeses, y en Amsterdam, el joven grumete se hizo otra vez dependiente, ascendiendo al fin á tenedor de libros, y sucesivamente lo aprendió todo, el inglés, el frances, el italiano, el portugues, el castellano, hasta el ruso, dedicándose á aprender aquellos idiomas con tanto celo, que dos veces tuvo que cambiar su domicilio por haber molestado á sus vecinos por su método de recitar sus lecciones en alta voz.

Siendo mandado en 1846 por sus jefes á San Petersburgo, colocó el cimiento de su riqueza por sus empresas comerciales durante la guerra de Crimea y la guerra civil de los Estados Unidos. En 1854 se ocupó otra vez de estudios lingüísticos, aprendiendo el sueco, el polaco y el neogriego, y aprovechando las lecciones de excelentes maestros, volvió al estudio de Homero, á quien había amado ya cuando niño. En 1864 hizo un viaje alrededor del mundo, publicando tres años despues en Paris, en idioma frances, una descripcion amena é interesante de su expedicion, bajo el título de la *La China y el Japon*. Por fin, en 1863 visitó el teatro clásico de los cantos homéricos, y aunque en cada página de su libro *Itaca, el Peloponeso y Troya*, que salió en Paris en 1869, se muestra el autodidaco que no conoce todavía el arsenal inmenso de las investigaciones críticas sobre el divino cantor de los helenos, creyendo en la poesía homérica como en la más pura verdad histórica,

como en el Evangelio, el entusiasmo del autor no puede menos de comunicarse á los lectores. Buscar á Troya : hé aquí el anhelo del hombre, como ya lo había sido la aspiracion del niño; y al fin fijábase en él la idea de que la colina de *Hissarlik* cubriese la ciudad de Priamo. Prosiguiendo aquel pensamiento con la mayor constancia, empezó en Abril de 1870 sus excavaciones en el paisaje de Scamandro, que continuó hasta Junio de 1872, sin detenerle las fatigas, ni el hambre, ni la sed, ni los fraudes de sus guías. ¡Qué hallazgo tan brillante recompensó los trabajos del explorador! Parecía que aquella colina escondiese en su seno una riqueza inmensa de oro y de plata, y además una ciudad muy antigua, ceñida de torreones y de muros peregrinos. No dudaba el descubridor entusiasta que hubiese encontrado la ansiada Troya, considerando la confirmacion de su hipótesis como el fenómeno más brillante que jamás había visto la ciencia arqueológica. Schliemann estaba en el colmo de su dicha, y en alas de la fama volaba ya su nombre por el mundo. Pero ¡qué grande fué la desilusion cuando se publicaron en Leipzig en 1874 las tablas fotográficas de sus antigüedades troyanas! Efectivamente, aquellas tablas eran bastante malas, pero el explorador infatigable no mereció de ningun modo las amarguísimas censuras que entónces se le dirigieron. Tampoco le faltaban las calumnias, y por colmo de sinsabor se vió envuelto en un proceso con el gobierno turco, de que no podía librarse sino abonando 50.000 francos para quedarse con la posesion de sus antigüedades. Pero ¡qué importaban tantas amarguras al que tenía una fe inquebrantable en la realizacion de sus ideales, una fe que le llevaba por el torrente de las críticas, así como Leucotea llevaba á Ulíses por las ondas del mar! No me detendré en describir todos los hallazgos troyanos del descubridor aleman : baste decir que lo primero que descubrió fueron inscripciones y esculturas de mármol que se hallaban en la capa alta de la colina de Hissarlik, perteneciendo á una ciudad llamada Ilion, que se fundó en tiempos del rey Cresos en el siglo VII, ántes de la era cristiana, pareciendo haberse destruido en la Edad Media, sin que se sepa la fecha y la causa.

Pero debajo de esta ciudad existe todavía otra que tiene bue-

nos empedrados, muros y torreones, y en ella descubrió Schliemann millares de cosas, vasos de tierra cocida, armas de piedra, bronce, marfil y huesos, alhajas de oro, de plata y de electro, en fin, variados objetos que, mostrando un cumplido ornamento lineal, habrán de pertenecer á los tiempos prehistóricos, es decir, á una época de cultura que precedió á la de los cantos homéricos. Pues las obras de arte que se describen en éstos revelan una cultura más jóven, que experimentaba ya influencias asirias. Así los hallazgos de Schliemann, si no pueden considerarse como ilustraciones de la descripción homérica, ofrecen un interesante material de comparación. ¿Quién sabe si en efecto la antigua Troya se encontrará en el seno de la colina de Hissarlik? Pero hasta hoy no se puede ni afirmarlo ni negarlo, puesto que la *Iliada* no ofrece nada para que se pueda determinar en el paisaje un punto firme é inalterable donde ha de estar Troya.

No le bastaron á Schliemann los hallazgos de Hissarlik, sino que emprendió también excavaciones en *Micenas*, la antigua corte de Agamemnon, y el éxito más sorprendente abonó su esfuerzo.

Micenas, la de los muros ciclópeos (1), la que Homero llamaba πολύχρυσος (rica de oro), se encuentra en el ángulo más extremo de Argos (2).

Dijo de ella Séneca :

*majus mihi
Bellum Mycenis restat, ut cyclopea
Eversa manibus saxa nostra concidant.*

Pausanias, que hacía los años de 170 después de Jesucristo describió las ruinas de la gloriosa Micenas, cuando estaba inhabitada, decía: «Entre los restos del muro se encuentra la puerta de leones. Ambos, el muro y la puerta, son, según la

(1) Las palabras *muros ciclópeos* deben su origen al mito, que dice que los cíclopes eran famosos arquitectos. Llámense *muros ciclópeos* á los muros de grandes piedras toscas, unidas por piedras pequeñas, ó muros antiguos, en que se ven capas horizontales de piedras toscas, entre las cuales se encuentran pequeños intermedios.

(2) Véase la *Odisea*, III, 263.

tradicion, obra de cíclopes. Debajo de las ruinas de Micenas se encuentran los edificios subterráneos de Atreo y de sus hijos, donde se conservaron sus tesoros. Está allí la tumba de Atreo y las de los compañeros de Agamemnon, que á su vuelta de Ilion fueron muertos por Egisto en un banquete. Está allí la tumba de Agamemnon y de su conductor Eurimedon; en la misma tumba se enterraron Teledamo y Pélope. Allí está tambien la tumba de Electra. Clitemnestra y Egisto se enterraron fuera del muro, porque fueron considerados indignos de hallar su sepultura en el interior de la ciudad donde descansan Agamemnon y los que fueron muertos con él.»

Segun lo entiende Schliemann, el muro de que habla Pausanias en los párrafos citados no es el muro de la ciudad, sino el muro colosal de la acrópolis, encontrándose en ésta la puerta de leones. Por eso el entusiasta aleman que el 7 de Agosto de 1876 empezó sus excavaciones en union de sesenta y tres obreros, ascendiendo el número de éstos despues á ciento veinticinco, buscaba las tumbas en la acrópolis, y ¡oh maravilla! las encontró. «No cabe duda alguna, dice en su libro *Micenas*, que con un prólogo del célebre inglés Gladstone, se publicó en Leipzig en 1878, no cabe duda que haya encontrado yo las *tumbas de Agamemnon y de los suyos*, de que habla Pausanias, sin conocerlas más que por la tradicion.»

Descubrió Schlieman la ἀγορά (1) de Micenas, que forma un círculo, hallándose en él las famosas tumbas.

Miéntras continuaba aún excavando, dirigiendo los trabajos él y su noble esposa, los visitó el Emperador D. Pedro II del Brasil, complaciéndose en mirar, no sólo las puertas de leones por que pasaba Agamemnon, el rey de los hombres, cuando partió para la campaña más gloriosa de los tiempos heroicos, sino los gigantescos muros ciclópeos, y experimentó una satisfaccion singular en comer con su amable anfitrión en la tesorería de Atreo, aquel misterioso edificio subterráneo que se construyó hace cuarenta siglos.

Schliemann encontró en las tumbas esqueletos cubiertos de joyas, teniendo algunos una diadema de oro. Había siete ca-

(1) La ἀγορά de los griegos corresponde al foro de los romanos.

dáveres, cuyo rostro cubría una magnífica máscara asimismo de oro, representando el retrato del finado. Tres de las cinco tumbas contenían tesoros tan preciosos que no pudieron pertenecer sino á miembros de la familia regia. Y dice Schliemann que los matadores al enterrar los quince cadáveres regios con todos sus tesoros, sus armas y sus joyas, no hicieron más que cumplir una costumbre constante de la antigüedad. Segun la suposicion del Sr. Gladstone, que escribió tantas páginas de introduccion para el libro del doctor aleman, los matadores de Agamemnon, obedeciendo miras políticas, atribuyeron á los muertos el honor de la sepultura en el foro, abriendo un hueco grande y profundo en la peña. Despues el hijo de Agamemnon, Orestes, abrió los sepulcros, mandando que se quemasen los cadáveres. Pero la quema fué imperfecta á causa de la profundidad y de la falta de aire, de modo que se quedaron los huesos sin quemarse. Se usaron aquellas máscaras de oro para rendir á los cuerpos destruidos la majestad de la naturaleza, ocultando los vestigios de destruccion, y aquella ofrenda abundante de armas y de joyas la dió el amor filial.

El 16 de Noviembre de 1876 escribió el descubridor afortunado al rey Jorge, de los helenos: «Con inmensa satisfaccion anuncio á V. M. que he descubierto las tumbas que la tradicion de que Pausanias se hizo el eco, decía que fuesen las de Agamemnon, de Casandra, de Eurimedon y de sus camaradas, siendo muertos todos en un banquete por Clitemnestra y su amante Egisto. He encontrado en las tumbas tesoros inmensos que consisten en objetos de oro puro. Esos tesoros bastan por sí solos para llenar un gran museo, que ha de ser el más maravilloso del mundo, y que durante los siglos venideros atraerá á la Grecia millares de extranjeros de todos los países. Trabajando sólo impulsado por el amor desinteresado á la ciencia, no pretendo yo de ninguna manera la posesion de aquellos tesoros que, con el entusiasmo más vivo, doy íntegros á la Grecia. ¡Dios quiera que ellos se hagan la piedra angular de una gran riqueza nacional!»

Aceptó el rey la ofrenda, y los tesoros inmensos que se descubrieron en las cinco tumbas de Micenas, se hallan hoy en el gran Museo nacional de Aténas. Tambien los que no creen

en la verdad histórica de la guerra troyana y en Agamemnon, no negarán que los descubrimientos del doctor Schliemann merecen llamar la atención del mundo (1).

Remito al lector á un artículo que escribió el Sr. Koehler, director del Instituto Arqueológico de Atenas, y allí hallará por sí propio observaciones juiciosas y crítica razonada.

Há poco, el incansable Schliemann ha recorrido la isla homérica Itaca, donde descubrió 190 casas ciclópeas, y el 18 de Setiembre de 1878 ha salido otra vez para la famosa *colina de Hissarlik*, donde acompañado de 125 á 150 obreros, continúa las excavaciones, siguiéndole la fortuna como compañera inseparable de quien, apénas ha cavado la tierra con azada, viene descubriendo en ella tesoros increíbles.

Segun el tratado que hizo Schliemann con la Sublime Puerta, la tercera parte de sus hallazgos le ha de pertenecer á él, y la remitirá luégo al Museo de South Kensington (Londres), donde se ve asimismo su colección troyana.

JUAN FASTENRATH.

(1) Dicen los periódicos que el 9 de Octubre de 1878, bajo la dirección del Sr. Stamatakis, han empezado á hacer excavaciones en Nauplia, donde acaba de descubrirse una gran necrópolis, conteniendo cantidad considerable de tumbas labradas en la peña, dando testimonio de una época de la historia griega, precedente al reinado de los Pelopidas, y confirmando las palabras del poeta: *Vixere fortes ante Agamennona multi.*





ALBUM POÉTICO

NOSCE TE IPSUM (1).

I.

CARÍSIMOS hermanos en Apolo,
Cuyas muestras de estima y de cariño,
De envidia exentas, de interés y dolo,
Al viejo tornan á la edad del niño;
¡Gracias por tan espléndida acogida!
No discutamos hoy si la merezco,
Empero no dudeis en vuestra vida
Que con el corazon os la agradezco.
No temais que el poeta castellano,
Vuestro hermano al llamarse y vuestro amigo,
Sea ¡ante Dios el tiempo por testigo!
Mal amigo jamás, ni mal hermano.
Valencia, á quien el gozo ha vuelto loca

(1) Última lectura del Sr. Zorrilla en el teatro de Valencia.

Al escuchar la voz de su hijo nuevo,
A mí tal gozo agradecer me toca,
Pues renacer en mi vejez te debo:
Y no debió en país ni en tiempo alguno
Un poeta á su sola poesía
Fama más popular, y aquí ninguno,
Tal popularidad como la mia.
Abrenseme las áulas y ateneos
Como el humilde hogar y los talleres;
Pídenme por mi nombre en los paseos
Los pobres, y sin miedo y sin deseos
Á la cara me miran las mujeres.
Por do quier que en Valencia me presento,
De admiracion objeto y de cariño,
Me cede el paso y me saluda atento
El pueblo; y contemplándome un momento,
«Él es,» se dicen desde el viejo al niño.
Las calles al cruzar y las plazuelas,
Me saluda cortés el artesano;
Me sonríen las frescas muchachuelas,
Y á la gorra ante mí llevan la mano
Los chicos al salir de las escuelas.

Es el más grato olor el del incienso;
Son los aplausos el mejor arrullo;
Pero perdon si os digo lo que pienso:
Oigo éste, aspiro aquél con un inmenso
Placer... mas con placer, no con orgullo.

Algo haber en mí debe que algo vale:
Los pueblos sin razon no aplauden nada,
Y en mí de lo vulgar algo hay que sale:
Mas hay en tí por mí gracia sobrada,
¡Oh, Valencia gentil, ya madre mia!
Más favor y más gloria á ella acordada
Que valor en mi vieja poesía.

Oye, pues, lo que oír de mí no esperas,
Lo que ya veces mil en mis cantares
He repetido allende de los mares,
Y que hará tal vez hoy que más me quieras.

II

CONÓCETE Á TÍ MISMO, dijo un sabio:
 Y aunque por sabio no, por ser ya viejo,
 Hacer no debo á mi razon agravio
 Despreciando del sabio el buen consejo.
 Hoy que así de tu amparo bajo el manto
 Me acoges; hoy que tanto mi presencia
 Celebras y en tus brazos me alzas tánto,
 Que auréola quieres dar á mi cabeza
 De la lumbre del sol con un anillo,
 Y á mi gloria tus bardos con nobleza
 Quieren hacer de estrellas un cintillo;
 Voy á probarte yo con este canto
 Que en sándia vanidad no me encastillo,
 Ni al aura popular me ensoberbezco:
 Que acepto de mi gloria de tu mano,
 Con gratitud, no más la que merezco;
 Así que en vez de alzarme me arrodillo:
 Con fe leal y corazon sencillo
 Toda la gloria que me das te ofrezco,
 Y ante tu aplauso popular me humillo.

Conocerse á sí mismo es la gran ciencia;
 Oye, pues, municipio valenciano,
 Poetas lemosines de Valencia,
 A vuestro hijo escuchad y á vuestro hermano;
 Que ántes de que sepulcro aquí se le abra,
 Va á dirigiros su postrer palabra
 Como hidalgo español y buen cristiano,
 Y POR SIEMPRE Á LIBRAR DE SU PRESENCIA
 TODOS LOS FOROS DEL TEATRO HISPANO.

III.

Nunca he sido yo más que un vagabundo :
 Yo soy el escritor de ménos ciencia,
 El ingenio español ménos profundo,
 El versificador más sin conciencia :
 Mas aunque soy, tal vez, el más fecundo ,
 Flor sin aroma, frasco sin esencia ,
 De sentido y de lógica vacía,
 No es tal vez más que un són mi poesía.

Como el ruido del mar, como el del viento,
 Como el de un manantial de agua corriente,
 Como el canto del ave, como el lento
 Són de la lluvia ó de la espuma hirviente,
 Tenaz, sonoro, musical mi acento
 Se exhala de mi sér perennemente ;
 Pero como esos ecos del vacío
 Es un són fútil el acento mio.

¿ Por qué, pues, de poeta alcancé nombre ?
 ¿ Por qué hay de oirme afan por donde paso ?
 ¿ Por qué os juntais para escuchar al hombre
 De saber y de juicio más escaso ?
 ¿ Quereis que yo os revele, aunque os asombre
 Y á vanidad me lo achaqueis acaso,
 Por qué del bardo me otorgais la palma ?
 Porque me ha puesto Dios la fe en el alma.

Porque me dió con ella la hidalguía
 La generosidad del caballero,
 Y ni envidiar ni odiar mi alma podría
 Ni al amigo vender, ni al compañero :
 Porque grande y leal el alma mia

Cabe en mi corazón el mundo entero:
 Y como sabe Dios la fe que abrigo,
 Por do quiera que voy va Dios conmigo.

Como al ave, al nacer, me dijo: «canta,»
 Y á impulso de la fe que en mí se encierra,
 Arrancada mi voz de mi garganta
 Resuena sin cesar sobre la tierra:
 Y como el fénix sin cesar cantando
 Voy mi fe por la propia y por la extraña:
 Y como el fénix moriré entonando
 Mi canto funeral en la montaña.

¿Donde aprendí mis cántigas? Lo ignoro.
 ¿Dó va la suyas á aprender el ave?
 ¿Dónde toma su ruido el mar sonoro?
 ¿Dónde el aire su són, áspero ó suave?

Mas nada sé, ¡ay de mí! Todo lo ignoro:
 Hijo de un siglo inquieto y de una tierra
 Que desolaba fratricida guerra,
 A mi primer cantar hicieron coro
 Gritos discordes de furor y espanto,
 Ayes de hiel y desgarrado llanto;
 No tuve tiempo de aprender; me hicieron
 Salir al mundo solo, casi niño,
 Los vaivenes del siglo; me perdieron
 Mi familia y mis padres el cariño;
 Yo no gocé jamás su compañía;
 Yo me dejé arrastrar por el encanto
 De la santa y risueña poesía
 Que amparó mi orfandad bajo su manto;
 Y del Pindo á la sombra y al abrigo,
 Cedí al instinto que nació conmigo,
 Sentí mi inspiración, probé mi canto;
 Y, no sabiendo más, dí á mis cantares
 Las frases de la fe de mi creencia,
 Y conté las leyendas populares:
 Por eso me escuchais, esa es mi ciencia.

Yo, aunque alumno del griego clasicismo
 Bebí en mi infancia la nectárea esencia

Del castalio licor del paganismo,
 Busqué mi inspiracion en mi conciencia,
 Pedí mi númen á mi pueblo mismo,
 Y el pueblo me contó lo que há años treinta
 Que con frase mejor mi musa os cuenta:
 Y eso es lo que os inspira á mi cariño,
 Eso es lo que en mis versos os hechiza;
 Que os cuento, con más fe y con más aliño,
 Lo que, al mecer en su regazo al niño,
 Os contó á cada cual vuestra nodriza.

IV.

 Mi inculta inspiracion, mi tosco verso
 En los sonos del himno se han nutrido
 Que cantar á su Dios al universo,
 Siente mi corazon, oye mi oido.
 Ese himno santo, universal, perenne,
 Que un solo instante de sonar no deja,
 Inextinguible, místico, solemne,
 De nuestro globo en derredor, que aspira
 Su álito en el de Dios: máquina errante
 Por el vacío azul, viva y radiante
 Con propia vida y luz; que nunca vieja,
 Ni cae jamás, ni descarriada gira:
 Que ni vacila nunca, ni se aleja
 De su órbita jamás; que siempre mira
 Al Dios que errar ante su faz la deja
 Cantando ese himno que su amor la inspira.

 Himno compuesto del fugaz gemido
 De la ráfaga ráuda, de la queja
 De la tórtola viuda, del zumbido

Del impalpable insecto y de la abeja
 Que el panal elabora; del balido
 De la espantada oveja,
 Que oye al lobo acercarse á sus rediles,
 Y llama á su pastor, que en la cabaña
 Ensaya sus sonatas pastoriles
 En la zampona ó el rabel de caña:
 Del rumor soñoliento de la fuente
 Que bajo el césped invisible suena;
 Del pavoroso estruendo del torrente
 Que el valle asorda y la caverna atruena:
 Del triste són de las marinas ondas
 Que vienen, arrastrándose con pena,
 Unas tras otras, túrgidas, redondas,
 Leve espuma á tornarse en el arena:
 Ese himno, en fin, universal, sonoro,
 Que cuanto tiene voz á Dios levanta,
 Y del Supremo Criador á coro
 Testifica el poder, la gloria canta:
 Que en todos los dialectos y lenguajes,
 Y en medio de las razas más ateas,
 Con la voz de los pueblos más salvajes,
 Dice al Sumo Hacedor: ¡BENDITO SEAS!

V.

Esa es mi poesía, esa es la ciencia
 De mi instintivo canto no aprendido;
 Por eso, amorosísima Valencia,
 Con maternal amor me le has oído.
 Yo, poeta de fe, mas no de ciencia,
 Maestro sólo de la ciencia gaya,
 Pasé, mi fe cantando, la existencia

De region en region, de playa en playa ;
Mas canté como pájaro perdido:
Nada sé, nada soy ni nada he sido.

Déjame, pues, partir y no demandes
Ya á mi vejez ni flores ni canciones:
No me hagas entre apláusos y ovaciones
Sentar entre tus sabios y tus grandes,
E incienso no me des, ni me corones;
Déjame ya, Valencia, que me ausente
Para volver el hálito postrero
A exhalar en tus brazos solamente;
Déjame ; y cuando vuelva á tu regazo,
¡Madre de mi adopcion! no me recibas
Con apláusos, ni músicas, ni vivas,
Sinó con mudo maternal abrazo.

Y entónces no me vuelvas á la escena
A obligar á subir á que te cante;
Porque de gozo en vez te dará pena
Mi ronca voz, gastada y vacilante.
Ahí te queda de bardos lemosines
Una brillante pléyade naciente,
Que anida en tus balsámicos jardines;
Y que trás de Pizcueta y de Llorente
Va, y de Labaila, y de Querol y Herrero;
De quienes si hoy aún marchó delante,
Es nada más porque nació primero.

Yo me sé conocer; ya hice bastante;
Pronto van á ser blancos mis cabellos;
Más no me pidas que mi voz levante;
Yo su cantar aplaudiré, espirante,
Dí á mis hermanos que te canten ellos.

VI.

Diz que el mundo es un teatro:
Mas representar en él
Un papel de mucho apláuso
Difícilísimo es.

A los que en teatro tal
Galanes son, rara vez
Hay director ni traspunte
Que su salida les dé.
A la escena la fortuna
Les arroja á tiempo bien,
Y á través de todo obstáculo
Aciertan con su papel;
A algunos... pocos, á fuerza
De atencion, de impavidez,
De paciencia, astucia ó mérito,
Surgiendo entre la Babel
Social, salir á galanes
Desde comparsas se ve;
Mas salir no es lo difícil,
Sinó desaparecer.

Yo mi papel como supe
Hasta aquí representé;
Me dió humo España y subí;
Mas mi gloria es Montgolfier
Lleno solamente de humo;
Y pues tan alto llegué
Por patrio favor, yo quiero
Bajar, pero no caer.

¿Qué sabe el viejo más sabio,
Si, ciego hasta su vejez,
Conocerse á sí no sabe

Y que envejece no ve?
 Yo... (perdonadme este yo
 Por el último) yo, pues,
 Por la fortuna en la escena
 Lanzado, me presenté
 Ante un pueblo sorprendido
 De verme surgir ante él,
 Evocado de una tumba
 Que iba á cerrarse á mis piés.
 Absorto el pueblo, yo absorto,
 Y uno de otro sin saber,
 Me dijo el pueblo «habla,» y yo,
 En lugar de hablar, canté.
 Mi cantar en aquel sitio
 Fué mi fortuna... después...
 No necesito contároslo,
 Lo que aconteció sabeis.
 Seguí cantando, y alientos
 Tales cantando cobré,
 Que en un Don Juan me escucharon
 Desde el zapatero al rey.

Mas por hacerme escuchar,
 Yo consejos no escuché;
 Y creyendo que mis versos
 Me iban á abrir el eden
 En la tierra, y que mi raza
 De mí iba su gloria á hacer,
 Seguí cantando... y mi casa
 Un dia desierta hallé,
 Y al fin me hicieron mis versos
 Familia y hogar perder,
*Perdiendo hasta la esperanza
 De mi salvacion tal vez.*
 Entónces solo en el mundo
 Como un paria me quedé,
 Y entónces... (es una historia
 Que á nadie importa saber)
 Entónces yo, no sabiendo

Más que cantar, me lancé
Á morir cantando loco
De tierra y mar á través;
Y á través de mar y tierra,
Fuí cantando por doquier
La patria en que había nacido,
Las crëencias que mamé
Con la leche de la madre
Que por su mal me dió el sér;
Y canté, y canté... y ¡por Cristo!
Donde á cantar me paré,
Canté á España sin temor
Á extraña ó contraria grey;
Y si el hombre salió mal
El español quedó bien.

Yo iba á morir, no á matarme;
Y aunque á Dios se lo rogué,
Mató á los que iban conmigo;
Allá quedan... dos de tres;
Mas Dios no quiso mi vida;
Dios me hizo allá encanecer,
Y yo... á morir en la tierra
En donde nací torné:
Torné como fuí... cantando;
Mas como uso ya no es
Que cantemos nuestros versos,
Dí los míos en leer.

No, ¡vive Dios! por orgullo
No, ni de apláusos por sed;
Sinó, pues que á sus poetas
Hoy escuchan con placer,
Alemania, Francia, Italia
Y hasta el yankee y el inglés,
Para probar que oye España
Á sus poetas también.

En eso en pró de mi patria
Mi último aliento agoté;
Y estoy diciendo hace un año,

Diez veces en cada mes,
Que envejezco y que mi tiempo
Pasó ya y que yo pasé.
 Se afecta por cortesía
 Lo que digo no creer;
 Mas pues cumplí como bueno
 Y adonde pude llegué,
 No es justo quitar en público
 Dignidad á mi vejez,
 Ni es justo hacerme ante el pueblo
 Como un gladiador caer,
 Exponiendo á su desprecio
 Lo que vió en mí como prez.

Si por amor á Valencia
 En sus teatros hablé,
 Es mi madre y sus caprichos
 Debí de satisfacer;
 Que soy buen hijo y no puedo
 Ni tratarla con desden,
 Ni excusarme con mi madre
 De cumplir con mi deber.
Mas ya, fuera de Valencia,
Ni el amor, ni el interés,
Ni la caridad, ni el ruego,
Ni la amistad, ni la ley,
Por más popularidad
Que mi exhibicion me dé,
Me obligarán á exhibirme
Sobre la escena otra vez.
 Lo que hice en Valencia, lo hice
 Con la cordial buena fe
 De las fiestas de familia,
 En las que todo está bien.

Y ¡adios, madre! tú á mis versos
 Coronas haces tejer,
 Y plantar por ellos quieres
 Sobre mi tumba un laurel:
 Mas como Dios al crearle

Dijo al hombre «*pulvis es,*»
Quiero que sepas, Valencia,
Que yo conocerme sé;
Y que modesto y cristiano,
Te he de pedir al volver,
Una tumba en que no plantes
Más que una cruz y un cipres.

He dicho, y no sé qué he dicho,
Ni si dije mal ó bien;
Mas con lo dicho mi voz
Oís por última vez.

JOSÉ ZORRILLA.





ANALISIS Y ENSAYOS.

(E.) RENAN.—CALIBAN: Continuación de *La Tempestad*, drama filosófico en 8.º Calmann Levy, 1878.

I.

EL drama de *La Tempestad* es la creación más personal de Shakspeare. Brotó completamente en flor del cerebro del poeta. Próspero, Ariel, Caliban, figuras inmortales, nacieron al impulso de su imaginación. ¿Quién nos dirá la idea que forma su alma? Fuera preciso descender al laboratorio oscuro donde el pensamiento evoca de la nada la realidad maravillosa, donde realiza el milagro de la creación. Hay siempre en la obra de arte algo infinito que no puede sondear la reflexión analítica. Próspero representa, sin duda, el sabio ideal de vida armónica, formada de actividad y razón, de melancolía serena y de bondad. Pero el mismo Shakspeare si pudiera conocer algún comentario moderno lo aplaudiría, en mi opinión, al reconocerse sonriendo en el gran mágico que agotó para una obra suprema todos los recursos de su arte, antes de despedirse de su genio Ariel y de la isla encantada, teatro donde desplegó tantas maravillas (1), de igual modo ha querido personificar en Caliban la naturaleza inferior unida en el hombre al principio divino. Pero, para esto, ¿sería acaso difícil confesar á M. Kreyssig que se ha complacido en hacer rugir en este sér informe todos los ins-

(1) *La Tempestad*, sencilla y armónica síntesis de su obra compleja, sería en cierto modo el testamento poético de Shakspeare. Véase para toda esta interpretación espiritual presentada por M. Montegutt, la *Revista de Ambos Mundos*, 1.º de Agosto de 1865.

tintos de las masas populares, que los esfuerzos del sabio no convertirán nunca á la razon? (1). No se quejaría, pues, hoy de que un sabio ideólogo, aplaciéndose en las orillas napolitanas, le haya hecho intérprete para sus propios pensamientos, y leería con interes un drama filosófico, publicado bajo sus auspicios, en el cual los ensueños confúndense con la sátira, y las frases de periodista razonan la fábula antigua, cuya ambigua conclusion siendo un atractivo más para la curiosidad. Pero, de igual modo que nosotros, no podría dejar de experimentar cierta sorpresa. El autor de los *Diálogos filosóficos* tuvo bella ocasion para pintar uno de los episodios favoritos de sus «grandes batallas de la idea pura,» el triunfo momentáneo de la muchedumbre de idiotas sobre la ciencia obligada á «refugiarse en sus escondites,» esperando á que salga con arranque irresistible y haga «reinar á Dios» por el terror. Todo lo más pudiera creerse que el filósofo imparcial, suspendiendo el efecto de sus sombrías profecías, y satisfecho de abrir doble salida á la humanidad, sentaría el problema de nuestro porvenir sin resolverlo. M. Renan ha hecho más aún. No se ha contentado con dar una fisonomía moderna á los fabulosos personajes de Shakspeare; ha transformado el desenlace. La *Continuacion de la Tempestad* se ha convertido en la rehabilitacion de Caliban.

Por gracia del autor, Caliban es ahora el personaje interesante de la obra; en él está la accion y la vida, y no es una simple careta. Si fuera preciso probarlo, no habría más que trazar su retrato. Como acontece á las almas enérgicas, su carácter se desarrolla sin desmentirse; su condicion se eleva sin echarle fuera de la naturaleza: su horizonte se engrandece, sin que su vista deje de ser clara. Habla poco; pero aparte de algunas futilidades declamatorias que disuenan en sus labios, lo que dice está lleno de criterio y alcanza el fin que se propone. No obra más que en el momento decisivo y obtiene entónces el máximum de efecto con la menor accion, lo cual es propio de los ánimos despejados y atrevidos. Entiende la verdadera política, la que es esencialmente realista, como dice M. Renan, mejor dicho, objetiva; así va hasta el fin en sus empresas: subleva al pueblo y lo apacigua, hace una revolucion y la termina. Conoce los hombres y las cosas, y á cada cual pone en su lugar; llama á los consejeros al Consejo de Estado y á las cortesanas á la corte; confina á los soñadores á su gabinete, á los nobles ociosos á sus tierras y relega á los inquisidores á las fronteras de la provincia. Tranquiliza á los propietarios; pensiona á los artistas, anima el libre pensamiento y las bailarinas de la Opera. Es anti-clerical, pero religioso, y protege igualmente al Papa y á los descendientes de los patarinos. Tiene vehementemente la victoria y olvida en el poder las injurias sufridas en la

(1) Es la opinion de M. Kreyssig: *Vorlesungen ueber Shakspeare*.

esclavitud. Los meticulosos murmuran aún, aunque lavado y peinado, aún exhala algo de su bajo origen. Es mal nacido, en verdad, pero su corazón se ensancha al primer viento de la fortuna. Llénase de ternura á la sola idea de ser amado. Esclavo encorvado bajo el azote, embrutecido por terrores supersticiosos, no respiraba más que la amenaza y la blasfemia; libertado, sueña con ser bueno y feliz; soberano, no tendrá más que un propósito, hacer la dicha de la humanidad (1). En verdad fuera harto difícil negar nuestra estimación á Caliban.

Pero nuestra simpatía hácia los héroes de M. Renan acrece aún por el contraste de sus fuertes cualidades con la naturaleza soñadora y afeminada del filósofo Próspero. El Próspero de Shakspeare, tan noble y tan humano, no es aquí ya más que un bello y quimérico espíritu. Sabio laureado, huye de las contrariedades del gobierno para sumirse en investigaciones abstractas acerca de la euthanasia (2). Filántropo idealista, no sabe la obra en que trabaja el hombre; pero espera que algun día la ciencia ceñirá real corona y hará de la especie humana una raza superior de animales domésticos. Educador sistemático, quiere hacer la razón obligatoria, y se lisonjea de formar las almas para la gratitud por el temor y los espíritus para la verdad por la superstición. Político infatuado de su genio, no trata de reprimir el tumulto más que cuando está triunfante, y contra el poder vivo del pueblo enfurecido, cuenta con los prestigios de una pueril fantasmagoría. La virtud de las almas débiles es la resignación; vencido, acepta su derrota y la protección del usurpador; y no es bastante para él adorar en silencio las vías misteriosas de Dios, grita con la muchedumbre: ¡Viva Caliban! Preciso es confesarlo; ante el afortunado advenedizo que le despoja, el sabio Próspero no hace buen papel. En una novela reciente, obra de un observador ingenioso, se encuentra análogo contraste, hecho con arte más sabio. El personaje aristocrático que nos pinta el novelista no ha profesado nunca el culto del ideal: hastiado, extenuado, aburrido, hasta la médula de los huesos por el vicio y el placer, ha cedido su alma al diablo desde hace tiempo y arrebató las últimas chispas de vida á los sutiles venenos de un charlatan; pero guarda para sí todos los refinamientos de la vida más elegante y de la inteligencia más extraviada. Y cuando el hijo del pueblo con sus millones, su actividad poderosa y su sencillez moral, se ve en presencia del noble duque, aparece pequeño. ¿No es así más dramático y verdadero el efecto? Casi se siente

(1) Acto III, escena III. ¿Necesitaremos advertir que todos estos rasgos se toman del drama de M. Renan? En él están esparcidos, se han recogido y reunido, esto es todo.

(2) Buena muerte, muerte tranquila y sin sufrimiento.

(N. del T.)

uno impulsado á reproducir á M. Renan el haber sacrificado completamente al representante de las clases superiores.

Pero no nos apresuremos á vituperar demasiado al autor. Considerándolo más atentamente, veremos que si ha faltado á las reglas del arte, es para obedecer á las leyes supremas de la lógica. Sólo que no deben tomarse demasiado en serio estos personajes de teatro y todo este aparato escénico, renovado de Shakspeare, que no es en el fondo más que un marco cómodo para sabias disertaciones. En realidad, estamos aquí muy léjos de la *Tempestad*. El bufon Trínculo, trasladado á este centro, nuevo para un verdadero hijo de Shakspeare, no vuelve de su asombro. Déjase decir esta frase cándida: « ¡aquí todo el mundo es filósofo! » Evidentemente el pobre diablo no conoce la sociedad que le hace el honor de admitirle, ni de que tiene por interlocutor el cerebro de una de las inteligencias más experimentadas y sutiles de su época. Más dichosos que él, nosotros poseemos el secreto. La obra de Caliban es una caja de doble fondo. Pero no nos perdonaríamos dejar de descubrir el secreto, pues M. Renan ha tenido gran empeño en entregarnos la clave de sus pensamientos.

II.

Recuérdese aquel pyrrhoniano de Molière que siente dolorosamente salirle al rostro los argumentos de que acostumbraba hacer uso triunfal. Estas son las vicisitudes de la idea, tan instructivas como las de la historia. En un diálogo de Platon, maravilla de arte y de dialéctica, se encuentra un ejemplo muy curioso. Un sofista (1) sostiene en él la tésis de la desigualdad de derechos, doctrina querida de M. Renan. No ve aún el «latigazo» que hace marchar á la humanidad. Pero opone ya la naturaleza y su gerarquía rigurosa á la ley, obra de gentecilla de carácter equitativo; y con una franqueza brutal, pero no escasa de mérito, funda sobre el derecho de la fuerza una teoría de los hombres providenciales, despojada de todo misticismo. En el seno de la argumentacion capciosa húndese la aguda punta de la ironía socrática. ¿Si los débiles se unen, pregunta Sócrates, no son los más fuertes? Los pequeños tienen derecho al respeto, puesto que tienen la majestad del número: y cuando se acuerdan en poner la fuerza comun al servicio de la debilidad individual, ¿qué puede uno solo contra todos? En virtud, pues, de sus principios, los

(1) Calides, no es por cierto más que un admirador y un amigo de los sofistas.

Calides deben inclinarse ante la imponente autoridad del pacto social.

Los que creen en la soberanía absoluta de la razón, están expuestos á contradicción muy parecida. Como á todos nos sucede, el porvenir confunde á veces sus esperanzas: el mundo no siempre es de su opinión: la fuerza de las cosas da un mentís á sus sistemas. Pero entonces no tienen el recurso que á los demás hombres resta, de quejarse. No pueden elevar las manos al cielo. Porque si la razón guía al mundo, el mundo siempre tiene razón: si la razón es omnipotente, todo poder es razonable. Y ante esta razón anónima que deificaron á capricho, preciso es ya que su razón se humille «vencida con sus propias armas.» M. Renan salva el dilema de esta confesión con la buena voluntad que emplea en hacerla. Toma la delantera á la necesidad, acoge con agrado los hechos recién venidos, háceles los honores de su morada filosófica, se ingenia en encontrarles méritos ocultos y en darles un giro decente. Reconoce que las clases caídas merecen su suerte, y que si el poder se les escapa es porque lo sostienen con débil mano. Próspero cae sin luchar; es un fruto maduro que se desprende de la rama. De igual modo las nuevas capas sociales que se elevan á la vida política, justifican sus pretensiones por el ardor mismo de sus aspiraciones, por ese esfuerzo obstinado propio de las almas sencillas y toscas, legitiman su victoria con la buena voluntad que inspira la ambición satisfecha, por la moderación que nace del roce del deseo contra la tenaz realidad. ¿Por qué, pues, Caliban, no será «con el tiempo» un soberano muy presentable? Adquirirá pronto el instinto del gobierno, que no es, en suma, más que el instinto de conservación. Más próximo á la muchedumbre, servirá mejor que sus predecesores, sobrado infatuados por su superioridad personal, á los grandes intereses de la humanidad. ¿Quién sabe? Su reinado señalará acaso una de las etapas de la razón, infatigable viajera.

Se ve el error que habría buscando aquí una ironía persistente y más ó menos bien disimulada. M. Renan no es, no puede ser hostil á la democracia republicana. Más de una vez ha hablado dignamente de la obra muy noble, muy generosa de la Francia contemporánea: y para sí mismo está condenado siempre á ser *liberal*, porque su fe más profunda, hace de él un optimista y el optimismo es una doctrina liberal (1). Si permitiera que le prestasen una opinión política, relacionada con sus únicos principios filosóficos, diríase que debe ser por excelencia el «republicano de la razón.» Nuestros demócratas avanzados consideran, bien lo creo, como fal-

(1) Notemos, entre todos, un artículo lleno de miras elevadas acerca de la «Crisis religiosa de Europa» (*Revista de Ambos Mundos*, 15 de Febrero de 1874). En él está la idea de que la libertad no es un medio sino un fin. Esta es la fórmula más profunda del liberalismo político.

sos hermanos á estos compañeros, como Próspero, que llegan á las filas con un pensamiento suyo y se abrogan el «derecho de risa.» Es porque ignoran cuán maravilloso es creer en las causas finales. No ven las analogías secretas de las ideas. Actualmente coquetean con los sistemas de apariencia revolucionaria, evolucionismo ó positivismo, sin conocer á fondo el manejo y destino de esas grandes máquinas de guerra intelectuales: aturdidos por el clamor de la lucha actual, no les preocupan las armas que acaso guardan en sus oscuros flancos, y están dispuestos á admitirlas en el santuario vacío, como un nuevo paladio de la libertad. Si quieren instruirse, que lean el *Antiguo Régimen*, de M. Taine, obra en que la fuerza misma y la franqueza del pensamiento ponen á descubierto el espíritu de reacción, propio de las doctrinas naturalistas; ó más bien que asistan hasta el fin al espectáculo que les ofrece M. Renan y escuchen las reflexiones del Prior de Chartreux, encargado como el coro antiguo, de dar la moraleja de la fábula. Hé aquí el breviario que recita el monje, un breviario poco ortodoxo, el del autor, sin duda: «He amado la justicia y odiado la iniquidad, decía un gran Papa. Siempre puede amarse la justicia; ¡pero odiar la iniquidad!... Más fácil es decirlo que hacerlo. ¿Dónde está la iniquidad? Los mejores espíritus se cansan buscándola, y en definitiva están indecisos.» Y en el capítulo de la política: «Los conservadores severos sueñan tentativas para recuperar el poder que se les escapó. Los hombres más ilustrados aceptan el nuevo régimen, sin reservarse más que derecho á algunos chistes sin consecuencias.» Tal es la conclusion del drama, que justifica á la vez la conducta de los personajes y las intenciones del autor.

Pero hay algo más: miéntras que Próspero se somete á riesgo de «manchar un poco la fimbria de su manto,» su genio, Ariel, se niega á compartir la vida «fuerte, pero impura» de los hombres, y se pierde en el cielo azul. ¿Por qué, en efecto, la última palabra del ciudadano ha de ser la del pensador? Más allá de los años para los cuales se avienen nuestras formas sociales, se abre el porvenir de flexibles contornos, como más allá de la patria exigua que tiene su ideal limitado y su estricta doctrina, se extiende el infinito del sér. No debe confundirse la verdad de un tiempo y de un partido con la verdad pura é inmortal. Para hablar como los hegelianos, el espíritu nacional no debe ocultarnos el espíritu absoluto. Así, pues, si podemos, sin hacer traicion al deber, no soñemos toda la vida con el mapa político. Conservemos la completa independendencia del pensamiento, reservémosla para los fines desinteresados, situados más allá del horizonte popular. El pueblo ganará en ello, porque sumido en los hechos, no lleva en sí mismo el principio de su progreso: espera siempre que algun Prometeo se sacrifique y robe, para entregársela, la chispa divina. Y nuestra dignidad lo exige, porque la verdadera grandeza consiste en salir de sí mismo y confundir su esfuerzo en el

esfuerzo anónimo y misterioso del mundo. Sin duda que la realidad es buena, puesto que se verifica triunfando de los posibilismos inferiores: es sagrada, puesto que se llama familia, patria, humanidad. Revindica justamente toda autoridad sobre nuestros actos, todo derecho sobre nuestras afecciones. Pues bien: dejemos de buen grado caer nuestras acciones bajo las ávidas ruedas del engranaje social: descubramos nuestra alma á los demas hombres, *democraticemos* nuestro corazon! Pero despues de haber obrado y amado, queda tiempo para soñar. El deber es una gran cosa, pero no agota la libertad. Y cuando llega una de esas horas en que á pesar nuestro el aire asfixiante de la realidad no basta á nuestro pecho, y en que la humanidad nos parece idiota, y ridícula la marcha de las cosas, permítasenos entónces recordar que el ideal es la verdadera patria de la razon, y sigamos á Ariel que vuela léjos del reino de Caliban.

III.

El pequeño drama de M. Renan acaba, pues, con una contradiccion. Una conclusion contradictoria no es, por lo comun, blanda almohada para una cabeza inteligente, aún cuando sea la cabeza de un hegeliano. No obstante, agrada de particular modo á nuestro filósofo: allí reposa en paz su pensamiento, vuélvese á ella sin cesar, y en ella encuentra la explicacion de nuestras crisis sociales y la excusa de sus malos sueños, y no la cambiaría, en mi opinion, por una solucion definitiva, clara y sencilla. Responde, sin duda, á la doble inclinacion de su naturaleza, al par elevada y benevolente, y bien pudiera suceder que se atuviera á la naturaleza de las cosas. Bajo su forma más general, viene á decir que el deber nos encierra en un círculo vicioso.

El individuo tiene su fin en la humanidad, puesto que el sacrificio es la ley de su vida, y por otra parte, la humanidad no tiene existencia más que por la vida individual; de suerte que el fin de nuestra accion se nos vela, y el deber parece incomprendible. En el idealismo de M. Renan, la dificultad se agrava todavía: héla aquí en toda su fuerza: «Dulzura, benevolencia para todos, respeto á todos, amor al pueblo, costumbres del pueblo, bondad universal, amabilidad hácia todos los séres, tal es la ley segura y que no falla.—¿Cómo conciliar tales sentimientos con la jerarquía férrea de la naturaleza y la creencia en la soberanía absoluta de la razon?—No lo sé (1).»

Vense desde este punto en su curva extrema las dos vertientes del

(1) *Diálogos filosóficos*. Prefacio, p. XVI.

pensamiento: de una parte division igual y fraternal de todos los bienes, medianía universal de ciencia y goce, y de otra esclavitud de las masas y concentracion de la razon en algunos cerebros privilegiados que gozarán y pensarán por todos. El conflicto de las ideas llega á su período álgido, hasta el extremo de hacer muy difícil una decision práctica.

Y no obstante, el idealismo es un recipiente cómodo para fundir las realidades; las más refractarias desaparecen y no se encuentra en el fondo más que lo que se quiere encontrar. Renan echó en él alternativamente las entidades más venerables de la metafísica, y se disiparon en un pálido giron de vapores; la sagrada ley del deber deja transparentarse un engaño infernal; la soberbia palabra humana cayó en símbolos impotentes; el mundo, en fin, ha dado como residuo un poco de polvo brillante que pudiera caber en las alas de una mariposa. En esta disolucion universal una idea sola ha subsistido, ó más bien la esencia de toda idea, el ideal que por sus formas aéreas y fugitivas ha desarmado al pensador, y hallado gracia ante la crítica.

Y este fantasma atrajo á sí toda la realidad vacía, y el vivo dogmatismo floreció nuevamente entre las ruinas. Pero las flores que le adornan tienen un brillo tan sombrío, y es tan agrio su fruto que se siente el ánimo contrariado ante ese mundo sin sol, preguntándonos por último, si es real, ó si por el contrario, no comparte á su vez la vanidad de todas las cosas. ¿Qué es, pues, el ideal? Y si es nuestro Dios, la humanidad debe ser el templo en que le rindamos culto. En vano Ariel, para huir de los hombres, trata de confundirse con el perfume de la flor salvaje, con la rosada nieve de los altos montes; pretende no ser más que «el espíritu intermitente de la naturaleza:» como si los elementos más puros, los más impalpables de la naturaleza no vistiesen siempre la librea servil de nuestra pobre imaginacion. En vano Próspero, ebrio de ciencia, quiere lanzar á la caldera mágica los miembros palpitantes de la humanidad para exprimir algunas gotas de eterna verdad; como si ninguna operación de alquimia pudiese extraer de los espíritus concebidos en el seno de la mujer la razon increada. ¿Qué es pues el ideal? Una aspiracion hácia lo impalpable absoluto, un misterioso hálito que nos arrebató al paso y nos lleva hácia los abismos del cielo (1). Sí, indudablemente, la humanidad es de naturaleza trascendental. Pero ¿cómo saber si el Dios que la habita se da en desiguales grados, y en qué señal se reconoce á los elegidos, puesto que la esencia divina es indefinible? ¿Qué objeto resta á nuestro culto? Una pura forma, la universalidad de la naturaleza humana. ¿Y qué rito para santificar nuestros actos? Un sentimiento, la universalidad del amor. El filósofo que ha sondeado con la mirada más obstinada las profundidades de la vida moral, conviértese en escéptico; por la *abertura* de su alma vió el abismo

(1) *La Metafísica y su porvenir.*

sin fondo; pero al mismo tiempo encontró la fórmula de la vida, la regla de oro de la justicia, considerando á la humanidad como fin en sí misma. Las voluntades humanas reconociéndose como hermanas en la salvaje confusion de los instintos, y bajo el cielo oscuro, sobre una tierra desconocida, en la incertidumbre del fin supremo, tomando por fin comun su mutua voluntad á fin de caer juntas ó libertarse juntas, hé aquí el reinado del ideal para Kant.

Fuera ser demasiado severos con M. Renan, reunir á estos conceptos sublimes la infantil vision de los sabios dioses, al enorme cerebro, á las articulaciones de acero que para agotar en sus venas la pasion, hallan el bello secreto de sustituir al corazon con un poco de óleo insumergible (1). Pero se ve dónde está el principio de esos ensueños, á los que se abandona tan «dulcemente.» Su pensamiento, hallándose siempre ante sí mismo, en el análisis de las formas del sér, acaba por adorarse. ¿No es éste, como se complace en decirlo, el error teológico por excelencia? Si el nombre de Dios es amor, ¿qué hay más impío que el orgullo del pensamiento? Este fulgor vacilante de la inteligencia, que se aviva en la hora oscura de la generacion y se extingue con la vida, se nos dió para enseñarnos de léjos las caras amigas y para guiar nuestros pasos por los mismos senderos. El que lo encierra en su yo vacío, busca inútilmente la manifestacion del sér eterno: así el hijo de los campos toma por alma de los muertos el fuego fatuo que flota sobre sus tumbas. M. Renan se detuvo demasiado pronto en la vía del escepticismo. Que no se niegue á tocar en el fondo; de la ilusion infinita verá nacer la verdad suprema, el absoluto moral, y reconocerá, sin duda, que si un poco de idealismo aleja del pueblo, un poco más de idealismo basta para volvernos á él.

DARLU.

(1) *Caliban*, acto II.



Madrid 15 de Diciembre de 1878.

Propietarios gerentes: PEROJO HERMANOS.

TIPOGRAFÍA ESTEREOTIPIA PEROJO

Mendizabal, 64.